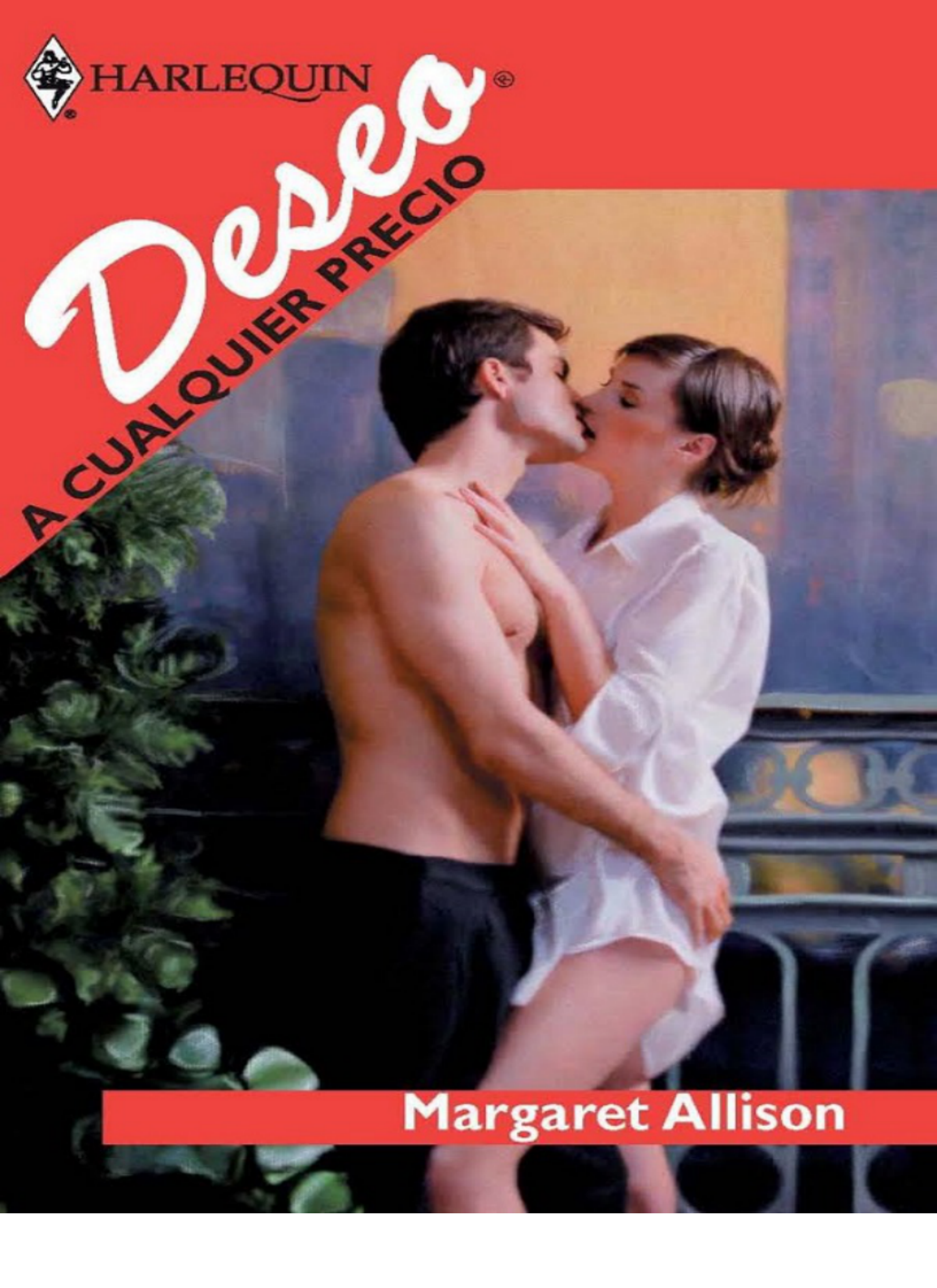

HARLEQUIN
Deseo
A CUALQUIER PRECIO
Margaret Allison

Margaret Allison
A CUALQUIER PRECIO
Título original: At Any Price

ARGUMENTO :

Katie Devonworth nunca había dejado de soñar con Jack Reilly. El rebelde adolescente se había convertido en un millonario de Manhattan, un hombre de hielo que salía con cuantas mujeres pudiera, pero sin entregar su corazón a ninguna... y era la última esperanza de Kate para salvar su periódico.

De repente, bajo una tormenta de nieve, el hielo de Jack empezó a derretirse y Kate vio sus sueños al alcance de la mano. Todo lo que tenía que hacer era aceptar el dinero y la tórrida noche de pasión que siempre había anhelado. Pero, ¿merecería la pena el sacrificio? ¿Podía entregarle su cuerpo y su alma a Jack a cualquier precio?

Capítulo Uno

Katie estaba sentada en la elegante sala de espera de Jack Reilly, dueño de aquel moderno edificio acristalado en medio de Manhattan.

Como todo el mundo en Newport Falls, sabía que Jack había surgido de la nada para convertirse en un importante hombre de negocios. Pero comprobarlo en persona era distinto.

Había necesitado armarse de coraje para acudir a Reilly Investments. No dejaba de recordarse que se trataba de Jack, su amigo de la infancia, no de Donald Trump. No debía sentirse intimidada. Después de todo, había cuidado a Jack durante sus catarros, cuando pasó la varicela y en muchas ocasiones después de las peleas con su padre.

Pero no podía evitar los nervios, y una vocecita interior no dejaba de decirle que se fuera corriendo de allí, que no debería haber ido.

Se preguntó si reconocería al hombre descrito en la prensa como un multimillonario muy seguro de sí mismo. En apariencia, Jack siempre había sido un poco gallito, pero ella sabía que en el fondo no era así. Sabía que tras aquella aparente seguridad se hallaba el chico inseguro de siempre. Jack siempre había sido dolorosamente consciente de sus orígenes y de quién era. Su chulería sólo era una forma de cubrir la inseguridad que le producía ser el chico más pobre de la escuela.

Se pasó una mano por el pelo, convencida de que debía tener un aspecto horrible. Era sólo mediodía, pero el día había empezado para ella ocho horas antes. Se había ocupado de algunos asuntos en el periódico antes de tomar prestado el coche de Marcella para conducir a la ciudad. No le había quedado más remedio que hacerlo, pues el suyo estaba estropeado y no tenía dinero para arreglarlo. Desde su divorcio, andaba muy justa de dinero. El periódico, que había sido un negocio familiar durante generaciones, no hacía más que perder dinero, y hacía meses que no le había quedado más remedio que dejar de pagarse el salario.

Katie volvió a mirar su reloj. Era casi la una y media. Su cita para comer era a la una menos cuarto.

Tal vez había habido alguna confusión, o era posible que Jack ni siquiera supiera que tenía una cita con ella. Después de todo no había hablado con él personalmente. Se habían comunicado a través de su secretaria. Katie no le había dicho a ésta que quería pedirle a su jefe un préstamo para tratar de sacar el periódico adelante. Tampoco le había dicho que Jack Reilly era más que un viejo amigo. Mucho más.

De hecho, había amado a Jack desde la primera vez que lo vio. En

una época estuvo convencida de que estaban hechos el uno para el otro, de que la amistad que habían alimentado desde la infancia estaba destinada a convertirse en pasión. Pero acabó comprobando que estaba equivocada y nunca había admitido su amor por él a ninguna persona... excepto a él mismo.

Se ruborizó al recordar aquel día, catorce años atrás. Durante el último año de instituto, Jack y ella formaban parte de un grupo de tres amigos. Jack Reilly, Matt O'Malley y Katie Devonworth. Inseparables en el instituto y fuera de él, eran conocidos en Newport Falls como la tierra, el viento y el fuego. Katie, la hija del dueño del periódico de la ciudad, era la tierra, consistente, estable. Matt, hijo de un profesor, era el viento; cambiaba constantemente de opinión respecto a quién era y lo que quería ser. Jack, hijo de un alcohólico en paro, era el fuego, lleno de angustia y determinación.

Un día de primavera Jack y ella se encontraron a solas, sin Matt. Habían llegado al arroyo al rayar el alba y se habían sentado a charlar como de costumbre. Katie mencionó que empezaba a tener calor y Jack la miró con expresión traviesa. Se puso en pie, se quitó la camisa, miró hacia el arroyo y luego a ella.

-Tienes razón. Estaría bien nadar un rato.

-No tengo tanto calor -dijo Katie-. El agua del arroyo está helada.

-Vamos. Seguro que te vendrá bien un chapuzón -Jack dio un paso hacia ella. Mientras contemplaba sus pronunciados y atractivos rasgos, sus ojos azules y su pelo negro como el azabache, Katie sintió que su determinación perdía fuerza. Siempre le había costado mucho negarle algo a Jack.

-No, gracias -dijo a pesar de todo.

-El secreto reside en saltar al agua muy rápido -replicó él mientras daba otro paso hacia ella.

Katie estaba segura de que pensaba tirarla al agua, de manera que se levantó y blandió su caña de pescar a modo de espada.

-¡Ni se te ocurra acercarte, Jack Reilly, o te atizo!

Jack le quitó la caña en un abrir y cerrar de ojos y la tiró al suelo.

Katie giró sobre sí misma y salió corriendo en dirección contraria, pero tropezó con una raíz y acabó aterrizando de bruces sobre un arbusto de fresas salvajes.

Jack se arrodilló a su lado, solícito, y la ayudó a volverse. Al ver su camiseta se puso intensamente pálido.

—Te has herido —dijo, confundiendo el rojo de las fresas con sangre.

Cuando se inclinó hacia ella para ver mejor, Katie no pudo contener la risa y le dio un empujón. Mientras el trasero de Jack aterrizaba de

lleno sobre el arbusto de fresas, ella se puso en pie y echó a correr.

Pero no lo hizo con la suficiente velocidad, porque Jack la alcanzó enseguida, la alzó en vilo con ambos brazos y la llevó hacia el arroyo.

-Vamos a limpiarte esas manchas, Devonworth -dijo.

-¡Si me mojas un solo dedo te juro que te ahogo! -Palabras vanas -murmuró él, tan cerca de su boca que Katie sintió el roce de su aliento. Jack se inclinó como si estuviera a punto de besarla. Ella cerró los ojos y esperó, anhelante.

Pero su fantasía se esfumó en cuanto su trasero tocó el agua helada. -¡Jack! -exclamó.

Cuando él le ofreció una mano para que se levantara, tiró con todas sus fuerzas a la vez que estiraba una pierna para que tropezara. Jack acabó de lleno en el agua.

-Ahora no le vas a librar -dijo mientras se levantaba.

Katie ya había alcanzado la orilla, pero Jack no tuvo ninguna dificultad en alcanzarla y tumbarla sobre la arena a la vez que le sujetaba los brazos por encima de la cabeza.

-Ríndete, Devonworth -de pronto sus ojos parecieron llenarse de fuego, como si acabara de verla por primera vez. Contempló su camiseta empapada, que mostraba claramente el contorno de sus pechos-. Katie... -murmuró con voz ronca.

Y ella hizo lo que llevaba años deseando hacer: lo besó. El respondió con auténtica pasión y exploró con la lengua el interior de su boca a la vez que deslizaba una mano bajo su camiseta. Aunque aún era virgen, Katie no se asustó. Deseaba a Jack. Necesitaba sentirlo en su interior, haciéndole el amor. Estaba preparada para él.

Pero Jack se apartó de ella al cabo de unos segundos y se sentó.

-¿Qué estamos haciendo? -preguntó, a la vez que se pasaba una mano por el pelo.

Katie permaneció unos momentos en silencio. Luego dijo:

-Te quiero, Jack. Siempre te he querido.

Él no contestó. En lugar de ello se levantó y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros mojados. Sin decir una palabra, se alejó.

Katie oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Matt estaba tras ella, con los brazos cruzados. Apartó la mirada, avergonzada por el hecho de que hubiera sido testigo de su humillación.

-No pasa nada -dijo Matt-. Sé que quieres a Jack. Lo sé hace mucho. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo excepto Jack.

Katie aún recordaba la vergüenza que sintió. Todo Newport Falls estaba enterado. Todo el mundo sabía que su amor no era correspondido.

Matt alargó una mano hacia ella.

-Vamos -dijo-. Te acompaño a casa -cuando Katie aceptó su mano, añadió-: Deberías saber que Jack no te quiere. Siente cariño por ti, por supuesto, pero no amor. Nunca te amará.

Y Matt demostró tener razón porque, en cuanto pudo hacerlo, Jack voló de Newport Falls.

Katie fue a la universidad local y cuando su padre murió se hizo cargo del periódico. Luego hizo lo único razonable que le quedaba por hacer. Se casó con Matt.

-¿Señorita Devonworth? -Katie se sobresaltó al ver ante sí a una guapísima rubia-. El señor Reilly ya puede recibirla.

Sintió un arrebato de celos al preguntarse si aquella belleza saldría con Jack. ¿Pero qué más daba? Jack ya no significaba nada para ella. Nada.

A pesar de todo, el corazón le latía con tal fuerza mientras seguía a la secretaria que temió que ésta pudiera escucharlo.

El despacho era tan impresionante como el resto del edificio, con enormes ventanales que llegaban del suelo al techo y un magnífico escritorio de madera labrada a mano desde el que se tenía una vista espectacular de Central Park.

Jack estaba sentado ante el escritorio, de espaldas a ella, hablando por teléfono.

Encontrarse tan cerca de él después de todos aquellos años hizo que Katie se quedara sin aliento. Pero Jack no parecía afectado en lo más mínimo, pues siguió hablando por teléfono como si fuera invisible.

Ella permaneció unos minutos a sus espaldas, retorciendo las manos. ¿Por qué la había hecho pasar la secretaria si Jack no estaba listo para recibirla? ¿Y cómo se atrevía a tratarla como si fuera cualquiera? Ella era Katie Devonworth, la chica que le había ganado casi todas las partidas de ajedrez que habían jugado, la chica que sabía que había sido él el que había roto la ventana de la señora Watkins, la que sabía que lloró cuando enviaron a su padre a la cárcel, la que sabía que...

Jack se volvió hacia ella y sonrió mientras colgaba el teléfono. Había cambiado muy poco durante aquellos nueve años. Los rasgos de su rostro se habían definido un poco más, pero seguía siendo el hombre más atractivo que Katie había visto en su vida.

-Cuánto me alegro de verte, Katie -dijo a la vez que se levantaba para recibirla y ofrecerle su mano.

Katie sintió una descarga cuando la estrechó.

-Lo mismo digo.

-Me sorprendió tener noticias tuyas -Jack dijo aquello como si

volver a verla hubiera sido lo más natural del mundo.

-Tenía que venir a Nueva York de todos modos, de manera que me dije, ¿por qué no llamar a Jack para tratar de comer con él?

-Me alegra que lo hicieras -Jack hizo una pausa y la observó un momento-. Ha pasado mucho tiempo.

Katie apartó la mirada. ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía sentirse como una colegiala?

Jack señaló la puerta mientras tomaba su abrigo.

-Vamos.

—Tus oficinas son impresionantes —dijo ella cuando salieron.

-Gracias -contestó Jack sin añadir nada más.

Katie trató de pensar en algo que decir mientras bajaban en el ascensor, pero todo lo que se le ocurría le parecía una tontería.

-¿Y? ¿Qué te ha traído por aquí? -preguntó Jack finalmente.

-He venido a reunirme con unos cuantos anunciantes —mintió Katie.

-¿Qué tal va el periódico?

-Bien -aquello no fue exactamente una mentira. La cobertura informativa nunca había sido mayor. Era la circulación lo que iba mal.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, Jack apoyó una mano en la espalda de Katie mientras salían.

-No sé qué tenías planeado, pero lo cierto es que ando muy justo de tiempo. Si te parece bien, hay un pequeño restaurante italiano a la vuelta de la esquina.

Katie asintió y fueron caminando hasta el restaurante sin hablar. Cuando entraron fueron efusivamente saludados por el dueño, que parecía conocer bastante bien a Jack y los llevó a una mesa que se hallaba en el rincón más acogedor del restaurante. Mientras leían el menú, Jack dijo:

-El pollo piccalla está muy bueno.

Katie prefería algo más básico.

-¿Qué tal los espaguetis con albóndigas?

-Los mejores de la ciudad. Es lo que voy a pedir yo.

-Yo quiero lo mismo -mientras el camarero los atendía, Katie se preguntó si su reencuentro con Jack estaba destinado a ser tan superficial como parecía. Era muy posible que ya no tuvieran nada en común.

-¿Qué tal va todo por Newport Falls? -preguntó Jack.

-Bien.

-Me entristeció enterarme de la muerte de tu madre. Era una gran persona.

Katie no esperaba que Jack fuera a mencionar a su madre, que

había muerto hacía casi diez años y que siempre adoró a Jack y a Matt. De hecho, predijo que acabaría casándose con uno de ellos. Cuando descubrió que tenía una enfermedad mortal animó a Katie a que se casara rápidamente para poder asistir a su boda. Fue uno de los principales motivos por los que Katie aceptó casarse con Matt.

Afortunadamente, su madre no había sido testigo del final del matrimonio que inspiró.

—Gracias por las flores que enviaste —dijo.

Jack apartó la mirada. Al principio, Katie se sintió desolada cuando Jack no llamó tras la muerte de su madre. Pero el dolor fue dando paso poco a poco a la curiosidad. Matt tenía una teoría para explicar la desaparición de Jack de sus vidas. Según él, no quería tener cerca a nadie que le recordara quién había sido y cómo se había criado.

El camarero llegó con su comida y situó los platos ante ellos. Los espaguetis y las albóndigas tenían un aspecto delicioso.

Katie tomó su tenedor mientras se preguntaba cómo iba a comer aquello sin empaparse de salsa.

Pero aquello no parecía preocupar a Jack, que ya estaba enrollando unos espaguetis en torno a su tenedor.

-¿Qué sucede? -preguntó al ver que ella seguía quieta—. ¿Quieres alguna otra cosa?

-No -Katie hincó el tenedor en la montaña de espaguetis y se lo llevó a la boca. Uno de los espaguetis quedó fuera y lo sorbió haciendo bastante ruido.

Jack sonrió.

-Nadie come como tú, Devonworth.

Katie dudaba que las mujeres con las que salía Jack comieran demasiado. Las que salían en las revistas con él parecían muy delgadas y estaban siempre perfectamente maquilladas. «Pero yo soy una mujer real y estoy orgullosa de ello», se dijo mientras partía su pan de ajo.

-¿Te gusta la comida?

Katie asintió.

-Hay muchos restaurantes buenos en la ciudad, pero este tiene algo especial. Me recuerda un poco al Macarroni.

-El Macarroni ya ha desaparecido de Newport Falls -dijo Katie, pensando en todos los negocios que habían desaparecido en los últimos tiempos en su ciudad. Jack no reconocería la calle principal.

-Resulta difícil de creer -dijo Jack-. Llevaba allí toda la vida.

-Esa sensación daba.

Ninguno dijo nada más durante un rato mientras comían. Pero Katie no lograba relajarse. Sabía que tenía que sacar a relucir el tema del dinero.

-¿Permaneces en contacto con Matt? -preguntó Jack finalmente.

-Hablé con él la semana pasado. Puede que vuelva pronto a casa.

-¿De dónde?

-Vive en las Bahamas -Matt no se había conformado con un matrimonio carente de pasión. Katie no lo había amado de verdad, como él necesitaba. Ella se culpaba por el hecho de que se hubiera ido con una secretaria del banco. Su divorcio había sido bastante amistoso. No había propiedades ni hijos de por medio, de manera que cada uno se fue como había llegado. Katie tenía el periódico y la casa de sus padres. Matt tenía su libertad.

Jack apartó la mirada.

-Has dicho que vuelve a casa. ¿Significa eso que vuelve contigo?

Katie no quería hablar de aquello con Jack.

-No. Significa que vuelve a Newport Falls. Hace casi tres años que estamos divorciados.

-Lo siento -dijo Jack.

-Gracias. Pero no estoy aquí para hablar del fracaso de mi matrimonio o de mi vida personal -Katie lamentó de inmediato aquellas palabras. Jack había sido buen amigo de ambos.

Él se cruzó de brazos.

-De acuerdo, Devonworth. ¿O debería llamarte O'Malley? -preguntó, refiriéndose al apellido de Matt.

-Conservé mi apellido. Pero puedes llamarme Katie - Jack, Matt y ella siempre se habían llamado por el apellido cuando eran adolescentes, pero las cosas habían cambiado.

-De acuerdo, Katie. ¿Por qué estás aquí?

Ella apartó la mirada.

-Yo... Me preguntaba qué tal estabas, qué hacías...

-¿En serio? No me has hecho una sola pregunta sobre lo que hago. Y estás retorciendo un mechón de tu pelo con un dedo, como haces siempre que tienes algo en mente. Tengo la impresión de que esto es algo más que una visita personal.

Katie apartó la mano de su pelo y suspiró.

-De acuerdo. Mi periódico está a punto de arruinarse. Necesitamos efectivo urgentemente.

-Comprendo -los ojos azules de Jack se oscurecieron. Parecía enfadado y Katie supuso que se debía a que no le había contado claramente el motivo de su visita-. Y quieres que te eche una mano.

-Eso espero.

-¿Cuál es el problema?

-Hemos perdido a nuestro principal anunciante, los grandes almacenes Holland.

-¿Por qué?

-Quebraron la primavera pasada -Holland eran los únicos grandes almacenes de Newport Falls y mucha gente se había quedado sin trabajo. La mayoría había puesto sus casas a la venta para irse a trabajar a Albany, aunque vender resultaba difícil en aquellos momentos-. Pero justo antes de eso la circulación del periódico estaba aumentando.

-En ese caso, supongo que también aumentaron los ingresos.

-No. He hecho algunos cambios desde que papá murió. Contraté a varios reporteros experimentados que cuestan bastante dinero -Katie se encogió de hombros-. Todo cuesta dinero.

-Dinero que no tienes.

-No he parado de pedir préstamos que no me conceden. Tú eres mi última esperanza. Si no consigo dinero pronto, The Falls irá a la quiebra.

-Eres una periodista magnífica. Podrías ir a cualquier sitio.

-No quiero ir a ningún sitio -dijo Katie, enfadada-. Newport Falls es mi hogar. Mi padre se pasó la vida trabajando para mantener el periódico a flote. Yo llevo once años trabajando en él y casi trescientos empleos dependen del periódico. ¿Imaginas lo que supondría para la economía local que el periódico desapareciera?

Jack apartó la mirada.

Katie aún podía leer en él como en un libro abierto. Y sus instintos le dijeron que estaba perdiendo el tiempo.

—Lo siento, Devonworth... quiero decir, Katie.

-Por favor, Jack. En otra época fuimos buenos amigos. Necesito tu ayuda.

Jack la miró, indeciso. En aquel instante sonó su móvil, concediéndole la distracción que sin duda buscaba. Por lo que oyó, Katie dedujo que hablaba con alguien de su despacho.

-¿Qué tengo en mi agenda para mañana? Cancélalo. Mañana salgo de la ciudad. Organiza un viaje a Newport Falls. Gracias -tras colgar, Jack miró a Katie-. Quiero ir allí a verlo.

-¿A ver qué?

-Tu periódico, por supuesto. The Falls.

Jack había estado en el periódico cientos de veces. Aparte de que necesitaba una buena mano de pintura, apenas nada había cambiado.

-Quiero conocer a los reporteros que has contratado -continuó-. También quiero hablar con el director del departamento de publicidad para...

-La directora -corrigió Katie.

Jack asintió.

-Quiero comprobar qué está haciendo para que aumente la distribución.

-De acuerdo.

Jack se levantó.

—Estaré en tu oficina a las tres.

Cuando le ofreció la mano, Katie la tomó y se levantó. Sin soltarla, Jack añadió:

-Me ha alegrado mucho volver a verte, Katie.

Una vez en la calle, Jack detuvo un taxi para ella.

-Gracias -dijo Katie mientras entraba.

El trató de no fijarse en sus delicados labios mientras cerraba la portezuela. Pero permaneció allí, observando cómo se alejaba el taxi. No se movió hasta que desapareció de su vista, y entonces no se encaminó de vuelta a su despacho.

Necesitaba despejar un poco su mente. Ver a Katie después de todos aquellos años, estar tan cerca de ella, había hecho que la cabeza empezara a darle vueltas.

Siempre había conservado la esperanza de poder apartarla definitivamente de su cabeza, pero no lo había logrado. Katie era el fantasma con que competían las mujeres con que salía.

Cuando recibió su llamada se dijo que sería inofensivo verla, pues ya no ejercía ningún poder sobre él. Pero en cuanto la había visto había comprobado que aquello no era cierto. La chica de sus sueños se había transformado en una mujer más bella de lo que jamás habría imaginado. Su pelo castaño le llegaba hasta los hombros y enmarcaba sus grandes y expresivos ojos marrones. Estaba tan delgada y atlética como cuando iban al instituto, pero con unas cuantas curvas más... unas curvas muy tentadoras.

Desde el momento en que la había visto había comprendido que su encuentro debía ser lo más breve posible. No tenía otra opción. Katie había dejado claro hacía tiempo que ya no lo amaba.

Recordó una vez más el día en que confesó sus sentimientos por él junto al río. Aún podía rememorar el sabor de sus labios, el aroma de su piel...

Había amado a Katie más que a la vida misma, y había necesitado hacer acopio de todo su valor para dejarla. Pero no había tenido otra opción. Sabía demasiado bien lo que sucedía cuando el amor se consumaba demasiado pronto. Él mismo era el resultado de tal circunstancia.

Su padre, Robert, conoció a su madre cuando tenía diecinueve años. Su madre, June, aún tenía dieciséis años e iba al instituto. Se enamoraron a primera vista y muy pronto se volvieron inseparables.

Pero los padres de June no estaban contentos con aquella relación. Esperaban que su hija encontrara a alguien mejor que a un huérfano que dependía de las becas para poder estudiar. Cuando June se quedó embarazada, Robert rogó a sus padres que les permitieran casarse, pero estos no quisieron saber nada al respecto. Avergonzados por el embarazo de su hija, la enviaron fuera sin decirle a dónde. Robert descubrió demasiado tarde que la habían enviado al campo, a vivir con una tía.

El padre de Jack no volvió a ver a June. Cuando ésta se puso inesperadamente de parto, su tía trató de ayudarla, pero la madre de Jack murió al dar a luz. Robert fue a por él y volvió a Newport Falls, pero nunca llegó a perdonarse a sí mismo por lo sucedido.

Jack recordaba a diario el desastre de relación de sus padres. Había prometido que, por mucho que amara a Katie, por mucho que la deseara, jamás permitiría que tuviera un destino similar al de su madre. Antes debía convertirse en la clase de hombre que Katie merecía; sólo entonces habría un futuro para ellos.

Se fue a la universidad decidido a probarse a sí mismo. Sólo cuando lograra lo que se proponía podría casarse con la mujer que amaba.

Pero había malinterpretado la situación. Se había convencido de que Katie y él tenían una conexión especial, una conexión que no necesitaban mencionar para que fuera real.

Sin embargo, se equivocó. Acababa de empezar a prosperar cuando supo que Katie se había casado con su mejor amigo.

Aquello lo dejó conmocionado. ¿Cómo había podido hacerle aquello Katie? Si hubiera sentido por él lo mismo que él por ella, jamás habría podido refugiarse en los brazos de otro.

¿Y Matt? Matt no se había interesado por Katie hasta que había averiguado lo que él sentía por ella. Recordaba muy bien la noche que le contó a Matt que la amaba. Estaban tumbados en el campo, mirando las estrellas con los brazos cruzados tras la cabeza. Matt le estaba gastando bromas respecto a una chica de la clase y Jack le dijo que estaba muy equivocado.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Matt.

-Que quiero a otra.

-¿Tu? ¿A quién?

—A Katie. Algún día me casaré con ella.

Matt rió.

-¿Katie? ¡Sí, claro!

-¿Qué te hace tanta gracia? Lo tengo todo planeado. Incluso tengo el anillo. Era de mi abuela. Mi padre quiso dárselo a mi madre, pero

nunca tuvo oportunidad de hacerlo. Es un diamante, con dos rubíes a cada lado...

-Un momento, un momento -interrumpió Matt-. Katie es alguien con quien jugamos al baloncesto. No es la clase de chica de la que uno se enamora. Y casarse con ella... ¡vamos, Jack!

-Es a ella a quien quiero y a quien siempre he querido.

Matt permaneció unos momentos en silencio.

-¿Lo sabe ella?

-No, no puedo decírselo todavía. No ahora.

-¿Por qué?

-Porque somos demasiado jóvenes. Lo último que quiero es acabar como mis padres. Tengo que esperar. En cuanto gane un millón de dólares me casaré con ella.

-Si ganas un millón de dólares tendrás un montón de mujeres entre las que elegir.

-Sólo quiero a Katie.

Jack debería haber supuesto lo que pasaría. Matt siempre había competido con él, aunque Jack nunca había entendido por qué, pues su amigo había nacido con una cuchara de plata en la boca. Sin embargo, competía con él.

Poco después de regresar de Europa lo llamó por teléfono. Estaba preocupado por Katie. La muerte de su padre había sido muy dura para ella y había tenido que dejar la universidad para ocuparse del periódico. Jack no podía soportar estar tan lejos de ella sabiendo que sufría y sin poder consolarla. De manera que, a pesar de no haber conseguido aún la situación financiera que buscaba, quería proponerle que se casara con él. Volvía a casa. Había llegado el momento de decirle cuánto la amaba.

Pero Matt, su mejor amigo, lo traicionó y se le adelantó. Katie y él se casaron el día que llegó Jack.

Este asistió a la boda con el anillo de su abuela aún en el bolsillo.

Pero no fue una victoria clara. El día de la boda, después de que Matt se ufanara de su «triunfo», le pidió a Jack que permaneciera alejado de ella, que rompiera todo contacto con Katie.

-Lo contrario sólo serviría para confundirla -dijo.

-¿Confundirla? -repitió Jack-. ¿De qué estás hablando? Pensaba que habías dicho que te quería.

-Se ha casado conmigo, ¿no? -dijo Matt antes de irse.

Pero Matt no tendría por qué haberse preocupado. Jack ya no quería estar cerca de Katie. Incluso cuando se enteró de su divorcio se convenció a sí mismo de que sería mejor no llamarla. Pero nunca dejó de esperar que ella lo llamara algún día para decirle que cometió un

error al casarse con Matt, que era a él al que había amado siempre, no a Matt.

Sin embargo, la llamada nunca llegó. De manera que Jack decidió que debía olvidarla. No tenía otra opción. Su amor por ella estaba destrozándolo y estaba envenenando sus relaciones con las demás mujeres.

Pero Katie había regresado a su vida para pedirle ayuda. Y él había comprendido de inmediato por qué no había vuelto a llamarla. Su amor por ella era tan fuerte como el día que se besaron junto al arroyo. Pero, a diferencia de aquel día, era un amor no correspondido.

Jack se encontró de pronto ante el edificio en que estaban sus oficinas. Mientras lo contemplaba pensó que debía todo aquello a Katie. Porque de no haber sido por ella nunca habría sido capaz de canalizar tanto fuego y energía en su trabajo. Nunca habría tenido éxito.

De manera que iba a tratar de ayudarla. Le daría una oportunidad, pero eso sería todo.

Capítulo Dos

-No te emociones antes de tiempo -advirtió Marcella, buena amiga de Katie además de directora del departamento comercial de The. Falla-. Dijo que se alegraba de verte y estoy segura de ello.

-¿Qué te hace pensar que me estoy emocionando antes de tiempo? -preguntó Katie. Tras una noche muy inquieta, había llegado al periódico muy temprano con intención de organizarlo todo para la visita de Jack. Para empeorar las cosas, Matt había llamado y ella había cometido el error de decirle que había visto a Jack. Sorprendentemente, Matt había vuelto a adoptar el papel de hermano mayor y le había advertido que tuviera cuidado.

-La expresión que adoptan tus ojos cada vez que mencionas su nombre -contestó Marcella.

-¿Qué expresión?

-La de «es tan maravilloso...»

-¿Te refieres al tipo al que la prensa cotilla llama «el hombre de hielo»? -preguntó Katie con ironía.

-Creía que lo llamaban «el rompecorazones» -replicó Marcella.

Katie asintió. Jack aparecía muy a menudo en las columnas de sociedad de casi todos los periódicos del país. Era un conocido playboy.

-Desde luego no se comportó como si se alegrara de verme. Estaba tan... distante. Ni siquiera habló directamente conmigo cuando llamé. Y me tuvo esperando cuarenta minutos...

-Pero se ha ofrecido a echarte un cable.

-Aún no. Primero quiere hacerme sudar un poco.

Incluso así no hay garantías. Ha sido un detalle por su parte decidirse a venir, pero tuve que rogarle que me ayudara. Y le aseguro que la perspectiva no le emocionó demasiado. Tendrías que haberlo visto durante la comida. Era evidente que no quería volver a saber nada de mí.

-Me parece que estás sacando conclusiones precipitadas.

-¿En serio? Me tuvo esperando lo que quiso y luego ni siquiera se disculpó. Y sabía que hoy llegaría tarde -Katie miró su reloj-. Son las cuatro.

-En su oficina han dicho que se ha prolongado en exceso la reunión que tenía esta mañana.

Todo forma parte de sus tácticas.

-Pero te va a dar una oportunidad, y eso es mucho más de lo que otras personas estarían dispuestas a ofrecerte.

-Mmm -murmuró Katie.

-Puede que aún haya por ahí algunos sentimientos sin resolver...

-Lo dudo. Si le importara en lo más mínimo, me habría escrito o habría llamado alguna vez.

-No me refería a Jack.

Katie miró a su amiga.

-Puede que quisiera al viejo Jack Reilly, pero no a su nueva versión. No es mi tipo.

-Lo fue durante mucho tiempo.

-Eso era antes de que se fuera, antes de que dejara de escribir y de llamar. Antes de que olvidara quién era.

-Me parece que protestas demasiado.

Katie se ruborizó.

-Te aseguro que ya no siento nada por Jack Reilly. Puede que aún me afecte verlo, pero eso es normal.

Marcella alzó expresivamente las cejas.

-Mi interés por él es meramente profesional -añadió Katie-. Sólo lo he llamado como último recurso. Ya verás cuando llegue. No es casual que llevemos esperándolo un trillón de minutos. Se ha vuelto tan arrogante y engreído, tan...

Las cejas de Marcella subieron y bajaron repetidas veces.

-Lo tienes justo detrás -susurró.

Jack estaba en el umbral de la puerta. Había escuchado casi todo lo que Katie había dicho sobre él. Pero no se había enfadado. De hecho, le había halagado comprobar que aún despertaba alguna emoción en ella.

-Siento llegar tarde -dijo-. La reunión que tenía esta mañana se ha prolongado más de lo esperado -simuló no fijarse en la mirada horrorizada de Katie.

-No hay problema -dijo ella precipitadamente.

-Y luego mi piloto ha tenido que ocuparse de algunos asuntos antes de despegar.

-¿«Mi» piloto? -repitió Marcella, impresionada-. ¿Tienes tu propio avión?

Jack asintió.

-Pero veo que he interrumpido algo. No me importa esperar. ¿Cuánto tiempo creéis que vais a tardar? ¿Un trillón de minutos?

-Me ha alegrado volver a verte, Jack -murmuró Marcella mientras se encaminaba rápidamente a la puerta.

-Lo siento -dijo Katie, ruborizada-. Ya me conoces. Nunca me ha gustado esperar.

-Sí -replicó Jack. Desde luego, no se había molestado en esperarlo a él-. Lo sé.

-Bien -cuando Katie pasó a su lado, Jack reconoció su perfume. Era el mismo que solía usar en el instituto—. ¿Nos ponemos en marcha?

Katie quería que se la tragara la tierra. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para ponerse a hablar mal de él sabiendo que estaba a punto de llegar?

Fuera cual fuese su historia con Jack, debía superarla. Después de todo, lo necesitaba.

Mientras recorrían las oficinas del periódico Jack no pareció impresionado. Asistió a las reuniones que Katie había organizado con expresión indiferente y de vez en cuando hizo alguna pregunta.

-Me gustaría conocer a alguno de los reporteros que mencionaste -dijo cuando volvieron al despacho.

Katie descolgó el teléfono e hizo varias llamadas sin ningún éxito. Luánna Combs, una importante periodista que había trabajado diez años para el Baltimore Sun antes de unirse al The Falls, había tenido que irse porque su hijo había caído enfermo de varicela. Shelley también se había ido porque su marido tenía la gripe y debía recoger a los niños del colegio. Y Brett Wilson, un famoso periodista que Katie había logrado robar a Los Angeles'Times, estaba ocupado cubriendo un accidente que había tenido lugar en la autopista cuarenta y cuatro.

Cuando Katie colgó el teléfono, Jack alzó ambas cejas y dijo:

-¿Y bien?

-No están.

-¿Ninguno? ¿Dónde están?

—Los tres que quería que conocieras no están disponibles en estos momentos.

-¿Y el futuro del periódico se basa en esos tres periodistas? —preguntó Jack en tono escéptico.

-Mañana estarán aquí -dijo Katie, enfadada-. Pero si no puedes quedarte, supongo que tendré que darte las gracias por tu tiempo y acompañarte a la salida.

Jack dudó.

-¿Seguro que estarán aquí mañana?

-Te lo garantizo -Katie estaba dispuesta a ocuparse de todos los niños y maridos enfermos que hiciera falta.

-De acuerdo -dijo Jack.

-¿Te quedas? -preguntó ella, sorprendida.

El asintió y a continuación abrió su móvil. Katie oyó cómo hablaba con su secretaria para reorganizar su agenda.

-Llama también a Carol y pregúntale si puede cambiar nuestra cita de mañana para alguna otra noche.

Katie sintió una punzada de celos al escuchar aquello. ¿Carol? Era

obvio que Jack estaba cancelando una cita.

-Un día más -dijo Jack cuando colgó, y a continuación miró su reloj-. ¿Sigue estando el hostal de la señora Crutchfield en Main Street?

-Sí -dijo Katie. Pero no imaginaba al nuevo Jack Reilly alojado en un sencillo hostal de pueblo-. Hay un hotel mucho mejor en Albany.

-Me basta con el hostal. Le pediré a Greg que me traiga algo de ropa.

-¿Quién es Greg, y qué ropa?

-Greg es mi piloto. Hace un montón de cosas además de pilotar.

-¿Te refieres a que también es tu mayordomo? -Katie no pudo contener el sarcasmo.

Jack sonrió.

-Si es necesario. Llevo una muda de ropa en el avión por si acaso.

-Por supuesto.

Cuando Katie se levantó, Jack la sorprendió preguntando:

-¿Tienes planes para esta tarde?

-Yo... no.

-Bien. Me gustaría llevarte a cenar a algún restaurante agradable. Elige el que quieras.

-Por supuesto -Katie supo de inmediato adonde iban a ir.

El restaurante de Joe estaba en la esquina de Main y Howe y llevaba allí más tiempo del que podía recordar. El restaurante había pasado de padres a hijos durante tres generaciones y en aquellos momentos el encargado era Joey Tercero. Katie, Jack y Matt habían pasado mucho tiempo allí, tomando batidos y hamburguesas.

Si a Jack le sorprendió su elección no lo demostró. De hecho, a Katie casi le pareció aliviado por el hecho de que no hubiera elegido un lugar más tranquilo y romántico.

Después de que Jack estrechara la mano de Joey ocuparon una mesa junto a la ventana.

-Está muy tranquilo para ser un jueves por la noche, ¿no? -comentó Jack. Sólo había otras tres mesas ocupadas en el restaurante.

-Ya te he dicho que las cosas han cambiado. Supongo que te habrás fijado en las numerosas tiendas y negocios que han cerrado. Mucha gente ha tenido que irse por lo difícil que resulta encontrar trabajo. A menos que se haga algo, Newport Falls acabará siendo un pueblo fantasma.

-Pero Lois Lañe va a salvarlo. ¿O te ves más bien como Brenda Star?

-Como ninguna de las dos -dijo Katie con frialdad-. Este es mi pueblo natal. Me gusta. Me gusta saber que cuando estoy enferma puedo contar con que la señora Cruthfield me hará una sopa

riquísima, con las mermeladas caseras de la señora Faunaly. Sé que a algunas personas no les gustan las poblaciones pequeñas, pero...

-Pero a ti sí. Ya lo he captado, Devonworth. Pero no todo el mundo tiene recuerdos tan agradables de este sitio.

Katie miró a Jack unos segundos. Su padre murió un año después de que él se fuera a la universidad. Lo enterraron en el cementerio del pueblo, cerca de donde estaban enterrados los de ella.

-Lo sé. Pero supongo que no todos tus recuerdos son malos, ¿no?

-No. Gracias a ti... y a Matt -Jack añadió el último nombre casi a regañadientes.

-También había otras personas que sentían cariño por ti. Y que aún lo sienten. El otro día me pregunto por ti el señor Pete.

-¿Cómo va su negocio? -preguntó Jack. Él había trabajado durante varios años para el señor Pete, el carnicero, echándole una mano en la tienda.

-Bastante mal, como todo lo demás.

-Lamento oír eso -dijo Jack y, sin dejar pasar un segundo, añadió-: ¿Pedimos la comida ya?

Katie comió en silencio, molesta por la frialdad con que Jack se había tomado las noticias sobre el negocio del señor Pete.

-¿Tienes planeado ver a alguien más mientras estás aquí? -preguntó cuando terminaron.

Jack se levantó y tomó el abrigo de Katie para ayudarle a ponérselo.

-No.

-¿No? Estoy segura de que a la señora Bayons le encantaría verte.

-No tengo tiempo.

-Tal vez mañana...

-Tengo que ocuparme de algunas cosas por la mañana y después iré directamente a tu oficina. Tengo que estar de vuelta en la ciudad mañana por la noche.

—Oh, claro —para su cita con Carol.

-Además, no creo tener nada que decir a nadie de por aquí.

El comentario de Jack había sido directo y seco. Katie lo miró, dolida. Había captado el mensaje. Jack había roto toda relación con Newport Falls.

Pero él parecía ajeno a su dolor. Se despidió de Joe y abrió la puerta para que Katie saliera del restaurante.

-Vamos. Te acompaño al coche.

Pero Katie no tenía coche. A pesar de que estaban en enero y hacía frío, había ido en bicicleta y así se lo hizo saber a Jack.

Él la miró, sorprendido.

-¿Has venido en bici con este tiempo?

-¿Por qué no? Las carreteras están despejadas. Además, quería hacer ejercicio.

-¿Sigues viviendo en casa de tus padres?

La granja de los padres de Katie se hallaba a cinco millas. Contaba con más de cien acres e incluía una vieja casa Victoriana y un estanque en el que Jack, Matt y ella solían pescar y nadar durante los veranos.

-Sí, me he trasladado allí.

-Está demasiado lejos y hace demasiado frío para que vayas en bici. Yo te llevo. He alquilado un coche en el aeropuerto.

Katie no se sentía con ánimo de seguir hablando con él. ¿Qué le había pasado a su amigo? ¿Dónde estaba el joven cálido, cariñoso y divertido al que había amado con todo su corazón?

Se detuvieron ante la hilera de rejillas para bicicletas que había ante el periódico. Katie ni siquiera le ponía un candado a la suya. En Newport Falls no hacían falta.

-Gracias por la cena -dijo mientras empezaba a llover un poco, cosa que no la preocupó, pues estaba acostumbrada a montar hiciera el tiempo que hiciese.

Jack la tomó de la mano para detenerla. Tras un momento de duda, dijo:

-No puedes salvar al mundo, Devonworth.

-No quiero salvar el mundo, Reilly. Sólo Newport Falls.

Jack la atrajo hacia sí.

—No puedo dejarte ir así.

-¿Por qué no? -preguntó Katie a la vez que su corazón latía más deprisa.

-Porque está lloviendo -contestó él a la vez que señalaba hacia el cielo.

í

Katie sacó unas zapatillas de deporte de su bolso.

-Solías andar en bici bajo la lluvia todo el tiempo -dijo mientras se cambiaba de calzado allí mismo-. ¿O acaso también te has olvidado de eso? -cuando terminó se montó en la bici—. Hasta mañana.

Pedaleó por las oscuras calles sin ningún problema. Conocía cada una de las casas y rincones del pueblo de memoria. Estaban habitadas por amigos, por personas a las que había conocido toda la vida.

Le alegró que estuviera lloviendo, porque si alguien la veía en aquellos momentos no notaría sus lágrimas. Jack tenía razón en una cosa: quería salvar a toda costa Newport Falls.

Cuando unas luces destellaron tras ella, Katie se echó a un lado.

Pero el coche no la sobrepasó. En lugar de ello, se detuvo a su lado.

-¿Seguro que no quieres que te lleve? -era Jack.

—Seguro. Buenas noches.

Katie pensó que daría la vuelta y se marcharía en dirección contraria, pero no fue así. Jack la siguió, iluminando el trayecto con las luces del coche.

Jack detuvo el coche tras la bici de Katie cuando llegaron a su casa. Sabía que estaba enfadada, pero le daba igual. No podía dejar que fuera en bici sola en una noche lluviosa como aquella. Pero, ¿a quién sino a ella se le habrá ocurrido ir a trabajar en bici en pleno enero?

Katie siempre había hecho las cosas de forma distinta a los demás. En Nueva York la habrían catalogado de excéntrica. Nunca habría otra mujer como ella. Batalladora y de ideas propias, bella e inteligente, con un cuerpo que quitaba el hipo y un corazón de oro.

Cuando Katie golpeó en la ventanilla del coche la bajó.

-No hacía falta que me siguieras hasta casa.

-¿Cómo? -Jack simuló sentirse sorprendido-. Creía que éste era el camino al hostal -dijo, a pesar de saber que estaba justo en sentido contrario.

Kate sonrió y él le devolvió la sonrisa antes de volver la mirada hacia la casa.

-Sigue igual que siempre.

Ella asintió.

-Gracias por seguirme. Hasta mañana -dijo antes de volverse.

Una parte de Jack habría querido seguirla, abrir una botella frente al fuego y decirle cuánto le había agradado volver a verla. Le explicaría cuánto había lamentado que hubieran perdido el contacto...

Frenó en seco sus pensamientos. No podía permitir que sus sentimientos afloraran. Se recordó una vez más que hacía tiempo que Katie había dejado de preocuparse por él. Cómo ella misma había dicho, sólo había recurrido a él como último recurso, y sólo para conseguir dinero.

Condujo hasta el hostal con la mente echa un caos. No le gustaba sentirse así. Anhelo encontrarse de regreso en los seguros y estériles confines de su despacho. Su vida giraba cómodamente en torno a su trabajo. Había mujeres, por supuesto. Bastantes. Pero sus relaciones estaban basadas en el sexo, no en las emociones.

Los periodistas se equivocaban al decir en las columnas de cotilleo que no quería comprometerse. Sentía envidia de sus colegas con esposa y familia. Esperaba ser igualmente afortunado algún día, pero antes tenía que encontrar la mujer adecuada. Y olvidar


definitivamente a Katie.

Capítulo Tres

Katie despertó a la mañana siguiente sintiéndose como si acabara de esquivar una bala. Sus sentimientos por Jack la tenían desconcertada. Había esperado que aquellos años de separación la hubieran ayudado a superarlos, y durante una temporada había logrado convencerse de que así había sido.

No le había parecido demasiado extraño verse con él en Nueva York, pero haber cenado la noche anterior con el hombre al que tanto había amado en el lugar en el que habían pasado tanto tiempo juntos durante su adolescencia había resultado extraño e incómodo, por calificarlo de algún modo. Jack había cambiado desde la última vez que habían estado en el restaurante de Joe. No había duda de que seguía siendo atractivo, pero no era aquello lo que más le gustaba a Katie de él, sino su corazón.

Y justo cuando había llegado a la conclusión de que se había endurecido con los años, de que su amigo se había vuelto una persona irreconocible, Jack había decidido seguirla a casa. Sólo él habría hecho algo tan dulce y tan típicamente suyo.

Afortunadamente, había logrado contener su impulso inicial de invitarlo a pasar. Probablemente habría acabado por confesarle sus verdaderos sentimientos y Jack habría salido corriendo. Ella habría vuelto a quedarse con el corazón roto y habría dejado en la estacada a todas las personas que trabajaban para el periódico, todas las personas que dependían de que Jack decidiera invertir.

Casi habría preferido que hubiera cambiado, que su infancia hubiera acabado por apoderarse de él y le hubiera hecho perder su dulzura. Habría sido comprensible. Después de todo, y a pesar de su éxito, la vida le había dado muchos motivos para estar amargado. Nunca conoció a su madre, ni a ningún otro pariente aparte de a su padre, y aunque Katie siempre había sentido que éste quería a su hijo, era consciente de que el alcohol lo había incapacitado para servir como tal. Debido a su mala situación financiera, Jack siempre había tenido que trabajar, no sólo para mantenerse a sí mismo, sino también a su padre.

Pero nunca había flaqueado.

-Hay mucha gente que vive peor que yo -solía decir cuando Katie o Matt manifestaban su preocupación.

Y aunque aquello fuera cierto, no había duda de que nadie lo tenía peor que Jack Reilly en Newport Falls.

Katie siempre había sabido que se iría de allí en cuanto pudiera. No le sorprendió que consiguiera una beca para Princeton, ni que

eligiera pasar los veranos en prestigiosos internados en lugar de repartiendo cestas de la compra por Newport Falls. Pero a pesar de que se dijo que era lo lógico, no pudo evitar que su corazón sufriera. Echaba de menos a Jack y anhelaba estar con él. Y se aferró a la esperanza de que algún día llegara a compartir sus sentimientos.

Pero cada año escribía menos y menos. Y aunque regresó cuando murió su padre y estuvo con ella toda una semana, fue evidente que su relación se estaba acabando. Cuando obtuvo su título universitario y se fue a trabajar a Londres, Katie no pudo ocultar su desolación. Aunque Jack hubiera dicho que cuando regresara las cosas seguirían siendo como siempre, ella sabía que su promesa carecía de profundidad.

Con Jack en Europa, y tras la muerte de su padre,

Katie se apoyó más que nunca en su viejo amigo Matt. Todo el mundo había asumido que eran pareja mucho antes que la propia Katie. Ella nunca había visto a Matt de aquel modo. Pero cuando su madre enfermó, se esforzó por verlo como un posible candidato para una relación amorosa.

A pesar de todo, nunca dejó de pensar en Jack. Un día Matt le contó que Jack lo había alentado a salir con ella. Por lo visto, siempre había sabido que estaban hechos el uno para el otro, e incluso lo animó a que se casaran.

Katie se quedó anonadada. Pero entonces recordó el día en el arroyo y todo pareció tener sentido. Jack nunca la había amado. De lo contrario no se habría ido aquel día como lo hizo.

Mientras recordaba todo aquello se sirvió una taza de café y se sentó en el sofá del cuarto de estar. Cuando decidió casarse con Matt se dijo que estaba tomando la decisión correcta. Estaría con su amigo, su mejor amigo, durante el resto de su vida. Era la única forma de asegurarse de que no la abandonara también, de que su corazón no volviera a romperse.

Pero, por supuesto, las cosas no salieron como esperaba. El matrimonio no era ningún seguro contra el dolor.

El suyo con Matt duró seis años. Finalmente ella le devolvió su libertad, como él quería. No sólo le dio su libertad, sino que lo perdonó.

Pero, al parecer, nunca había llegado a perdonar a Jack. Por mucho que se había esforzado, su corazón nunca había querido soltarlo definitivamente. Se había aferrado a sus sentimientos como un náufrago a una tabla. Necesitaba dejarlo ir definitivamente.

Al pensar en su comportamiento del día anterior se sintió avergonzada. Jack había acudido a Newport para tratar de ayudarla y

ella le había correspondido comportándose como una amante desdeñada.

Afortunadamente, aún contaba con otro día para estar con su viejo amigo. Se disculparía con él, le compensaría. Miró su reloj y vio que eran casi las ocho .Jack había dicho que tenía algunos asuntos de los que ocuparse antes de ir al periódico. Y ella sabía exactamente dónde encontrarlo.

Jack entró en el cementerio con tres ramos de rosas rojas en los brazos. La lluvia del día anterior se había transformado en nieve y una ligera capa de ésta empezaba a cubrir el suelo. Miró a su alrededor y pensó que el cementerio era el único lugar del pueblo que seguía igual que siempre. Era un lugar hermoso, pero desolado.

Caminó hasta la tumba de su padre. Había acudido allí a menudo, pero las visitas nunca resultaban agradables. Su padre nunca llegó a recuperarse de la pérdida de la mujer a la que tanto quiso y se refugió en el alcohol.

Que Jack recordara, jamás logró que un empleo le durara más de un par de días y nunca mostró la más mínima ternura hacia él. Él se vio obligado a trabajar para ambos y, desde muy joven, decidió que su destino sería muy distinto al de su padre. Jamás permitiría que su vida se viera destruida por el amor.

Pero lamentaba no haber podido conocer mejor a su padre. Le habría gustado poder hablar con él, decirle que comprendía su dolor. Había llegado a entender por qué se había encerrado en sí mismo, por qué ni siquiera se había abierto a su único hijo.

Dejó el ramo de rosas sobre la tumba de su padre y se irguió. Pero aún no estaba listo para irse. Se acercó al viejo roble bajo el que se hallaban las tumbas de los Devonworth. Cuando dejó las flores sobre ellas no pudo evitar emocionarse. Los padres de Katie siempre le habían manifestado su cariño y apoyo, siempre lo trataron con amor y respeto.

Se volvió para marcharse. Le aguardaba una misión terrible aquel día. De algún modo había sabido desde el momento en que Katie le había pedido ayuda que su compañía no podía invertir. Sin embargo había tratado de convencerse de lo contrario, de que tal vez The Falls no era el sencillo periódico sin perspectivas que recordaba. Pero se había engañado a sí mismo y, encima, en lugar de marcharse el día anterior había prolongado su visita. ¿Por qué? Por los sentimientos que aún albergaba hacia Katie. Pero no podía ayudarla, y no creía que nadie pudiera hacerlo. Daba lo mismo los periodistas que contratase.

Un periódico en un pueblo agonizante era una inversión perdida.

-¿Jack?

Por un momento, Jack pensó que estaba alucinando, pero cuando se volvió vio que Katie se encaminaba hacia él.

-¿Qué haces aquí? -preguntó.

-Quería hablar contigo fuera de la oficina.

-¿Y cómo sabías que estaba aquí?

-Hacía años que no venías. ¿Qué otra cosa podías tener que hacer en Newport Falls?

Jack sonrió.

-Buen trabajo, detective -dijo, pero dejó de sonreír cuando vio la bicicleta de Katie aparcada junto a la puerta del cementerio. Imaginarla pedaleando bajo la nieve hizo que se le encogiera el corazón-. ¿Y qué era tan importante que no podías esperar a decírmelo?

-Quería disculparme. Has vuelto para tratar de ayudarme y yo me he comportado como una resentida desde que has llegado.

Jack pensó en los padres de Katie, enterrados allí mismo. Había perdido a sus padres, luego a su marido y estaba a punto de perder lo único que le quedaba: su periódico.

-No digas tonterías.

-Lo siento.

Al ver que los ojos de Katie se llenaban de lágrimas, Jack pasó instintivamente un brazo por sus hombros.

-Soy Jack, ¿recuerdas? No necesitas disculparte conmigo. Además, soy yo en todo caso el que te debe una disculpa -parecía tan ligera, tan etérea. Quería abrazarla y protegerla del mundo. De pronto sintió que ya no quería soltarla.

Pero Katie no parecía sentir lo mismo. Se puso ligeramente rígida, como si se sintiera incómoda. Cuando Jack dejó caer el brazo, se apartó.

Pero no podía culparla. A fin de cuentas, ¿qué clase de amigo había sido él durante aquellos años? —Tienes motivos para estar enfadada conmigo. -¿Qué quieres decir?

-Debería haber venido al funeral de tu madre. Lo siento. Y debería haber llamado cuando supe que Matt y tú os habíais divorciado.

-No te culpo -dijo Katie-. Estabas muy ocupado. —Eso no es excusa. Hubo otros... motivos. Katie bajó la mirada.

-Sé que es duro para ti volver aquí. Si yo hubiera estado en tu lugar no sé si habría sido capaz de hacerlo -alzó de nuevo la mirada-. Tu padre estaba muy orgulloso de ti, Jack. Te quería. Igual que... todos los demás.

-Tus padres siempre fueron encantadores conmigo —dijo él.

Katie volvió la mirada hacia las tumbas que se hallaban junto al

viejo roble y se fijó en las llores.

-¿Las has traído tú? -preguntó, sorprendida. Cuando Jack asintió, añadió—: Casi me alegro de que no estén aquí para ver lo que está sucediendo con el periódico. Seguro que se les rompería el corazón.

Lo que les habría roto el corazón habría sido ver la infelicidad de su hija, pensó Jack a la vez que alzaba una mano enguantada para acariciarle la mejilla.

En aquella ocasión ella no se apartó. En lugar de ello, apoyó su mano sobre la de Jack para sujetarla contra su mejilla. El deseo de Jack despertó al instante. «Se trata de Katie», se recordó. «Se casó con tu mejor amigo...»

Ella alzó ligeramente la cabeza. Por una vez, Jack ignoro la voz de su conciencia. Su necesidad era abrumadora.

Era Katie, su Katie, y estaba lo suficientemente cerca como para besarla. Se inclinó hacia ella...

Justo en aquel momento se cayó la bicicleta que Katie había dejado precariamente apoyada contra la verja del cementerio. Jack se sobresaltó como un ladrón al que hubieran atrapado con las manos en la masa.

Katie permaneció muy quieta, mirándolo con sus grandes ojos marrones.

¿Qué diablos estaba haciendo?, se preguntó Jack. ¿Acaso había perdido el juicio?

Se aclaró la garganta. Una cosa estaba clara: tenía que irse de allí cuanto antes. De lo contrario, temía hacer algo de lo que pudiera arrepentirse. Fue hasta dónde estaba la bici, la cargó sobre un hombro y señaló su coche.

-Será mejor que vayamos al periódico para que conozca a tus reporteros -miró su reloj-. Sólo tengo un rato ante de irme.

No se fiaba de lo que pudiera hacer si seguía más tiempo del estrictamente necesario junto a Katie.

Capítulo Cuatro

Katie miró hacia la mesa desde la que sus tres principales reporteros, Luanna, Shelley y Brett, estaban terminando de exponer por turnos sus curriculums y la clase de historias en que estaban especializados.

Luego miró a Jack. Estaba sentado junto a ella, con la mirada fija en los periodistas. Katie pensó en lo sucedido en el cementerio. Por unos instantes había estado convencida de que Jack iba a besarla.

Pero Jack no la había besado. Tal vez sólo había sido su imaginación. Miró los ojos del hombre al que en otra época amó tan intensamente y se sintió confundida. Pero no estaba confundida respecto al dolor de su corazón. Lo echaba de menos.

Brett fue el último en hablar y cuando terminó todos miraron a Jack. Éste había permanecido en silencio casi todo el rato y ocasionalmente había hecho alguna pregunta. Katie pensaba que sus periodistas habían respondido con gran profesionalidad.

-De acuerdo -dijo Jack-. Supongo que eso es todo. Gracias por vuestro tiempo.

Los periodistas miraron a Katie en busca de alguna indicación sobre cómo responder.

-Gracias a todos -dijo ella.

Cuando finalmente se fueron todos eran casi las cuatro. Katie los estaba acompañando a la puerta cuando sonó el teléfono de Jack.

-Al parecer tengo más tiempo del que creía -dijo con expresión decepcionada cuando colgó-. Era

Greg, mi piloto. El aeropuerto de Albany está cerrado a causa de la nieve.

Marcella asomó la cabeza por la puerta en aquel momento.

-Si no te importa me voy ya, Katie.

-No hay problema.

Marcella miró a Jack.

-Normalmente me quedo aquí hasta las ocho, pero con lo que está nevando tengo que ir a recoger a los niños y...

-Me parece muy bien, Marcella. Buenas noches.

Katie le hizo un gesto para que se fuera y luego respiró profundamente.

-¿Y bien? ¿Podemos ser sinceros?

-¿Sinceros?

-¿Vamos a conseguir el dinero?

La expresión de Jack se endureció.

-Eso querría, pero...

— ¿Pero qué?

Jack se inclinó hacia Katie y la miró a los ojos.

-Dame un motivo, Katie.

-Llevo dos días dándote motivos.

-No. No me has hablado más que de sentimientos. Como inversor objetivo, quiero que me expliques por qué crees que debería invertir aquí mi dinero.

De manera que Katie se lo dijo. Sacó hojas de cálculos, viejos ejemplares del periódico y la lista de premios que éste había recibido a lo largo de los años. Cuando terminó eran cerca de las ocho y Jack estaba sentado en su silla con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios.

-¿Y bien? -dijo Katie.

-Veo que te has convertido en toda una mujer de negocios, aunque debo reconocer que no me sorprende.

-Y tú te has convertido en un tipo condescendiente y... -Katie se mordió la lengua. ¿Por qué tenía que decir siempre lo que se le venía a la cabeza? Jack ya no era su amigo; era un posible socio.

Aguardó con estoicismo su respuesta, pero vio que seguía sonriendo.

-Veo que sigues diciendo lo primero que se te ocurre sin pensártelo dos veces.

-Eso parece -replicó ella con un encogimiento de hombros.

Jack dejó de sonreír y se puso en pie.

-Voy a hacer todo lo posible por ayudarte, Katie.

Ella asintió pero no dijo nada.

-Vamos -continuó Jack-. Te llevaré a casa. Ni siquiera tú puedes montar en bici sobre más de diez centímetros de nieve.

Se pusieron los abrigos y fueron caminando hasta el coche en silencio.

Katie no se hizo consciente de lo mal que estaban las carreteras hasta que salieron a la autovía que llevaba a su casa. Y el tramo que llevaba de ésta a su casa iba a estar a un peor.

Nevaba tanto que cuando llegaron al cruce Jack estuvo a punto de saltárselo.

-¡Es aquí! -exclamó Katie demasiado tarde.

Jack giró el volante, pero el coche patinó y acabó en la cuneta, con las ruedas traseras en una zanja.

-¿Estás bien? -preguntó de inmediato.

Tomó con una mano enguantada el rostro de Katie mientras con la otra apartaba un mechón de pelo de su frente. El olor a cuero se mezcló con el de su colonia. Katie reprimió la repentina pasión que se agitó en su interior.

-Estoy bien -dijo a la vez que apartaba su mano.

¿Habría notado Jack cómo la afectaba? ¿Habría notado que aún se sentía atraída por él?

Oyó el suspiró de alivio que dio cuando se apoyó contra el respaldo del asiento.

-Lo siento -dijo-. Lo cierto es que no estoy acostumbrado a conducir.

-¡No me digas que también tienes chofer! -el tono de Katie fue casi acusatorio, y ella sabía por qué. Trataba de aparentar que Jack no significaba nada para ella. Nada. Que era un viejo amigo al que apenas recordaba.

-Vivo en la ciudad -dijo él a la defensiva-. Allí tomamos muchos taxis. En serio, Devonworth, ¿consigues mantener alguna vez la boca cerrada?

Ella se encogió de hombros.

-Ven aquí -Jack señaló su regazo.

Katie dejó de respirar. ¿Sería aquello una insinuación?

-¿Qué?

-Que ocupes mi sitio. Yo voy a salir a empujar. Cuando lo diga, mete la marcha atrás.

De manera que no había sido una insinuación, pensó Katie. ¿Pero por qué estaba su mente constantemente en vilo al respecto?

Se sentó tras el volante y miró por la ventanilla. No pudo evitar sonreír. Resultaba gracioso ver a Jack de pie en la nieve con su caro abrigo de cachemira y sus zapatos Gucci.

Cuando el dijo que arrancara el coche, metió la marcha atrás y pisó el acelerador. Una oleada de nieve voló sobre Jack, pero el coche no se movió.

Jack empezó a mover los brazos frenéticamente y Katie retiró el pie del acelerador. Su sonrisa dio paso a una abierta risa cuando vio a Jack cubierto de nieve de la cabeza a los pies.

-¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó cuando abrió la puerta del coche.

Había algo en el modo en que Katie lo estaba mirando que hizo que Jack volara hacia atrás en el tiempo. De pronto volvía a ser el adolescente que salía con la chica que amaba. Su única verdadera amiga en el mundo. Y algo en la actitud de Katie

Mientras reía lo tentó a tomarla en brazos y arrojarla sobre la nieve, como sin duda habría hecho entonces. Pero se contuvo. Ya no eran niños.

Alargó una mano para apagar el motor y se guardó las llaves.

-De pronto me han entrado ganas de ir andando.

-Qué gracia -dijo Katie mientras salía del coche-. Yo estaba pensando lo mismo.

Jack abrió la puerta trasera y sacó su maletín.

— ¿Vamos?

La nieve caía de forma incesante y no parecía que tuviera intenciones de parar. Avanzaron sobre ella como pudieron, sin hablar, concentrados en no caerse.

-¿A que no sabes quién tiene seis hijos? -dijo Katie de pronto-. Adivina.

Jack sonrió.

-Ni idea. ¿Quién?

-Christina Spagle. Tu antigua novia.

-No era mi novia.

-La invitaste al baile de fin de curso del instituto.

«Sólo porque tú decidiste ir con Tom Klarner, el capitán del equipo de fútbol», quiso responder Jack, pero se contuvo. Él no había sido el único chico enamorado de Katie Devonworth. Todos los chicos del colegio cayeron víctimas de sus encantos en un momento u otro.

-Seis hijos -dijo, simulando sentirse interesado-. ¡Guau!

-Imagínate. Si te hubieras casado con ella...

-Nunca me habría casado con ella.

-Pero si lo hubieras hecho ahora estarías sentado en el sofá con unos cuantos niños encima.

-Ni siquiera esa perspectiva habría bastado para animarme a pedirle que se casara conmigo.

Katie se detuvo para mirarlo.

-Ah, ¿no? ¿Y por qué no?

«¡Porque era a ti a quien quería!», estuvo a punto de gritar Jack.

Katie tenía las manos apoyadas en las caderas y la nariz ligeramente alzada mientras una sonrisa curvaba sus labios. Lo estaba retando. ¿Pero a qué?

-No era mi tipo -respondió.

—Pues era el tipo de la mitad de los chicos del instituto -replicó ella mientras seguía andando.

Cuando llegaron a la casa, Katie subió de dos en dos los escalones del porche cubiertos de nieve. Jack sonrió. Había salido con muchas mujeres en Nueva York, pero ninguna de ellas le llegaba a los talones a Katie. La mayoría habría esperado a que él despejara los escalones para subir. Pero aquello jamás se le habría ocurrido a Katie. Era una mujer fuerte, intensa e independiente, y siempre lo había sido.

Katie abrió la puerta, que no se había molestado en cerrar con llave, por supuesto. Nadie lo hacía en Newport Falls. A Jack le alegró

comprobar que aquello no había cambiado.

—Adelante —dijo Katie a la vez que se hacía a un lado.

Jack no estaba preparado para lo que vio dentro. La casa estaba prácticamente vacía, sin apenas mobiliario.

-¿Dónde están todos los muebles que solía haber aquí?

-Oh -Katie dejó de sonreír-. Los vendí.

-¿Pero por qué?

-No me quedó otra opción.

Jack se sintió como si acabaran de golpearlo en el estómago. Aunque las cosas fueran mal en el periódico, Katie era la dueña y... De pronto pensó en Matt y en su divorcio. Se preguntó si éste se habría quedado con una parte del periódico.

-Vaya -murmuró Katie mientras encendía y apagaba repetidas veces el interruptor de la luz sin ningún éxito-. Estamos sin corriente.

-¿Se lo quedó Matt?

-¿Qué?

-¿Se quedó Matt el mobiliario... o una parte del periódico?

Katie se sintió repentinamente avergonzada mientras miraba la habitación vacía como si fuera la primera vez que la veía. ¡Cómo había cambiado desde la última vez que Jack la había visto!

—No. La separación fue amistosa, como nuestro matrimonio. Nunca hubo... pasión en él, por decirlo de algún modo. Éramos grandes amigos al principio y simplemente amigos al final -hizo un gesto con la cabeza en dirección a la chimenea-. Será mejor que vaya a por algo de leña para que podamos encender el fuego.

-Yo iré -dijo Jack-. ¿Por qué no sacas unas velas o alguna linterna? -señaló la parte trasera-. ¿Sigues teniendo la leña en el cobertizo?

-Sí -contestó Katie.

Jack le dedicó una última mirada antes de salir... una mirada que bastó para que ella sintiera que se le acaloraba todo el cuerpo. Había sido una mirada hambrienta, como la que le dedicó aquel día junto al arroyo. ¿O no?

Sacó las cerillas y unas velas de un cajón de la cocina y las encendió.

¿Qué pasaría si Jack acababa pasando la noche allí? ¿Qué haría con él? Tal vez, su piloto, o su mayordomo, o lo que fuera, encontraría un medio de sacarlo de allí. De lo contrario, tendría que quedarse.

Miró el sofá, el único mueble que quedaba en el cuarto de estar. Por un momento se vio a sí misma sentada en un extremo y a Jack en el otro. Pensó en el tenso silencio que los rodearía...

Pero también era cierto que sería agradable tener compañía aquella noche de tormenta, además de contar con ayuda para

ocuparse del fuego. Las tormentas de nieve en Newport Falls podían durar días, y mucho se temía que la luz tardaría en volver.

Tomó una vela y se encaminó hacia las escaleras para subir a por algunas mantas. Antes de salir volvió la mirada de nuevo hacia el sofá. En aquella ocasión se imaginó a sí misma tumbada con Jack bajo una manta. Vio a Jack sin camisa, con su musculoso cuerpo iluminado por la luz de la luna. Sintió que la rodeaba con sus fuertes brazos, que la atraía hacia sí y acariciaba sus pechos...

-¿Tienes frío? -Jack estaba a los pies de las escaleras con una pila de leña en brazos-. Estás temblando

-Un poco -Katie se abrazó.

-Voy a encender el fuego, pero tendré que salir enseguida a cortar leña. Esto es lo último que quedaba.

-Pero Burt... Recuerdas a Burt Weasley, ¿verdad? Le pedí que cortara uno de mis árboles y lo hiciera leña...

-Los trozos son demasiado grandes. Hay que partirlos -Jack dejó la leña junto a la chimenea y abrió el tiro-. ¿Dónde tienes el hacha?

-Debería estar en el cobertizo. Pero no tienes por qué hacerlo tú. Yo puedo ocuparme.

-No seas ridícula.

-¿Quién crees que suele hacerlo? -espetó Katie-. Además, no puede decirse que seas precisamente un leñador, ¿no? Mira tus elegantes zapatos. Me temo que han quedado arruinados.

-Me dan igual los zapatos -dijo Jack mientras colocaba unos leños en el hogar-. Pero si quieres ocuparte tú de cortar la leña, por mí no hay problema.

-Bien -Katie pasó junto a él hecha una furia, tomó su abrigo y salió. Una vez fuera se detuvo, sin comprender por qué estaba tan enfadada. Jack se había ofrecido amablemente a cortar la leña y ella había reaccionado como si la hubiera insultado.

Avanzó contra el viento y la nieve hasta el cobertizo. Tras un par de intentos logró abrir la puerta. Una vez dentro vio la leña que Burt había amontonado a un lado. Eran trozos enormes. Colocó uno de ellos de pie, blandió el hacha y la dejó caer. Lo hizo una y otra vez y se detuvo. Apenas había hecho mella en la madera.

Se pasó una mano por el rostro y comprobó que estaba llorando. Y sabía por qué. No eran lágrimas de tristeza, sino de rabia. Y no contra Jack, sino contra sí misma. Jack había vuelto después de todos aquellos años y aún lo deseaba. Se sintió paralizada.

Matt la acusó en una ocasión de ser incapaz de disfrutar del amor físico. Ella creía que no había disfrutado del sexo con él porque no la atraía, pero era posible que Matt estuviera en lo cierto y que fuera

incapaz de sentir pasión.

Volvió a alzar el hacha por encima de su cabeza, pero Jack entró en aquel momento en el cobertizo.

-De acuerdo, ya has demostrado lo que querías. A partir de ahora me hago cargo yo, Daniel Boone.

Katie no protestó y le entregó el hacha.

-Estás helada -dijo él-. Vuelve dentro a calentarte.

Pero ella no le hizo caso. Permaneció apoyada contra la pared, contemplándolo mientras cortaba la leña. Sus brazos estaban cubiertos por el abrigo, pero Katie imaginó sus músculos contrayéndose y estirándose mientras blandía el hacha.

Pensó en el cementerio, donde tan cercana se había sentido a él. Imaginó que lo besaba, que lo estrechaba entre sus brazos y...

Jack dejó de cortar leña y se volvió.

-¿Sigues ahí?

Tenía una noche. Una noche y Jack volvería a dejarla. Se iría porque tenía que hacerlo. No podía quedarse en Newport Falls. Jack nunca la había amado y nunca la amaría. A pesar de todo, era evidente que sentía cariño por ella. ¿Pero era suficiente para que llegara a amarla? ¿Le concedería una noche de pasión, una noche que ella pudiera recordar durante el resto de su vida?

-¿Katie? -dijo Jack, que aún estaba esperando su respuesta.

Katie lo miró a los ojos y sintió que su corazón se derretía. Aquel era Jack. Su Jack. Y lo amaba tanto como siempre.

-Voy a preparar algo de comer -murmuró antes de salir.

Capítulo Cinco

Katie acababa de poner a freír unos huevos cuando se abrió la puerta.

Jack fue a dejar la leña junto al fuego y luego regresó a la cocina.

-Creo que la capa de nieve ha aumentado otros diez centímetros desde que hemos llegado. ¿Deja de nevar alguna vez por aquí?

-No -bromeó Katie antes de añadir-: Te he sacado algo de ropa seca y unas botas.

Jack se cruzó de brazos.

-¿Tenías ropa de hombre por la casa casualmente?

-Es ropa de Matt. No dejo de encontrar cosas suyas, pero aún no he tenido oportunidad de librarme de ellas.

-¿Hace tiempo que no lo ves?

-Se fue hace un par de años. De pronto, y acompañado.

-¿Qué quieres decir?

-Que Matt tenía una aventura con otra mujer.

-¿Qué? -preguntó Jack, incrédulo-. ¡No puedo creerlo!

A Katie le sucedió lo mismo cuando sucedió, pero más adelante comprendió lo dolido que debía sentirse para haber recurrido a otra mujer.

—El muy miserable... —murmuró Jack.

-No fue culpa suya -dijo Katie de inmediato-. Tampoco podía decirse que yo fuera la mejor esposa del mundo.

— ¿Le fuiste... infiel? —preguntó Jack, casi con esfuerzo.

-¿Yo? -Katie rió-. No, claro que no. Pero creo que nunca quise a Matt como a él le habría gustado que lo hiciera.

-¿Por qué no? -preguntó Jack.

Katie lo miró. Era evidente que no tenía idea del papel que había jugado en su ruptura con Matt. Se encogió de hombros mientras volvía a centrarse en los huevos.

-Supongo que son cosas que pasan.

Jack asintió y salió de la cocina. Un momento después Katie lo oyó hablando por teléfono. Tomó dos platos de la alacena y fue al cuarto de estar. Cuando vio a Jack se detuvo en seco. Se había puesto los vaqueros de Matt, pero no la camiseta.

Su poderoso físico apenas había cambiado. Seguía pareciendo un culturista natural. Incapaz de apartar la mirada, contempló cómo se ponía la camiseta y la deslizaba sobre su plano y fuerte estómago.

-Buena idea -dijo Jack al ver que había llevado los platos-. Aquí hace más calor que en la cocina. Lo que estás cocinando huele muy bien.

-Son sólo huevos. Hace varios días que no voy a la compra y apenas tengo nada más -Katie dejó los platos en la mesa, frente a la chimenea-. ¿Te he oído hablar por teléfono? -añadió en tono despreocupado.

-Greg me ha llamado del aeropuerto -contestó Jack mientras se ponía unos calcetines—. Quería saber si debía alquilar un todoterreno para venir a buscarme.

-¿Y qué le has dicho?

-Que a menos que el todoterreno tuviera alas no iba a servir de nada.

-De manera que esta noche te quedas -dijo Katie mientras iba a la cocina a por los cubiertos y los vasos.

-Si no hay problema -contestó Jack mientras la seguía.

-Claro que no. Podemos... ponernos al día.

-Exacto.

Katie se volvió hacia él y lo miró, expectante. ¡Pero qué esperaba exactamente?

-Si necesitas utilizar mi teléfono para hacer llamadas y reorganizar tus citas... -como por ejemplo la que tenía con Carol, pensó a la vez que descolgaba el teléfono que tenía en la pared. No había línea-... no podrás hacerlo -concluyó con una mueca.

—Ya tengo teléfono, ¿recuerdas? — dijo Jack con una sonrisa-. Acabo de colgar.

-He pensado que tal vez querrías llamar a Carol -Katie se enorgulleció del aparente desenfado con que logró decir aquello.

-¿Carol? Mi secretaria se ocupará de ella.

-Oh -dijo Katie. Por supuesto. ¿Por qué iba a molestarse Jack en cancelar una cita personalmente? A fin de cuentas, su secretaria podía ocuparse del trabajo sucio por él.

-Deja que yo me ocupe de eso -dijo Jack a la vez que le quitaba los cubiertos y los vasos.

De pronto, Katie olió a algo quemado. ¡Los huevos! Pero cuando tomó la espátula para sacarlos ya era demasiado tarde. Habían quedado realmente crujientes.

-Están bien -dijo Jack.

Katie tomó la sartén y los tiró directamente a la basura.

-Agradezco tu amabilidad, pero no es cierto.

Volvió a poner la sartén al fuego y rompió un suevo.

-¿Qué te parece si yo me ocupo de preparar la cena? -sugirió Jack.

-No hace falta que te molestes.

-Aún no te has quitado la ropa mojada -dijo él-. Ve a cambiarte.

-¿Estás seguro?

-Totalmente. Ya lo he hecho otras veces.

Katie sonrió, agradecida. Le entregó la sartén y luego tomó una vela para subir a su dormitorio.

Buscó algo que ponerse en los cajones de su cómoda, algo con buen aspecto pero que no sugiriera que trataba de tenerlo.

¿Pero cuándo iba a dejar de tratar de impresionar a Jack? A él le daría lo mismo que llevara un salto de cama negro o un saco de patatas.

Finalmente sacó su viejo chándal rojo y se lo puso.

Cuando bajó, Jack ya tenía lista la cena. Había puesto una vela en el suelo, frente al fuego, y un plato a cada lado.

Los huevos estaban perfectamente preparados y Katie los terminó sin apenas darse cuenta. Jack volvió a mirarla con expresión divertida.

-¿Quieres que te prepare otro par?

-No, gracias. Pero estaban muy buenos. ¿Sigues cocinando?

—Ya no.

-Recuerdo que solía gustarte.

-Lo hacía porque no me quedaba más remedio. Y nunca preparé otra cosa más que huevos y perritos calientes.

-Lo sé. Pero te salían muy bien.

-Tu madre sí que era buena cocinera, pero me temo que tú no heredaste su habilidad, ¿no?

Katie rió.

-Desde luego que no -miró a su alrededor nostálgicamente-. Ha sido duro seguir aquí sin ella.

-Lo sé -dijo Jack-. Lo siento.

Katie lo miró.

-¿Por qué no llamaste cuando murió?

Jack bajó la mirada.

—Pensé que no notarías que no había llamado.

-¿Qué no lo notaría? -repitió Katie, asombrada—. ¡Pero si eras uno de mis mejores amigos!

-Pero hacía años que no hablábamos ni nos veíamos.

-Pero yo seguía sintiendo cariño por ti. Aún pensaba en ti y me preguntaba cómo te iría.

-Lo siento. Pensé que Matt cuidaría de ti.

-Matt no tiene nada que ver con esto. Tú y yo éramos amigos, independientemente de él. Además, no necesitaba que nadie cuidara de mí. Pero me habría venido bien un amigo. Pasé una mala época. Primero murió mi padre, luego mi madre, después Matt se fue... por no mencionar la lucha diaria para mantener a flote el periódico... -se interrumpió-. Lo siento. No hago más que quejarme.

Jack le acarició delicadamente la mano y el corazón de Katie latió más deprisa.

-Lo siento -dijo él.

Katie se obligó a retirar la mano y luego fue a dejar los platos en el fregadero.

Jack la siguió a la cocina.

-Los limpiaremos luego.

Estaba justo detrás de ella. Katie podía sentir su presencia masculina. Su repentino deseo fue lo suficientemente intenso como para hacerle temblar.

Jack apoyó las manos en sus brazos.

-Vuelves a temblar. Vamos a sentarnos junto al fuego.

Katie no se resistió cuando la llevó al cuarto de estar y la hizo sentarse en el sofá. Jack fue a echar más leña al fuego antes de sentarse a su lado.

— ¿Por eso no acudiste a mí antes para contarme lo que estaba sucediendo por aquí? ¿Porque no llamé cuando murió tu madre? -preguntó.

Katie miró el fuego.

-Pensaba que lo sabías.

-¿Cómo iba a saberlo? Los únicos que podíais haberme puesto al tanto erais Matt y tú.

-Supongo que pensaba que te daba igual –Katie suspiró-. Todo el mundo sabía que estabas deseando irte de aquí. Que no podías esperar a dejarme.

Jack se quedó anonadado. ¿Aquello era lo que pensaba Katie? ¿Que le daba igual? Después de los años que había pasado prendado de ella, de la desolación que sintió cuando se casó con Matt... ¿Acaso no estaba al tanto de nada?

-¿Estaba equivocada? -preguntó Katie.

Jack la miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Las bravuconadas habían acabado. Ya sólo era Katie. Su dulce y vulnerable Katie.

-Siempre sentí cariño por ti -dijo-. Aún lo siento.

Permanecieron sentados uno al lado del otro, sin hablar. El silencio que se produjo entre ellos en aquella ocasión no resultó incómodo; fue el silencio que sólo podía darse entre dos amigos cuando las palabras no eran necesarias.

Al cabo de un rato, Katie cerró los ojos. Jack sabía que estaba agotada.

Pensó en su viejo amigo Matt. ¿Cómo se había atrevido a hacerle daño de aquel modo? Había tenido la fortuna de casarse con ella y no

había sabido apreciarla. Pero Katie se comportaba como si ella fuera la culpable de las infidelidades de Matt.

Miró a su alrededor y no pudo evitar que se le encogiera el corazón ante la desolación reinante. Pero a pesar del estado de la casa, ésta aún conservaba la calidez y el amor de la familia Devonworth. En el fondo envidiaba a Katie; envidiaba que aún quisiera lo suficiente aquel lugar como para estar dispuesta a luchar por él.

Pensó en su piso en la ciudad. Era grande y elegante, y su decorador no había reparado en gastos. Carísimos cuadros, suelos de madera noble, muebles de diseño moderno... Pero él habría cambiado todo por aquella casa sin dudarlo.

A pesar de todo, no podía envidiar la situación de Katie. Al pensar en su situación sintió una punzada de dolor y pesar. Si hubiera acudido a él antes de vender todos sus muebles le habría dado el dinero que hubiera necesitado y la habría ayudado a salvar el periódico antes de que fuera demasiado tarde.

Katie suspiró y apoyó la cabeza en su hombro y él la estrechó contra su costado. Pensó en Alexa, su conquista más reciente. Era preciosa, dulce, y sólo deseaba complacerlo. Era todo lo que un hombre podía desear. A pesar de todo, había roto con ella. Sus amigos pensaban que se había vuelto loco. «Nunca encontrarás otra como ella», decían. Pero él no quería una como ella. Él quería a Katie.

Pensó en lo diferentes que podrían haber sido las cosas si aquel día en el arroyo le hubiera confesado su amor. Pero no lo hizo.

Katie lo había ayudado en muchas ocasiones difíciles. En varias de aquellas ocasiones había sentido la tentación de decirle lo que sentía por ella. Recordaba una en particular. Unos seis meses antes de aquel día fatal junto al arroyo, él tuvo una pelea con su padre. Fue una pelea muy desagradable en la que legaron a las manos. Después se sintió tan mal que fue a casa de los Devonworth. Ya que era medianoche y sabía que todos estarían dormidos, trepó hasta el tejado por el viejo sauce que había junto a la casa, se deslizó de allí al balcón de Katie y llamó a su ventana. Unos segundos después ella la abrió.

-¿Qué haces aquí? -preguntó, sorprendida.

-He peleado con mi padre de hecho, el padre de Jack había roto una botella y le había atacado con ella, Jack se apartó, pero no con la suficiente velocidad, y había sufrido un pequeño corte encima del ojo.

Katie lo tomó de la mano y le ayudó a entrar, cuando vio la herida se llevó una mano a la boca, horrorizada.

-¡Estás herido! -fue a tocar la frente de Jack pero el le sujetó la mano.

-No es nada.

-Oh, Jack -Katie parecía a punto de llorar-. Ha sido tu padre, ¿verdad?

Jack inclinó la cabeza, avergonzado.

-Voy a por un paño para limpiarte -añadió Katie rápidamente.

Él permaneció sentado en el borde de la cama, arrepentido de haber acudido allí. ¿Cómo se le había podido ocurrir despertar a Katie en plena noche para hacerla partícipe de su infierno privado?

Katie volvió unos momentos después y Jack dejó que lo curara. El consuelo que le produjeron sus cuidados fue increíble.

Siento haberte molestado -dijo-. No sabía a qué otro sitio acudir.

-Has hecho lo correcto -Katie pasó un brazo por sus hombros y lo abrazó.

Sabía que no debía pedirle detalles. Aquello ya había sucedido en otras ocasiones y nadie podía hacer nada al respecto.

A la mañana siguiente despertaron uno en brazos del otro. Jack oyó los pasos del padre de Katie acercándose a la habitación por el pasillo.

-Hora de levantarse, Katie -susurró precipitadamente.

Aturdida, ella le hizo señas para que se escondiera en el armario. Jack lo hizo así y se encerró justo cuando el padre de Katie entraba en el dormitorio tras llamar simbólicamente a la puerta.

-¿Qué hora es? -preguntó Katie con dulzura. Siempre estaba preguntando la hora.

-Casi las ocho.

-Será mejor que me dé prisa. Jack viene a desayunar y hemos quedado a las ocho.

—En ese caso, te quedan cuatro minutos.

En cuanto su padre se marchó, Katie fue al armario y abrió la puerta sonriendo de oreja a oreja.

-Nos vemos abajo -susurró.

A contraluz, el camisón blanco de Katie apenas ocultaba nada de lo que había debajo. Estaba frente a Jack, con una mano en la cadera, totalmente inconsciente de su asombrosa belleza. Jack sintió el impulso de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí mismo. La intensidad de su deseo era tal que no fue capaz de pronunciar palabra.

-¿Y bien? -dijo Katie-. ¿No tienes hambre, o qué?

-Estoy muerto de hambre -logró decir él antes de rodearla para encaminarse a la ventana.

Aquel recuerdo lo había perseguido durante años. Cuando cerraba los ojos aún podía ver a Katie en camisón y volvía a sentirse culpable por no haber sido capaz de apartar la vista. Aún era incapaz de

hacerlo. Después del tiempo que había pasado, aún habría dado su brazo derecho por poder hacerle el amor en la cama de aquel dormitorio.

Y después de todos aquellos años iba a volver a dormir en aquella casa. La idea de pasar la noche con Katie bastó para hacerle sudar. Hacía tiempo que no estaba con una mujer. De haber estado en Nueva York podría haber llamado a unas cuantas mujeres que habrían estado encantadas de compartir su cama. Pero sabía que se estaba engañando. Sabía que, incluso aunque hubiera estado allí, no habría llamado a ninguna. Sólo había una mujer con la que quería hacer el amor aquella noche, y la tenía justo a su lado.

Bajó la mirada para contemplar su precioso rostro y su deseo se hizo palpable contra la bragueta de su pantalón. Pero no podía ser, se dijo con firmeza. Debía tomarse las cosas con calma para recuperar la confianza de Katie.

Tras comprobar que ya estaba completamente dormida, se apartó de su lado con tanta delicadeza como pudo, colocó un cojín bajo su cabeza y la cubrió con una manta. Luego tomó otro cojín para él y se tumbó en el suelo, junto al fuego.

Capítulo Seis

Katie abrió los ojos. El sol entraba a raudales por la ventana. Se irguió, sobresaltada. ¿Qué hora era? ¿Y dónde estaba Jack?

Estuviera donde estuviese, se había encargado de mantener el fuego encendido.

-Jack -se levantó y caminó hacia las escaleras cubierta con la manta. En el cuarto de estar hacía calor, pero el resto de la casa estaba helado-. ¿Jack?

Oyó que se abría la puerta trasera y cuando se volvió vio que Jack entraba con un montón de leña en los brazos. Llevaba puesto su abrigo de cachemira y las botas que ella le había prestado la noche anterior. Con el pelo revuelto y la sombra de barba que cubría su mandíbula, estaba más atractivo que nunca.

-Buenos días -saludó cuando pasó junto a ella.

-Buenos días -Katie lo miró mientras amontonaba la leña junto a la chimenea-. Veo que sigue nevando.

-Y no parece que vaya a parar. Aún no hay corriente ni línea telefónica.

-¿Has intentado llamar a alguien? -Katie se arrepintió de inmediato del tono acusador con que había dicho aquello y trató arreglar las cosas-. No es que me importe, por supuesto...

-He tratado de utilizar mi ordenador -explicó Jack.

-¿Qué hora es?

-Van a ser las nueve.

Katie miró a su alrededor. Necesitaba una taza de café urgentemente.

-Creo que tengo café instantáneo en algún sitio. Podemos hervir un poco de agua.

-No gracias. No tomo café.

-¿Y té?

-Tampoco. Pero me encantaría preparártelo.

-No hace falta que te molestes... -empezó a decir Katie.

Jack apoyó una mano en su hombro.

-Me parece que no estás nada acostumbrada a que te cuiden un poco. Deja que te prepare lo que quieras.

Katie dudó.

-De acuerdo -dijo finalmente-. Tomaré un café.

Cuando Jack se fue, Katie se fijó en el cojín y la manta que había en el suelo.

-¿Qué tal has dormido? -preguntó Jack cuando regresó al cuarto de estar.

-Sorprendentemente bien.

-¿Por qué sorprendentemente?

-Teniendo en cuenta que estabas aquí. Hacía tiempo que no dormía con nadie.

-Ah, ¿no?

Katie se ruborizó.

-Ya sabes a qué me refiero.

-¿Has tenido muchas citas desde que rompiste con Matt? -el tono de Jack fue tan despreocupado como si estuviera hablando del tiempo.

-He tenido dos citas desde que me separé de Matt. Una con un dentista de Granville y la otra con el primo de un hombre que trabaja para mí. Vende neumáticos en Albany. Ambas fueron mal y no volvieron a repetirse.

-¿No te gustaban?

-Los dos eran hombres agradables, pero yo no estaba interesada en salir con ninguno.

-¿Y por qué lo intentaste?

-Porque tengo treinta y dos años. Si me descuido, acabaré viviendo sola en esta destartalada casa y rodeada de gatos.

Jack rió.

-Lo dudo.

-¿Y tú? -preguntó Katie-. Seguro que alguna de esas encantadoras mujeres con las que sales estaría dispuesta a casarse contigo.

Jack volvió a reír.

—No creo.

-Claro que sí. Eres todo un partido. Nunca has estado casado, eres rico, atractivo, divertido... -Katie se interrumpió, avergonzada.

-Tranquila. No le contaré a nadie que has dicho esas cosas de mí -Jack retiró el recipiente con agua que había puesto sobre el fuego, sirvió agua en la taza que había dejado sobre la mesa, removió el café y se la entregó-. Debe resultar solitario vivir en esta casa sola -dijo a la vez que se sentaba junto a ella en el sofá.

Katie tomó un sorbo.

-A veces. Pero lo cierto es que paro poco por aquí.

Jack alzó una mano para retirar un mechón de pelo de su frente.

-¿Y qué haces para divertirte? -preguntó a la vez que le acariciaba la mejilla.

-¿Para divertirme?

—Sí. ¿Cómo te relajas?

Katie apenas era capaz de concentrarse en otra cosa que en la sensación de los dedos de Jack en su mejilla.

-¿Qué te sucede? -preguntó él con delicadeza.

Katie tragó saliva y cerró los ojos. Jack había deslizado los dedos bajo el cuello de su camiseta.

-¿Qué estás haciendo? -susurró.

-¿Te gusta esto? -preguntó él.

-Sí... sí... -logró decir ella.

-Tal vez yo podría ayudarte a que te relajaras.

Katie tembló al sentir que Jack deslizaba la mano bajo su camiseta y avanzaba hacia sus pechos. Aquella era su oportunidad. Podían hacer el amor hasta hartarse. Podían hacer el amor... hasta que Jack se fuera.

Abrió los ojos y se puso en pie.

-Estoy demasiado preocupada por el periódico y la comunidad como para relajarme -dijo-. No soy como tú. No soy capaz de dejar a un lado mis compromisos.

Jack se sintió como si acabara de arrojarle un cubo de agua helada encima. Katie lo vio en su expresión y volvió la mirada hacia la ventana.

-Tal vez deberíamos ir a ver si podemos mover tu coche.

-Gran idea -dijo Jack con brusquedad.

-Yo te ayudo. Dame un minuto para vestirme.

-No hace falta -dijo él cuando pasó a su lado.

-Espera -Katie lo detuvo cuando estaba a punto le salir-. Si logras sacar el coche... -dudó. «¿Te irás sí como así?», quería preguntar. «¿Volveré a tener noticias tuyas?»

-Si saco el coche dudo que vuelva aquí -dijo Jack con dureza-. Me iré directamente al aeropuerto. Si no te importa, me llevo las botas y te las enviaré de vuelta.

En otras palabras, pensaba volver a desaparecer le su vida.

-No hay prisa -Katie trató de que su voz no revelara las emociones que estaba sintiendo.

-Gracias por todo. Haré que alguien te llame el unes para comunicarte la decisión que he tomado Jack fue a por el maletín en que guardaba su ordenador-. Adiós, Katie -alargó hacia ella la misma mano con que la había estado acariciando sólo hacía unos momentos.

Katie la tomó y él la estrechó rápidamente antes de salir.

Jack se alejó a toda prisa. ¿Cómo se le había ocurrido insinuarse de aquella manera? ¡Aún era demasiado pronto! Pero no había podido contenerse. No le bastaba con estar cerca de Katie. Necesitaba tocarla, besarla, hacerle el amor...

Y por algunas miradas que le había dirigido ella habría podido jurar que sentía lo mismo. Sin embargo, cada vez que intentaba algo lo frenaba en seco.

Estaba claro que iba a necesitar mucho tiempo para recuperar su confianza.

Cuando llegó al coche comprobó que estaba prácticamente cubierto de nieve. Sacarlo de allí no iba a ser fácil, pero no le quedaba otra opción. Tenía que volver a Nueva York y demostrarle a Katie que la quería. No sabía con exactitud qué podía hacer para salvar el periódico, pero sí sabía una cosa. Tenía que intentarlo.

Si la junta directiva no aprobaba el plan, utilizaría su propio dinero. Pero no iba a ser fácil hacerlo. Lo tenía casi todo comprometido en el último trato comercial al que había llegado en Londres.

Logró abrir la puerta del coche a base de verdaderos esfuerzos y metió el maletín dentro. Luego trató de retirar la nieve que había tras el coche para preparar una especie de sendero de salida. Estaba a punto de maldecir en alto por no haber tenido la previsión de llevarse una pala cuando oyó una voz a sus espaldas.

-Tal vez te vendría bien una pala.

Jack se volvió hacia Katie. Llevaba unos pantalones negros de esquiar que se ceñían a sus piernas como una segunda piel, un parka naranja y una gorra de colores. Sostenía una pala en cada mano -Chico de ciudad -murmuró mientras le entregaba una.

-¿Qué haces aquí?-preguntó Jack.

-En primer lugar, necesito que alguien me lleve al periódico, y en segundo lugar, me he apiadado de ti al imaginarte quitando la nieve con las manos. Incluso con las palas lo vamos a tener complicado.

En lugar de contestar, Jack concentró sus energías en utilizar la pala.

-¿Por qué no montas y tratas de arrancar mientras o empujo? -preguntó al cabo de unos minutos.

-De acuerdo -por el tono de Katie, era obvio que pensaba que estaba loco.

Puso el coche en marcha y él empujó a la vez que gritaba órdenes para que alternara las marchas. Al cabo de un rato, Katie se asomó a la ventanilla.

-Tengo malas noticias. No vas a ir a ningún sitio.

Jack se apoyó contra el coche, agotado.

-Me temo que yo he llegado a la misma conclusión.

-Espero que no vayas a perderte nada importante hoy.

-Algunas reuniones. Eso es todo.

-¿Con Carol?

A Jack le sorprendió que Katie mencionara de nuevo a Carol, su magnífica contable. Era la responsable de conseguir el dinero para sus

tratos comerciales. Pero Katie ya debía saber quién era. Estaba seguro de que había investigado todo lo posible a su empresa antes de animarse a ir a pedirle ayuda.

-Entre otras -respondió.

-¿Otras? -Katie salió del coche y cerró de un portazo-. Estoy segura de que todas se sentirán terriblemente decepcionadas -dijo en tono helado.

Tras entregar a Jack su maletín, se puso a caminar por la carretera con paso decidido.

-¿Adonde vas? -preguntó él, desconcertado.

-¿Adonde voy a ir? ¡Al trabajo!

-¿Piensas caminar varios kilómetros bajo la ventisca?

Katie señaló a su alrededor.

-Esto no se puede considerar una ventisca. Puede que a un chico de ciudad como tú se lo parezca, pero...

-Chico de ciudad o no, me parece demasiado para cualquier ser humano.

Katie se volvió hacia él.

-Tengo que ir al trabajo. Todo el mundo depende de mí.

-Ese no es el motivo por el que quieres irte, y lo sabes.

-¿Qué es lo que sé?

-Que prefieres caminar varios kilómetros bajo la ventisca a pasar un minuto más conmigo. Me tienes miedo. Tienes miedo de lo que pudiera suceder si pasáramos la noche juntos.

Katie alzó las cejas y sonrió con ironía.

-No hay duda de que te tienes en gran estima.

-En realidad no. Lo que sucede es que sé lo que estoy sintiendo. Aún hay algo entre nosotros, Katie. Tal vez deberíamos pararnos a pensar de qué se trata.

Katie dejó de sonreír.

-Yo sé lo que pasa. Es como si hubieras olvidado por completo el pasado. Me estás tratando como a una completa desconocida, como si estuviera haciendo una prueba para ser una de tus mujeres. Seguro que piensas que, ya que estás aquí, ¿por qué no hacerlo?

— ¿Hacer qué?

-Ya sabes a qué me refiero. Y por muy tentada que me sienta... no puedo.

Katie se apoyó contra la parte trasera del coche con los brazos cruzados. Jack se sentó a su lado.

-¿Por qué no?

-Hay muchos motivos, pero el principal es que te conozco. Creo que está bastante claro que no estamos hechos el uno para el otro.

-¿No?

-Necesito otra clase de hombre.

Jack se sintió como si lo hubiera abofeteado.

-Conozco a muchos hombres -bromeó para ocultar su dolor-. ¿Qué clase de hombre buscas?

-Alguno al que pueda entregar mi corazón. Alguno en el que pueda confiar.

-Matt te hizo mucho daño, ¿verdad? -preguntó Jack, furioso.

-¿Matt? Me hizo daño, pero probablemente no tanto como le habría gustado.

Jack permaneció un momento en silencio.

-¿Crees que alguna vez volverás a confiar en algún hombre?

-Eso espero.

-Pero ni siquiera te permites salir con alguno.

-Si tiene que aparecer, aparecerá. Aún no he arrojado la toalla. Pero esta vez quiero que sea una relación especial, romántica...

-¿No fue especial y romántica tu relación con Matt?

Katie se encogió de hombros sin decir nada.

—Pero... te casaste con él.

-Mi madre se estaba muriendo.

-¿Y por eso te casaste con Matt?

Después de lo que a Jack le pareció una eternidad, Katie suspiró.

-Si me hubiera sentido mejor conmigo misma y con la vida, nunca nos habríamos casado.

Jack se vio repentinamente acosado por el arrepentimiento. Todo había sido culpa suya. Si hubiera estado con Katie ella nunca se habría casado con Matt. Pero la abandonó cuando más lo necesitaba.

-Mi relación con Matt nunca tuvo nada que ver con el amor romántico. De hecho, siempre fue bastante incómoda y forzada.

Jack no quería seguir oyendo hablar de la relación de Katie con Matt, pero se obligó a escuchar. Era lo menos que podía hacer.

-Lo siento -dijo.

-Siempre pensé que me casaría con el hombre que me conquistara, que me hiciera ver fuegos artificiales o algo parecido. Pero las cosas no salieron así.

La vida no había sido amable con Katie, pensó Jack. Pero él, su mejor amigo, se había sentido demasiado dolido como para servirle de consuelo. Sintió el impulsó de rodearla con sus brazos y prometerle que nunca volvería a dejarla. En lugar de ello le dio un ligero codazo y dijo:

-Veo que llevas el gorro que te regalé -Jack acababa de fijarse en que Katie llevaba una gorra de punto con una larga cola con dos

pompones al final. De niña siempre estaba perdiendo la bufanda y se quejaba del frío que tenía en el cuello, de manera que un año Jack le compró aquel gorro.

Y, al parecer, después de todos aquellos aún le servía para conservar su cuello caliente.

-Te la regalé unas navidades.

Katie sonrió.

— ¿Y qué quieres? ¿Recuperarla?

—No. Sólo era un comentario. Puede que tuvieras razón respecto a lo de verte atrapada aquí conmigo y todo eso, pero tampoco creo ser exactamente un desconocido, ¿no?

-Me he equivocado. Me refería a que eres insoportable —dijo Katie, y a continuación salió del coche y se puso a caminar de nuevo.

-Más vale que tengas cuidado, Devonworth. Esas son palabras de pelea.

Katie rió irónicamente.

-¿En serio, Reilly? ¿Y qué piensas hacer al...?

No tuvo tiempo de terminar porque Jack ya había dejado su maletín en el coche y corría en su dirección. Katie dejó caer la pala y avanzó todo lo rápidamente que pudo, pero Jack la alcanzó, la tomó por la cintura y la alzó en vilo.

-¡Suéltame!

-Me temo que no puedo hacerlo.

— ¿Por qué no?

Jack avanzó con ella hacia un montón de nieve.

-Porque soy insoportable, ¿recuerdas?

Katie rió a pesar de sí misma mientras se ponía a patalear.

-Patalea lo que quieras. No te vas a librar.

-¡De acuerdo, de acuerdo! Lo siento. Siento haber dicho que eras insoportable.

Jack le hizo dar la vuelta de manera que sus rostros quedaron a escasos centímetros. La belleza de Katie lo dejó sin aliento. Tenías las mejillas ligeramente coloradas a causa del frío y sus carnosos labios parecían estar pidiendo que los besaran. Jack sintió que su virilidad entraba en acción.

—¡Lo que eres es inaguantable! —añadió Katie.

-No me has dejado otra opción -dijo Jack a la vez que la dejaba caer sobre la nieve. Luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa.

Pero un instante después recibió el primer bolazo de nieve en la cabeza. Y a continuación otro, y otro. Katie Devonworth seguía siendo la mejor lanzadora de bolas de nieve del condado.

Se parapetó tras un lateral del garaje y preparó su propia

munición. Entre misil y misil guardó unos cuantos proyectiles en sus bolsillos. Al cabo de un rato salió de detrás del garaje.

-De acuerdo. Ya es suficiente.

Katie se levantó tras el montón de nieve.

-¿Te estás enfriando, chico de ciudad? ¿O es que no quieres que una chica te dé una paliza?

Jack alzó las manos en señal de rendición.

-Me rindo. Estoy dispuesto a conceder que somos desconocidos.

-¿No estás armado?

-No.

Una bola paso rozando la oreja de Jack, que sacó rápidamente las suyas y corrió hacia Katie. Ella gritó y trató de ocultarse tras el montón de nieve, pero Jack aterrizó a su lado y un instante después la tenía sujeta contra el suelo.

Mientras la miraba pensó que Katie Devonworth era la mujer más preciosa que había visto en su vida. Tenía que decirle lo que sentía por ella, lo mucho que pensaba en ella.

-Katie... -empezó. Pero no quería hablar. Lo que quería era besarla.

Pero ella había dejado bien claro lo que pensaba respecto al tema de dos viejos amigos naciendo el amor en medio de una ventisca. Haciendo un verdadero esfuerzo de voluntad, se puso en pie y ayudó a Katie a hacer lo mismo.

-Hacía mucho tiempo que no me divertía así.

-Sé que eso no es cierto. He visto fotos tuyas con todas tus mujeres, y no parecía que lo estuvieras pasando precisamente mal.

-¿Todas mis mujeres?

-Ya sabes, esas bellezas de alta sociedad con que sales. A veces aparecen fotos tuyas en alguna revista.

Jack se encogió de hombros.

-Pero eso no significa necesariamente que me divierta.

-Al parecer te diviertes lo suficiente como para no casarte con ninguna -dijo Katie en tono sarcástico a la vez que se encaminaba hacia la casa.

Jack la siguió.

-No me he casado porque... porque ninguna de ellas era adecuada para mí.

-Así que eres uno de esos hombres que cree que la mujer perfecta existe, ¿no?

-No sólo lo creo. Lo sé.

Katie no pareció darse cuenta de la firmeza con que Jack dijo aquello. -¿Qué hora es?

Jack sonrió a la vez que miraba su reloj.

—Casi mediodía.

-Vamos a preparar el almuerzo. Estoy pensando en pan con queso.

-Me parece una gran idea.

Pero Katie no llegó a ponerse manos a la obra. En cuanto entraron sonó su móvil. Era Kurt, el editor asistente. Él y algunos otros esforzados compañeros habían logrado llegar al trabajo a pesar del tiempo, tenían que sacar el periódico. Katie se plantó ante el fuego y comenzó a dar órdenes.

Varias horas después todo había quedado arreglado. A pesar de la ventisca, The Fall saldría aquel día a la calle.

Katie se apoyó contra el respaldó del sofá y masajeó sus doloridos hombros. La cabeza le dolía y le picaba la garganta de tanto hablar.

-¿Un día duro en la oficina? -dijo Jack a la vez que le alcanzaba una taza de té.

Ella la tomó y le dio un sorbo, agradecida.

-Gracias. ¿Cómo lo has hecho?

-He hervido agua en la chimenea. Justo delante de ti. Pero estabas tan ocupada que no te has dado ni cuenta. ¿Has acabado ya por hoy?

-No sé exactamente cómo habrá quedado, pero el periódico va a salir.

-Admiro tu tesón y tu fortaleza.

Katie sonrió

-¿Es así como se llama?

Jack deslizó hacia ella un plato con pan y queso.

-Debes tener hambre.

-Gracias -dijo Katie, y empezó a comer enseguida mientras miraba a Jack, que ya no tenía aspecto de acabar de salir de una junta directiva. Los pantalones kaki y la camiseta que se había puesto aquella mañana estaban totalmente arrugados, llevaba el pelo revuelto y no se había afeitado-. ¿Qué tal te ha ido a ti? -preguntó-. ¿Has comprado varias empresas a lo largo de la mañana?

-He organizado algo para ti.

Katie dejó su taza de té, sorprendida. Aquella mañana Jack estaba ansioso por irse y de pronto se ponía a prepararle cosas.

-Pensaba que estabas trabajando.

-He trabajado un rato, pero como no he podido conectarme a Internet apenas he logrado hacer nada. Además, me costaba concentrarme mientras leías los artículos en alto.

-Lo siento. Podías haberme pedido que me callara.

-Resultaba interesante oír cómo trabajas. Siempre fuiste una buena escritora.

Katie suspiró.

-Pero nunca he sido una buena mujer de negocios.

-Las matemáticas nunca fueron tu fuerte, desde luego. Pero no puedes tenerlo todo -añadió Jack animadamente.

-No, desde luego que no -contestó Katie, aunque no pensando en el periódico, sino en él-. Por cierto, ya vuelve a haber línea. Si quieres puedes conectarte.

-No, gracias -dijo Jack-. De hecho, estoy disfrutando de estas pequeñas vacaciones. Hacía tiempo que no tenía unas.

-No creo que esto pueda considerarse unas vacaciones. Sin calefacción ni electricidad, sin agua caliente...

Jack rió.

-Eso demuestra con qué he tenido que conformarme.

Katie tomó un trozo de pan y se lo ofreció.

-No te imagino conformándote así como así.

Jack tomó el trozo de pan.-¿Y tú, Katie? ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

-Supongo que en mi luna de miel. Matt y yo fui-nos a las cataratas del Niágara.

-Ah, ¿sí? ¿Y por qué elegisteis ir allí?

-Mis padres fueron allí para su luna de miel. Supongo que pensé que si íbamos allí nos pareceríamos más a ellos, que ayudaría a nuestro matrimonio. Quería amar a Matt como mi madre a mi padre. Pensaba que el amor era algo que uno podía controlar, algo que podía encenderse y apagarse a voluntad -Katie volvió la mirada hacia el fuego-. Y ahora háblame de ti. Tengo entendido que fuiste a Yale.

-Sí.

-¿Y después?

Jack rió.

-No paré de aburrirme.

-¡Pero si tienes hasta tu propio edificio! Y un montón de gente trabajando para ti.

—Como tú.

-Pero yo vivo en un pueblo pequeño. Además, heredé el periódico de mi padre. Tú has construido tu negocio de la nada.

Jack se encogió de hombros.

-Trabajé duro y tuve suerte con algunas inversiones. También seleccioné cuidadosamente al personal y luego todo fue rodado.

-Tal y como lo dices parece fácil.

—Apenas tuve distracciones.

-No es eso lo que he oído.

Jack se levantó para echar más leña al fuego.

—No creo que salir con alguna mujer de vez en cuando pueda

suponer una distracción, a menos que el amor entre en la ecuación.

—Me cuesta creer que no fuera así.

-¿Por qué dices eso?

-Te conozco, Jack. Eres terco y testarudo, pero en el fondo sigues siendo un romántico.

Jack rió.

-Te crees muy lista -dijo a la vez que se sentaba junto a Katie en el sofá.

Ella se estremeció.

-¿En qué estás pensando? -preguntó Jack.

-En que resulta agradable tenerte aquí y poder pasar de nuevo un rato contigo.

-Yo siento lo mismo.

Katie volvió a sentir el impulso de preguntarle por qué se esfumó como lo hizo, por qué no había querido seguir siendo su amigo, pero se contuvo. Estaba con él y pensaba disfrutar de su compañía mientras durara.

-Te he echado de menos, Jack -dijo

Él pasó un brazo por sus hombros y la estrechó delicadamente contra su costado.

-¿Y bien? -añadió ella-. ¿Qué es lo que has organizado para mí?

-Termina de comer y te lo enseñaré.

Katie tomó otro trozo de pan con queso y se lo metió en la boca.

-Estoy lista.

Jack se puso en pie y la tomó de la mano para que hiciera lo mismo. Luego le alcanzó su abrigo.

-¿Tenemos que salir?

—Sí —Jack señaló la puerta trasera tras ponerse su abrigo.

Cuando salieron, Katie se quedó boquiabierta. El cobertizo, que hacía unas horas parecía un campo de batalla, estaba perfectamente ordenado, y el lateral que estaba a punto de desmoronarse estaba enderezado y firmemente sujeto al suelo.

-¿Has hecho tú sólo todo esto? -preguntó, asombrada.

-Hacía tiempo que no reparaba nada, pero enseguida he recordado todo. Además, recuerdo que pasé bastante tiempo aquí mientras tu padre construía el cobertizo. Me explicó cómo sujetar el techo. -¿Y lo has recordado después de tanto tiempo?

-Desde luego -Jack miró a Katie a los ojos antes de añadir-: Es como montar en bici. Una vez que aprendes ya no se te olvida.

Katie sintió que su corazón latía más deprisa y dio un paso hacia él... pero enseguida recordó cómo lo labia rechazado hacía unas horas. El hombre al que amaba desde que podía recordar había tratado

finalmente de seducirla y ella lo había rechazado.

—Respecto a lo que ha sucedido esta mañana...

Jack alzó una mano para interrumpirla.

-Olvídalo. No sabía lo que estaba haciendo.

El corazón de Katie se encogió. Había tenido una oportunidad y la había perdido.

-Vamos -dijo Jack a la vez que pasaba un brazo por sus hombros y la hacía salir del cobertizo—. Esta no es la única sorpresa -cuando se aproximaban al garaje, se apartó de ella y dijo-: Cierra los ojos.

Katie permaneció en la nieve, esperando. De pronto oyó un sonido conocido... el del motor de su coche, que hacía semanas que no funcionaba. Abrió los ojos.

-¡Has arreglado mi coche!

-No he tenido otra opción. Sabía que no me habrías permitido comprarte uno nuevo.

-¿Pero cómo lo has conseguido? ¿Qué le pasaba?

-Había un par de contactos sucios y tienes que cambiar el carburador. Aparte de eso, se puede conducir.

-No sé qué decir -murmuró Katie, agradecida.

-No tienes que decir nada -Jack sonrió-. Ha sido agradable volver a trabajar con mis manos. Hacía tiempo que no pasaba un día así.

-Te lo agradezco mucho. Ha sido todo un detalle.

Jack se encogió de hombros. Los halagos siempre le habían hecho sentirse incómodo.

-No ha sido nada -dijo, y a continuación salió del garaje con las manos en los bolsillos.

Katie apagó el motor y corrió tras é1-

-¿Por qué siempre te vas, Jack?

Él se detuvo y se volvió.

-¿Qué?

-Sigues marchándote como solías hacerlo. Cada vez que alguien te hace un cumplido o te dice algo agradable te das la vuelta y te vas.

Jack dio un paso hacia ella.

-Nunca tuve intención de marcharme de tu lado -la miró un momento. Sus ojos azules parecían arder-. ¿Qué debería hacer ahora, Katie? -estaba tan cerca que ella pudo sentir su aliento en la mejilla Que Katie volvió la cabeza ligeramente Y sus labios se tocaron.

Sin apartarse, Jack susurró:

-Dímelo.

Aquello era más de lo que Katie podía resistir. Dejó de respirar mientras los labios de Jack se volvían más exigentes. Tomó su rostro entre las manos y le dio la bienvenida.

El resultado fue la explosión interior mas intensa que había experimentado en su vida. Siempre había fantaseado con aquel momento, pera nada la había preparado para la realidad. Cada una de las células de su cuerpo renació a la vida y palpitó de deseo mientras sentía que se perdía en una bruma de poderosas emociones. Sólo podía pensar en una cosa Amaba a Jack y siempre lo había hecho-

Como en un sueño, se oyó gemir cuando Jack deslizó la lengua en el interior de su boca a la vez que rodeaba con los brazos por la cintura.

A pesar de los abrigos, sintió la evidencia de su excitación y se frotó instintivamente contra el-

Ya le daba lo mismo si la amaba a no. No podía pensar en el futuro. Todo lo que sabía era que lo necesitaba... que lo deseaba.

-Jack -susurró mientras encaminarla los labios hacia su oído-: Te deseo. Él se apartó y la miró como si acabara de volver a lanzarle una bola de nieve. Tras un instante de silencio, Katie empezó a hablar a toda prisa.

-Sé lo que pasa y sé que nunca podrá llegar a ser amada, pero te deseo y...

Jack le cubrió los labios con un dedo para acallarla.

-Vamos dentro.

¿Qué diablos estaba pasando allí? Jack sentía que la cabeza le daba vueltas como si dentro se estuviera desarrollando una guerra civil. Una parte de él quería arrancar las braguitas a Katie para tomarla allí mismo. La otra quería darle una palmadita en la cabeza y prepararle otro té. Aquella mañana no había querido saber nada de él y sin embargo en aquellos momentos estaba totalmente dispuesta a hacer el amor. ¿Por qué?

Se pasó una mano por el pelo. No era así como se suponía que debían ser las cosas. Deseaba intensamente a Katie, pero no de aquel modo. Quería que las cosas fueran especiales para ella. Katie la romántica lo merecía. Merecía más que un rápido revolcón en la paja. Merecía romance y compromiso.

¿Pero estaba él preparado para comprometerse? Sólo hacía un par de días había asumido que su relación había acabado. El tenía compromisos importantes que no podía desatender. Iba a trasladarse a Europa. ¿Cómo iba a acostarse con Katie para luego dejarla de nuevo? No podía hacerle algo así. Ni a ella, ni a sí mismo.

Aunque también era posible que todo tuviera una explicación más elemental y primitiva. A fin de cuentas, Katie llevaba una larga temporada sin un hombre y era probable que estuviera buscando sexo.

-Enseguida vuelvo -dijo Katie tras estrecharle cariñosamente la mano cuando entraron.

Jack se acercó al hogar de la chimenea y echó otro tronco al fuego. Miró su ordenador. Seguía allí, en el sofá, donde lo había dejado. Lo cerró mientras pensaba en The Fall y en la lucha de Katie por salvar el periódico y el pueblo al que tanto amaba.

Aquella era Katie, por dios santo, no una mujer anónima. No podía seguir adelante con aquello. No podía hacerle el amor para luego volver a irse.

Alzó la mirada. Katie estaba de pie ante él, con un camisón blanco semitransparente. La luz de la luna iluminaba su pelo. Parecía un ángel enviado por el cielo. Jack fue incapaz de no admirar sus generosos pechos y el oscuro color de sus pezones, redondos y perfectos, su firme vientre, sus largas piernas...

Respiró hondo. Se había acostado con muchas mujeres bellas, pero ninguna de ellas podía compararse con Katie

-¿Qué tal estoy? -preguntó ella en un tono ligeramente tembloroso que delató sus nervios.

Jack tragó saliva.

-Bien -dijo mientras la miraba una vez más de arriba abajo.

-¿Sólo bien? -preguntó ella a la vez que se acercaba a él-. Bésame, Jack.

En cuanto sus labios se tocaron, Jack sintió que la pasión se apoderaba de él y no fue capaz de pensar en nada más. Deslizó una mano tras ella y la estrechó contra sí mientras la besaba sin ninguna contención. Katie era un elixir más potente que la vida misma. Si no se detenía de inmediato no iba a poder hacerlo nunca.

Gimió cuando acarició uno de sus pechos y sintió bajo la mano cómo se endurecía su pezón. Quería consumirla. No iba a conformarse con menos.

Como una mujer acostumbrada a la seducción, Katie se tumbó en la alfombra a la vez que alargaba una mano hacia él.

Jack la tomó y se arrodilló a su lado, frente al fuego. Estaba nervioso, pero sabía que ya no iba a detenerse. Toda una vida de deseo exigía una compensación.

Katie se sentía como una colegiala a punto de perder la virginidad. Se olvidó de Matt. Olvidó su historia con Jack. Lo único que le importaba era el aquí y el ahora. Tomó la mano de Jack y le hizo apoyarla sobre su corazón y sus pechos antes de deslizaría lentamente hasta la intersección de sus piernas. Al ver la intensidad que reflejaba la mirada de Jack supo que ya no había marcha atrás. Pero daba igual. Llevaba demasiado tiempo esperando a que llegara aquel momento.

Arrobado, Jack le acarició delicadamente una mejilla.

-Eres tan bella -murmuró antes de inclinarse a tomar entre sus labios uno de los pezones de Katie.

Después fue descendiendo hacia su vientre sin dejar de besarla. Se tomó su tiempo para acariciarla con sus labios y sus dedos, como si estuviera desenvolviendo un regalo muy lentamente.

Cuando Katie empezaba a sentirse desesperada por sentirlo contra su piel desnuda, notó que introducía la mano bajo su camisón.

Jack encontró los delicados pliegues de su sexo y deslizó un dedo a su alrededor. Ella arqueó las caderas e, incapaz de contenerse, presionó contra su dedo. Jack la penetró lentamente con él y fue aumentando gradualmente la intensidad de sus penetraciones. Unos momentos después sustituyó su dedo por su boca y comenzó a acariciarla con la lengua.

-Ahora, Jack, por favor -murmuró ella a la vez que alargaba las manos para bajarle los pantalones.

Cuando lo tomó en su mano, Jack emitió un ronco y gutural sonido de placer. Katie deslizó la mano arriba y abajo por su poderoso y excitado sexo antes de que él le hiciera detenerse. Después le sujetó las manos por encima de la cabeza y la penetró lenta y profundamente.

Katie se sintió recorrida por un relámpago de calidez que le produjo una sensación de cosquilleo de la cabeza a los pies. Rodeó a Jack con las piernas a la vez que se arqueaba hacia él. Con cada empujón la tensión de su cuerpo aumentaba. Miró el rostro del hombre al que había amado durante tanto tiempo. Jack respiraba agitadamente mientras trataba de controlar su deseo.

-No pares -se oyó rogar Katie.

Jack la penetró aún más profundamente y el movimiento de la pasión de sus cuerpos se sincronizó por completo.

Cuando la amenaza de la liberación se alzó hasta su ardiente cima, Katie cerró los ojos. Jack le soltó las manos y ella lo estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas. Luego, con un apasionado gemido, sintió que la primera oleada del orgasmo inundaba su cuerpo. Mientras se contraía en torno a él, sintió que Jack se estremecía y palpitaba poderosamente en su interior.

Después, Katie miró los ojos del hombre que había dominado sus sueños desde que podía recordar. Hacer el amor con Jack era algo que siempre había deseado.

Pero como resultado había quedado expuesta y aún más abierta al dolor.

-¿Estás bien, Katie? -murmuró Jack mientras la abrazaba. Sentía

que su mente iba en un millón de direcciones distintas. Y parecía que Katie estaba a punto de llorar.

-Estoy bien -contestó ella, pero él supo instintivamente que no era cierto, y lo constató cuando sintió a humedad de sus lágrimas en el cuello.

-Estás llorando.

Katie rió y se volvió, avergonzada.

-Son lágrimas buenas. No esperaba que fuera a era tan... intenso. ¿Cómo podía haber permitido que sucediera aquello?, se preguntó Jack, agobiado. Era demasiado pronto. La estrechó de nuevo entre sus brazos.

-Lo siento, Katie.

-No lo sientas. Lo que sucede es que eres el único hombre con el que he estado aparte de Matt.

No estaba llorando por él, sino por Matt. Jack sintió que se le helaba la sangre. Le alegró que Katie no hubiera estado con ningún otro, pero le habría alegrado aún más que tampoco hubiera estado con Matt. A pesar de lo que había dicho Katie sobre la alta de pasión de su matrimonio, suponía que Matt aún conservaba una parte de su corazón.

—No sé qué decir —murmuró.

Katie sonrió y deslizó un dedo por sus labios.

-No te preocupes. No tengo ninguna esperanza.

— ¿Qué quieres decir?

-Que no estoy comparando mi relación contigo con mi relación con Matt. Tú y yo somos amigos, nada más.

Jack dedujo que Katie sentía cariño por él, pero no el suficiente como para casarse con él. No el suficiente como para impulsarla a esperarlo. Pero sí el suficiente como para acostarse con él.

Era perfecto, ¿no? ¿No era aquella la clase de relación que prefería? Sexo sin consecuencias, sin ataduras...

-¿He dicho algo malo, Jack? Simplemente no quería que te preocuparas. Ya soy mayorcita y sé que esta noche no se va a repetir.

Iba a ser una noche que nunca olvidaría, pensó Jack. Y ese era el problema.

Se apartó de ella, se levantó y se puso los pantalones.

-Deberías vestirte -dijo-. Supongo que no querrás congelarte.

Katie apartó la mirada.

Jack se puso la camisa y luego alargó una mano para ayudarla a levantarse. Ella permaneció ante él, desnuda.

Por un segundo, Jack sintió la tentación de cambiar de opinión, de tumbarla en el sofá y volver a hacerle el amor.

Pero no podía. Si lo hiciera no podría evitar expresarle sus verdaderos sentimientos y, obviamente, aquello era algo sobre lo que Katie no quería saber nada.

-Ve a vestirte, Katie, o te vas a enfriar –dijo

Capítulo Siete

Katie no quería despertarse. Estaba teniendo un sueño, un sueño maravilloso. Estaba con Jack en algún lugar cálido y exótico. Podía oír el sonido del mar mientras se besaban...

Abrió los ojos. Lo que estaba oyendo no era el mar, sino la acompasada respiración de Jack. Estaba tumbada sobre él, con los brazos en torno a su cuello. La camiseta se le había subido y Jack descansaba las manos sobre su espalda desnuda.

Permaneció muy quieta un momento, temiendo moverse, o incluso respirar. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había acabado allí? Pensó en la noche anterior. Después de hacer el amor, Jack había cambiado. Ella lo había esperado a medias. Y, por supuesto, no había podido evitar ponerse a llorar al comprobarlo.

A pesar de que había tratado de mentalizarse, de decirse que su relación no tenía futuro, no estaba preparada para la frialdad con que Jack la había desechado después.

De manera que cuando había subido a cambiarse lo había hecho sintiéndose humillada... casi utilizada.

Afortunadamente, al bajar había encontrado a Jack dormido en el sofá, pues de lo contrario no habría sabido qué decirle ni de qué hablar. Al verlo así, toda su rabia pareció esfumarse. Estaba tan encantador con los brazos cruzados sobre el pecho y un mechón de pelo caído sobre su frente... Era como si el sueño hubiera vuelto a metamorfosearlo en su dulce amigo de siempre. Con suma delicadeza, colocó una

almohada bajo su cabeza y lo cubrió con una manta. Luego se instaló en la parte contraria del sofá.

Había permanecido allí quieta varias horas, pero finalmente debía haberse quedado dormida y, de algún modo, había acabado encima de él.

No tenía más remedio que tratar de apartarse del modo más discreto posible...

-Buenos días.

Katie se quedó tan sorprendida al oír la ronca voz de Jack que estuvo a punto de caerse. Él la estrechó entre sus brazos para impedirlo.

Con el corazón en la garganta, ella murmuró:

-Sólo estaba... supongo que...

Cuando Jack sonrió y la miró directamente a los ojos, Katie se estremeció.

-¿Tienes frío? -preguntó él sin soltarla.

Ella negó con la cabeza.
-Entonces, ¿por qué estás temblando?
-Tengo... hambre.
-Yo también -respondió Jack sin apartar los ojos de ella.
El sonido del teléfono los distrajo. Katie aprovechó la oportunidad para erguirse. Tomó el móvil de Jack de la mesa y se lo entregó.
El lo tomó y lo abrió con un suspiro.
-¿Sí?
Katie se levantó y se acercó al hogar a echar un leño.
-De acuerdo -dijo Jack al cabo de un momento-. Lo siento, Carol...
Carol, pensó Katie con un escalofrío. De manera que después de todo sí era su novia. ¿Por qué si no iba a llamarlo a primera hora de la mañana? Probablemente quería saber dónde había pasado la noche y con quién.
-No sé cuándo voy a volver -continuó Jack-. Lo sé, lo sé. Pero eso tendrá que esperar. Ahora no puedo hacer nada al respecto .Katie recordó cómo se sintió cuando descubrió que Matt estaba con otra mujer. Aunque no lo amaba, su traición le dolió. Ella había jurado queja-más le haría algo así a alguien. Pero, al parecer, lo había hecho.
-¿Se encuentra bien? -preguntó cuando Jack colgó.
-¿Carol? Lo superará.
-Ojalá pudiera disculparme con ella.
Jack frunció el ceño.
-¿Por qué ibas a disculparte con ella?
-Sé lo que se siente estando con un hombre... infiel.
La expresión de desconcierto de Jack fue totalmente genuina.
-¿De qué diablos estás...? -se interrumpió-. ¿Acaso crees que Carol y yo...?
-¿Y no es así? -espetó Katie.
Jack sonrió.
-Carol trabaja para mí. Es mi contable. Es una mujer maravillosa que lleva casada cuarenta años, y creo que a sus hijos y nietos no les haría ninguna gracia enterarse de nuestra aventura.
Katie sintió un intenso alivio al escuchar aquello.
-Entonces... ¿no sales con nadie?
-No.
—Sé que no es asunto mío...
Jack se levantó del sofá y se acercó a ella.
-Por si te interesa saberlo, jamás le he sido infiel a nadie en mi vida.
Sus miradas se encontraron. Katie quería besarlo, abrazarlo, poseerlo.

En lugar de ello, giró sobre sí misma y tomó su abrigo.

-¿Adonde vas?

-A por más leña.

-Yo iré.

-No hace falta -replicó Katie mientras se ponía las botas. Necesitaba alejarse de él.

Prácticamente corrió hasta la puerta, pero se detuvo nada más salir, pues la nieve le llegaba casi a las rodillas. Miró al cielo. Al parecer, lo peor había pasado. Aunque aún estaba cubierto, la temperatura había subido y no tardarían en poder salir de allí. Y Jack podría irse

Su corazón se encogió al pensar aquello. Se preguntó cuándo volvería a verlo... aunque después de hacer el amor con él se había prometido no comportarse como una mujer poseída por el amor.

Había sido tan agradable volver a estar con él, volver a charlar, a jugar... Por primera vez en mucho tiempo había pasado algunos momentos sin pensar en su trabajo.

Cuando logró entreabrir la puerta del cobertizo no pudo evitar admirar de nuevo el trabajo de Jack. Le había conmovido que se hubiera molestado en echarle una mano.

Dio otro tirón a la puerta para abrirla del todo pero no consiguió moverla. Había demasiada nieve acumulada en el exterior. La retiró en parte con un pie, tiró con todas sus fuerzas... y acabó de espaldas en brazos de Jack.

-Calma -dijo él junto a su oído-. Me he ofrecido a ayudar.

Ella se apartó, ruborizada.

-Puedo hacerlo yo -dijo-. Además, ni siquiera llevas puestas las botas.

Jack la ignoró y comenzó a apartar la nieve a patadas de la puerta. Parte de la nieve voló directamente hasta Katie y la cubrió de arriba abajo. El rostro de Jack se distendió en una amplia sonrisa.

Katie sonrió, pero su buen humor desapareció mientras lo miraba. Parecía totalmente relajado y despreocupado, como si no hubiera sucedido nada la noche anterior. Como si la tierra no se hubiera movido y los cielos no se hubieran abierto.

Katie casi pudo sentir cómo se rompía su corazón.¿ Qué había hecho? Jamás podría volver a ser simplemente amiga de Jack. Jamás.

-Lo siento -dijo él-. Ha sido un accidente y... -pero no llegó a terminar de disculparse, porque Katie giró sobre sí misma y corrió de vuelta a la casa.

¡Maldición!, pensó Jack. Aquello no era lo que pretendía. Tenía planeado hacerle el amor a Katie en cuanto abriera los ojos, pero el

teléfono había interrumpido sus planes. Pero ella estaba haciendo todo lo posible para mantenerse alejada de él. Y no podía culparla por ello. La noche anterior se había comportado como un idiota.

¿Pero qué otra cosa podía haber hecho? No podía soportar la idea de que no volviera a ser suya, y Katie había dejado bien claro que eran amigos, nada más.

Y él había sido un estúpido por querer creer lo contrario.

Pero cuando Katie había bajado aquella mañana y se había tumbado con él en el sofá no había podido evitar volver a desearla. Y mientras ella dormía había llegado a una importante conclusión. Daba lo mismo lo que ella sintiera por él. Lo que importaba era lo que él sentía por ella. Y, como hombre enamorado, tenía la obligación de hacerle feliz. De satisfacerla. Pero antes debía pedirle que lo perdonara.

Si lo perdonaba, pensó mientras se encaminaba de vuelta a la casa, la haría disfrutar más de lo que había disfrutado en su vida, le haría ver los fuegos artificiales que deseaba. Y luego, cuando ella quisiera, cada uno seguiría su camino.

Abrió la puerta.

-¿Katie?

-Ya vuelve a haber corriente -dijo ella desde la planta de arriba-. Estoy segura de que Burt vendrá enseguida a sacarnos de aquí. Si quieres tomar una ducha, adelante. Yo acabo de hacerlo. El agua está bastante fría, pero se puede aguantar. Te he dejado unas toallas junto al lavabo.

Pensar en Katie mojada y desnuda bastó para que Jack se excitara al instante. Subió las escaleras de dos en dos y entró en su dormitorio sin llamar.

La encontró de espaldas a él, con tan sólo las braguitas puestas mientras trataba de abrocharse el sujetador. Al oír la puerta dejó caer éste y se cubrió con los brazos.

-¿Jack? -preguntó a la vez que volvía la cabeza. Tenía el pelo mojado y sin peinar-. El baño está por allí.

Jack contempló sus delicados hombros y luego deslizó la mirada por el resto de las exquisitas curvas de su cuerpo. Su deseo se intensificó.

-He venido a disculparme -dijo mientras avanzaba hacia ella.

-¿Por qué?

-Por cómo me comporté anoche. Al pedirte que te vistieras...

-No hace falta que te disculpes -dijo ella a la vez que trataba de apartarse.

Pero Jack la rodeó con los brazos por detrás.

-Discúlpame, Katie -susurró junto a su oído-. Por favor -cuando deslizó las manos bajo sus brazos para acariciarle los pechos, ella arqueó la espalda como un gatito.

Cuando introdujo una mano bajo sus braguitas y deslizó un dedo entre los pliegues de su sexo, ella gimió y echó la cabeza atrás. El olor a lavanda de su pelo y la frescura de su piel resultaban más tentadores y sensuales que cualquier perfume.

-Quiero que te sientas bien, Katie -murmuró Jack mientras la penetraba lentamente con el dedo. Estaba húmeda y cálida, dispuesta para él...

-¡Hola, Katie! -la poderosa voz de un hombre llegó en aquel momento desde la planta baja-. ¿Te encuentras bien?

Katie se apartó de inmediato de Jack y tomó su chándal.

-Es Burt -susurró, y a continuación añadió en voz alta-: Estoy bien, Burt.

Jack sonrió. El viejo e inoportuno Burt, pensó mientras se encaminaba hacia la puerta.

-¿Adonde vas? -preguntó Katie.

-A saludar a Burt.

-¡No! -exclamó ella, pero Jack se limitó a sonreír y siguió avanzando. Desde su punto de vista, no había nada de qué avergonzarse. No eran unos adolescentes a los que hubieran pillado jugando a los médicos. Eran unos adultos que sabían exactamente lo que hacían.

-¿De quién es el coche que...? -Burt se interrumpió al ver a Jack en lo alto de las escaleras-. Oh, lo siento... -dijo, sorprendido-. Tienes compañía. No pretendía molestar...

Katie salió tan rápido como pudo. Burt los había encontrado juntos y su mujer era la cotilla más incorregible del pueblo. La noticia iba a correr como la pólvora por Newport Falls.

-No es compañía, Burt -dijo precipitadamente-. Este es Jack Reilly. ¿No te acuerdas de él?

Burt Weasley tenía ochenta años y se había ocupado siempre de despejar de nieve el sendero de la casa de Katie cuando hacía falta. Miró atentamente a Jack, que le ofreció su mano.

-Me alegra volver a verlo, señor Weasly.

Katie notó que Jack parecía divertido, casi como si estuviera disfrutando de aquel momento.

-Lo mismo digo, Jack. Había oído que estabas de vuelta en el pueblo, pero no sabía que te alojabas en casa de nuestra amiga Katie.

-No se aloja aquí -dijo ella rápidamente-. Estaba en el hostal, pero el día de la ventisca me trajo hasta aquí en coche y... ¿has visto el que

hay al final del sendero? Es el suyo.

-Estaba bastante enterrado en la nieve -dijo Burt a Jack-. Seguro que no tenéis estas nevadas en la ciudad, ¿verdad?

Jack sonrió.

-Desde luego que no.

-Ya he quitado la nieve que rodeaba tu coche. Si sales y logras arrancarlo puedo darte un empujón -se ofreció Burt-. Pero más vale que no pares una vez que te pongas en marcha y que salgas directamente a la autopista... a menos que planees quedarte, por supuesto.

-No -dijo Katie enseguida-. Sé que Jack está ansioso por irse.

Él la miró y dejó de sonreír.

-Ah, ¿sí? Recuerda que tenemos algunos asuntos pendientes.

Katie no entendió a qué se refería. ¿Acaso quería algo más de ella?

-Si planeas salir de aquí antes de la primavera, este es el momento, hijo -dijo Burt.

Jack siguió mirando a Katie como esperando que dijera algo. Pero ella no sabía qué decir.

Él asintió lentamente.

-De acuerdo. Gracias, Burt. Voy a recoger mis cosas.

-De nada -Burt miró a Katie y luego a Jack-. Estaré fuera.

Cuando Burt salió, Katie se volvió hacia Jack y sonrió nerviosamente.

-Dentro de un rato todo el pueblo sabrá que hemos pasado unas románticas vacaciones invernales juntos.

-¿Supone eso algún problema? -preguntó Jack a la vez que se acercaba a ella.

«Para ti no», quiso decir Katie. Jack se iba y probablemente no volvería a verlo nunca.

-Quiero que vengas a Nueva York -dijo él. El corazón de Katie latió más deprisa. Quería volver a verla.

Jack la tomó de la mano y la sostuvo entre las suyas-

—Mañana por la mañana hay una reunión de mi junta directiva. De hecho es una comida, y asistirán muchos accionistas importantes. Creo que sería buena idea que asistieras y les hablaras para convencerlos de las ventajas que supondría invertir en Newport Falls.

Katie bajó la mirada. Aquello no tenía nada que ver con que Jack no quisiera irse. Se trataba de una cuestión de negocios que le atañía directamente a ella. De manera que, ¿por qué le estaba sosteniendo la mano?

-¿Quieres que convenza a tu junta directiva? -pregunto con voz ronca.

-Más o menos -Jack le estrechó cariñosamente la mano y luego la soltó para ir a recoger sus cosas al cuarto de estar-. Esto va a ser más complicado de lo que pensaba, y lo cierto es que no creo que haya muchas posibilidades de que las cosas salgan como quieres.

Katie asintió.

-De acuerdo.

Jack salió del cuarto de estar con su maletín. Lo dejó en el suelo para ponerse el abrigo.

—Ve al aeropuerto mañana a las cuatro de la tarde. Dirígete al hangar B y diles que vas a viajar en mi jet. Greg se ocupará de llevarte a la ciudad -abrió la puerta para hacer una seña a Burt y luego volvió a entrar-. Y más vale que lleves ropa para pasar la noche —alzó una mano enguantada y la colocó bajo la barbilla de Katie-. Como he dicho antes, tenemos asuntos pendientes por resolver.

Capítulo Ocho

Katie tuvo dificultades para concentrarse en su trabajo al día siguiente. A las tres de la tarde Marcella la acompañó al aeropuerto. El piloto de Jack la estaba esperando. Greg, un pelirrojo risueño, tomó su equipaje y la acompañó al avión. Tras presentarla a Cary, el asistente de vuelo, ocupó su puesto tras los mandos.

Katie nunca había estado en un avión privado, pero no habría podido imaginar nada más lujoso que aquello.

Había que reconocer el mérito de Jack. Había llegado hasta allí por sí mismo, sin ayuda de su familia ni de nadie.

Se apoyó contra el respaldo del asiento y trató de relajarse.

Pero era difícil. Desde que Jack se había ido había sido incapaz de dejar de pensar en él. Aún podía sentir sus cálidas manos acariciándola...

Tomó un sorbo de champán que le ofreció Cary y cerró los ojos y, al instante, se vio a sí misma semidesnuda, de pie en su habitación. Como en un delicioso sueño, sintió a Jack a sus espaldas, presionado contra ella.

Abrió los ojos y suspiró. ¿Cómo iba a centrarse en la reunión sabiendo el placer que la aguardaba luego?

Pero debía concentrarse. No tenía elección. Estaba tratando de salvar su negocio, el periódico de su familia. Todo el pueblo dependía de que hiciera bien aquello .Mientras el jet la alejaba de su mundo, sus pensamientos oscilaron entre aquello en lo que quería pensar, hacer el amor con Jack, y aquello en lo que debía pensar, salvar su negocio. En cualquier caso, no sabía lo que la aguardaba, pero esperaba estar a la altura de las circunstancias.

Cuando aterrizaron, Cary la acompañó hasta una limusina negra y la dejó en manos del conductor, que se llamaba Ralph y, según le explicó, llevaba cinco años trabajando para Jack.

-¿Adonde vamos? -preguntó Katie, que ni siquiera sabía dónde vivía Jack.

-Al hotel Plaza.

Katie se quedó desconcertada. ¿Iba a alojarse en un hotel? Había dado por sentado que iba a quedarse con Jack. ¿Cómo podía haber sido tan presuntuosa? No sólo se sentía avergonzada, sino que iba a alojarse en un hotel que no se podía permitir.

-¿No hay uno en la calle treinta y cuatro? Preferiría ir allí.

-Se celebra una convención y, a menos que tenga reservas, no encontrará nada libre.

-El señor Reilly ha podido reservar una habitación en el Plaza.

-El señor Reilly tiene una habitación permanente en él hotel para sus visitantes y sus… -el chofer se aclaró la garganta y la miró por el retrovisor-… invitados -concluyó.

-Invitados -repitió Katie a la vez que sentía un arrebato de celos al pensar en las mujeres que había visto fotografiadas con Jack.

Cuando Ralph la dejó frente al hotel, fue a recepción a por su reserva y subió a la habitación. Era una suite con un cuarto de estar con chimenea y un gran dormitorio con una cama enorme. La rodeó tratando de no imaginar a Jack en ella con otra mujer. Mientras lo hacía se fijó en la bolsa de Bloomingdale que se hallaba sobre el tocador. Dentro había una caja larga con una nota.

Querida señorita Devonworth,

Jack me ha pedido que Le elija un vestido para esta noche. Espero que éste le parezca bien. Estoy deseando conocerla.

Carol Casey

P.D. Jack me ha pedido que le deje claro que no tiene ninguna obligación de ponérselo. Es sólo una sugerencia.

Jack sabía que no tenía nada presentable que ponerse y no había querido que lo avergonzara.

Reprimió sus sentimientos mientras abría la caja. El vestido era azul, sin tirantes, con la parte superior de raso y una falda de capas del chiffón más delicado que había visto en su vida. Era un vestido adecuado para una princesa.

Jack avanzó por el vestíbulo del Plaza hacia los ascensores. Había estado allí muchas veces, en la mayoría de las ocasiones para recoger a las mujeres que lo aguardaban en la suite que tenía reservada. Pero nunca se había sentido tan nervioso.

Después de dejar a Katie había recordado que la comida iba a ser de etiqueta, pero no había querido forzarla a comprarse un vestido. Le había parecido mejor sorprenderla con uno cuando llegara. Sabía que no le habría permitido comprárselo.

Pensó en lo que tenía planeado. Primero el baile, luego una cena íntima en Fachette, un paseo por la ciudad y luego de vuelta al hotel. Y entonces… Sonrió. Cumpliría su promesa. Daría a Katie lo que quería… sin ataduras.

Llamó a la puerta. Cuando ésta se abrió se quedó demasiado anonadado como para hablar. Nunca había visto a una mujer tan bella. Katie se había echado el pelo hacia atrás y apenas se había maquillado, pero el efecto del vestido, la forma en que le sentaba, era mágica.

Katie sonrió y movió la mano a modo de saludo.

-Gracias por el préstamo. Trataré de que no se me caiga nada

encima -dijo mientras pasaba junto a él-. ¿Nos vamos ya?

Jack la sujetó por el brazo y se apartó un poco para mirarla de arriba abajo.

-Estás preciosa.

-Gracias -Katie dio un suave tirón para librarse de su mano y siguió caminando.

-¿Qué sucede? -preguntó él de inmediato.

-No sucede nada -contestó ella mientras pulsaba el botón del ascensor-. Agradezco que me hayas prestado el vestido.

-No es un préstamo. Es un regalo.

-No quiero un regalo, pero gracias de todos modos.

-Es tuyo -murmuró él con firmeza.

Katie dudó.

-Entiendo por qué lo has comprado. Sabías que no tenía nada presentable que ponerme y no has querido que pasara vergüenza a causa de ello. Ha sido un detalle muy amable, pero excesivamente generoso.

-Llevaras lo que llevaras, seguirías siendo la mujer más bella -dijo Jack mientras entraban en el ascensor-. Te he comprado el vestido para complacerte.

-Gracias -dijo Katie.

Jack se mordió la lengua. Las cosas no estaban yendo como las tenía planeadas. Pero aquello era algo habitual con Katie.

-¿Qué te parece tu habitación?

-Está muy bien, pero si hubiera sabido que iba a alojarme en un hotel habría preferido elegirlo yo.

Jack no ocultó su sorpresa.

-¿Dónde pensabas que ibas a alojarte? -al ver que Katie se ruborizaba, Jack comprendió. Había asumido que iba a quedarse con él. Quería quedarse con él-. Había supuesto que querrías...

—Ser tratada como tus demás mujeres —el ascensor se detuvo y Katie salió antes de que Jack pudiera detenerla.

-Katie...

-No te preocupes. Me halaga estar rodeada de tanto glamour -Katie se puso el chai sobre los hombros y empezó a caminar por la calle.

Jack se quedó mirándola. ¿Adonde creía que iba?

—Espera. El coche está aquí.

Katie se detuvo, se dio la vuelta y se encaminó con toda la dignidad que pudo hacia el coche.

Jack la tomó de las manos y la miró a los ojos antes de dejarla entrar en la limusina.

-Eres Katie. Eres especial.

-Lo siento -dijo ella con suavidad-. Pero el hecho de que gastes tu dinero en mí de ese modo hace que me sienta incómoda.

-Pero quería hacerlo.

-Esto es... difícil para mí. Tú has cambiado, y yo también. Nuestra situación actual es muy distinta a la de antes.

-Yo sigo viendo a la misma Katie de siempre. Y el hecho de que ahora pueda permitirme pagar mi propia comida no significa que haya cambiado -Jack la soltó y abrió la puerta de la limusina. Estaba tratando de conquistarla, de hacerla feliz, pero mucho se temía que estaba consiguiendo justo lo contrario.

-Vamos. No conviene que lleguemos tarde -dijo mientras se sentaba en la limusina junto a ella, agradecido de contar con la compañía de Ralph.

-Hola, Ralph -saludó Katie.

—Hola, señorita Devonworth. Tiene un aspecto estupendo.

-Gracias, Ralph. Usted también.

Ralph había llevado en aquel coche a muchas de las mujeres con las que había salido Jack, pero ninguna se había molestado en hablarle. Pero, como bien sabía Jack, Katie no era como las demás mujeres con que solía salir. Y, al parecer, nunca lo sería.

Katie suspiró. ¿Qué estaba haciendo? Jack sólo estaba siendo amable y ella le estaba correspondiendo groseramente. Más le valía mantener la boca cerrada y concentrarse en los negocios.

-Tal vez deberías explicarme la clase de acontecimiento al que vamos a asistir.

-Es el baile anual que se celebra cada invierno.

-¿Vas a llevarme a un baile? Creía que se trataba de una especie de reunión de tu junta directiva.

-También podría serlo. Todos los miembros de la junta estarán allí. Es la oportunidad perfecta para hablar con algunas personas que podrían invertir en tu periódico. Necesito que hables bien de Newport Falls.

-Eso no me costará ningún esfuerzo -contestó Katie, que aún no se había recuperado de la sorpresa. ¿Un baile? Le estaba costando centrarse en la conversación, pero debía hacerlo. Y debía recordar que aquella no era una cita romántica.

-Siempre te ha gustado -dijo Jack.

-¿A qué te refieres?

Jack la miró.

-A Newport Falls, por supuesto.

Katie no dijo nada. Era evidente que Jack quería dejar atrás su pasado, pero ella había amado al chico que había sido. Era como si

manifestando su desagrado por Newport Falls estuviera negando una parte de sí mismo. La parte que le pertenecía a ella.

-En otra época a ti también te gustaba -dijo.

-¿En serio? No lo recuerdo.

Katie se cruzó de brazos.

-El pueblo te tendió su mano cuando te hizo falta.

—No me refería al pueblo ni a la gente que lo habita. Pero aquella época no fue precisamente la mejor de mi vida -Jack hizo un gesto con la mano, como tratando de dejar a un lado aquel asunto-. Pero será mejor que nos centremos en lo que tenemos entre manos.

-De acuerdo -dijo Katie, arrepentida por haber estropeado las cosas. Por la expresión de Jack dedujo que le iba a decir que ya no quería estar con ella. Quería que volviera sola al pueblo que tanto amaba.

-Hay un hombre en particular con el que quiero que hables durante el baile.

-De acuerdo -repitió Katie, aliviada.

-Se trata de Franklin Bell, de la empresa de ordenadores Bell.

Katie había oído hablar de aquella empresa. Era una de las más grandes del país.

-Actualmente está en Nueva York, pero se están quedando sin sitio. Franklin busca un lugar en que construir una nueva fábrica, y creo que Newport podría ser un buen lugar. Habría muchos puestos de trabajo nuevos.

-Eso sería fantástico.

—Pero hay un problema.

-¿Cuál?

-Franklin ya ha descartado instalarse en Newport Falls.

-¿Por qué?

-No estoy seguro. Esa es tu misión. Tienes que averiguar por qué y convencerlo de lo contrario.

A pesar de sus sentimientos por Newport Falls, Katie comprendió que Jack trataba de salvarlo. Y lo estaba haciendo por ella. De pronto se sintió tan agradecida que hizo lo único que se le ocurrió. Lo besó.

Mientras salían de la limusina, Jack se llevó una mano a la boca. ¿A qué había venido aquello? Katie no le había dado un mero beso de agradecimiento ,sino que lo había besado de lleno en los labios y lo había dejado sin aliento.

Pero así era Katie. Espontánea y llena de sorpresas. Cuando ya estaba convencido de que la tarde iba camino de convertirse en un desastre, le salía con aquello. Hasta aquel momento había estado convencido de que había sido un error invitarla a Nueva York.

Conseguir inversores iba a ser muy complicado.

Siguió a Katie cuando salió de la limusina y la tomó del brazo.

-¿A qué ha venido eso?

Ella sonrió.

-¿Qué?

-El beso.

Pero fueron interrumpidos por una mujer pequeña y de pelo gris antes de que Katie pudiera responder. Miró a Jack con expresión de enfado.

-Llegas tarde.

-¿Qué pasa esta noche? -dijo Jack-. Estoy recibiendo reprimendas de todos lados.

-No se te ocurra echar la culpa a esta dama -la mujer miró a Katie, sonrió y le ofreció su mano—. Soy Carol Kasey, y tú eres tan guapa como Jack dijo que eras. Me alegra que el vestido te siente bien. Envié a una de las secretarias de Jack a comprarlo.

-¿Una de las mías? -preguntó él.

-Las mías estaban demasiado ocupadas tratando de sacar adelante este acuerdo —Carol miró de nuevo a Katie-. No sabes la de horas extras que nos está haciendo trabajar para ti.

— ¿En serio? —Katie se volvió hacia Jack y sonrió. Fue una sonrisa de sincero agradecimiento, y él sintió que se derretía. Katie miró de nuevo a Carol-. No sabes cuánto te lo agradezco. Gracias.

Cuando entraron en el salón, Katie miró a su alrededor, asombrada por el esplendor del lugar. Nunca había visto un lugar tan magnífico como el salón de baile de aquel hotel. Era como si acabaran de entrar en un oasis tropical. Había varias palmeras auténticas iluminadas con velas y antorchas por toda la sala. En uno de los rincones de ésta, una falsa cascada gigante derramaba su agua en un estanque. En el otro extremo había una orquesta completa sobre un precioso escenario.

Carol se fue a atender otros asuntos y Katie y Jack fueron abordados de inmediato por una mujer mayor elegantemente vestida.

-jack -dijo a modo de saludo mientras estrechaba la mano de éste. Luego se volvió hacia Katie.

-Te presento a Katie Devonworth, Eva -dijo Jack-. Katie, ésta es Eva Bell. Es miembro de mi junta directiva.

—Es un placer conocerla —dijo Katie.

Eva estrechó su mano.

-Jack me ha contado que los dos crecisteis en Newport Falls, pero no me había dicho lo guapa que eras. ¿Estás soltera, querida?

-Vamos, Eva... -dijo Jack, abochornado.

Katie rió.

-Sí, estoy soltera.

—Puede que para cuando acabe la tarde ya no lo seas -dijo Eva-. Hace años que llevo tratando de casar a Jack y creo que ya es hora de que siente la cabeza con la mujer adecuada, ¿no te parece?

Katie se ruborizó.

-Katie está aquí por un asunto de negocios, ¿recuerdas? -dijo Jack rápidamente.

-Por supuesto -replicó Eva sin apartar la mirada de Katie-. Jack piensa que mi hijo Franklin podría ayudarte.

-Eso espero -dijo Katie.

-Yo tengo que ocuparme de presentarte -Eva miró a su alrededor-. Oh, allí está -dijo a la vez que señalaba a un hombre rubio y atractivo, aunque un poco grueso. Luego miró a Jack-. Creo que es hora de que se conozcan, ¿no te parece? -dijo, y a continuación tomó a Katie de la mano y se alejó con ella.

Katie dejó de pensar en Jack al sentir de pronto la tensión del momento. Era como si todo el pueblo, todo su universo, dependieran de cómo se comportara. Y no sabía si estaba preparada para dar la talla. Se volvió a mirar a jack.

-Buena suerte -murmuró él-. Vas a hacerlo de maravilla.

Su forma de decir aquello conmovió a Katie. Era obvio que Jack la creía capaz de conseguir el apoyo de un hombre de negocios tan exitoso como Franklin Bell.

Eva tocó a su hijo en el hombro y éste se volvió.

-Te presento a Katie Devonworth, Franklin. Ya te he hablado de ella. Es de Newport Falls.

-Ah, sí -Franklin parecía tan interesado como si acabaran de ofrecerle unas clases gratuitas de jugar a los bolos-. La editora.

-La directora del periódico The Falls -corrigió Katie.

Jack se acercó a ellos y tomó a Eva del brazo.

-¿No es esta una de tus canciones favoritas? -preguntó.

-Desde luego que sí -dijo Eva mientras se alejaban.

Katie sintió una oleada de ansiedad mientras observaba cómo se alejaban.

-Odio este tipo de cosas -dijo Franklin.

-No te preocupes. Seré rápida.

Franklin miró a Katie con curiosidad.

-Me refería al baile.

El baile. Por supuesto. Katie estuvo a punto de darse una bofetada, pero se contuvo.

-De manera que éste no es un encuentro casual, ¿no? -añadió Franklin con gesto suspicaz.

Katie sabía que no podía mentir.

-No.

Franklin la miró un momento.

-Ya sabes que soy dueño de una empresa que fabrica ordenadores y que tratamos de expandirnos, lo que significa que tenemos que construir una nueva fábrica.

-Sí.

-En ese caso, me temo que estás perdiendo el tiempo. Newport Falls ya fue rechazado como posible lugar para instalarla.

-Lo sé.

-Entonces, ¿por qué estás aquí?

Katie volvió la mirada hacia Jack, pero no lo vio. Había desaparecido entre la multitud.

-Yo me estoy haciendo esa misma pregunta.

-En ese caso, señorita Devonwright...

-Devonworth.

-Devonworth. El caso es que no recuerdo por qué rechazamos Newport Falls, pero estoy seguro de que hubo motivos para hacerlo.

-Newport Falls no es un lugar para todo el mundo -dijo Katie rápidamente al ver que Franklin se volvía para irse-. A algunas personas no les importa respirar aire polucionado, ni tener que preocuparse por la seguridad de sus niños cuando salen a la calle, ni tener que tratar con personas de las que no se fían, ni saber que si desaparecieran de pronto de la faz de la tierra pasarían meses hasta que alguien se enterara.

Franklin se volvió de nuevo hacia ella.

-Tiene una forma muy peculiar de negociar, señorita Devonworth.

-No me dedico a negociar. Soy una periodista. Y he vivido en Newport Falls toda mi vida. Tiene todo. Montañas, agua, aire limpio, vecinos agradables, una auténtica y anticuada calle mayor...

Katie siguió hablando largo rato. Cuando terminó tuvo que beber un vaso de agua. Franklin la miraba, sonriente.-Ha sido todo un monólogo. —Me temo que me dejo llevar. -Hoy en día no es fácil encontrar gente capaz de seguir apasionándose por el lugar en que vive.

La orquesta cambió de pieza. Jack seguía en la pista de baile, pero ya no estaba con Eva. Una bella rubia había ocupado el lugar de esta. Franklin movió la cabeza y sonrió.

-Mira tu pareja. Ya está haciendo de las suyas, como de costumbre.

Katie sintió una inmediata punzada de celos. —No es mi pareja — dijo rápidamente. -Ah, ¿no? —Es un viejo amigo.

En aquel momento, Jack y su pareja se volvieron y miraron hacia

ellos. La mujer les hizo un guiño. Franklin ofreció su mano a Katie. —Creo que quieren que nos reunamos con ellos. -No -dijo Katie-. No hace falta. -Vamos. No puedo bailar solo. Franklin llevó a Katie hasta la pista de baile, donde Jack y la otra mujer hablaban animadamente. Katie se reprendió por sus celos. Sabía lo que había, y si no era capaz de asumirlo, más le valía quitarse de en medio.

-¿Te importa? -dijo Jack en cuanto se acercaron a ellos, y se apartó de la rubia para pasar un brazo tras la cintura de Katie.

Franklin besó a la otra mujer. -Te presento a mi esposa, Katie. Eloise. Eloise, ésta es Katie Devonworth. Quiere que todo el mundo sepa que ella y Jack son simplemente amigos.

Mientras Franklin y su esposa se ponían a bailar, Jack miró a Katie con expresión interrogante.

-¿Qué ha querido decir con eso? -preguntó a la vez que empezaban a girar al son de la música.

-Nada -dijo Katie, y Jack la atrajo hasta que sus labios estuvieron a punto de tocarse-. Franklin creía que salíamos juntos.

-Y no querías que lo creyera porque... ¿estás interesada en él?

Katie hizo lo posible por concentrarse en el movimiento de sus pies para no tropezar.

-Siento informarte de que él y Eloise son muy felices juntos -añadió Jack.

—No estoy interesada en él. Simplemente no quería que se equivocara respecto a nosotros.

-Pensaba que eras tú la que me había besado hacía un rato. Creía que eras tú la que, hace menos de veinticuatro horas, me había seducido con un camisón transparente -murmuró mientras apoyaba la mejilla en la sien de Katie—. ¿Has conseguido convencerlo para que ponga su fábrica en Newport Falls?

Katie tragó con esfuerzo.

-Lo he intentado, pero me temo que no he conseguido nada. Franklin ya tiene tomada su decisión.

-Si alguien puede hacerle cambiar de opinión eres tú.

Katie sonrió.

-¿Con quién más quieres que hable esta noche?

-Conmigo -Jack rozó con los labios la frente de Katie y ella sintió un agradable cosquilleo por todo el cuerpo.

-¿Y el resto de tu junta directiva?

-Yo me ocuparé de ellos.

-¿No he venido yo para eso?

-No. Has venido porque quería que hablaras con Franklin Bell.

-No comprendo.

-Sé cómo funciona Franklin. Si piensa que alguien intenta imponerle un trato lo rechaza de inmediato. Yo ya le he hablado de Newport Falls, pero convenía que le hablara alguien que ame sinceramente ese lugar. Franklin es un hombre listo y sabe cuándo alguien trata de camelarlo .A Katie le impresionó que Jack estuviera lo suficientemente preocupado por el asunto como para haberse molestado en organizar aquel encuentro. Ella le había pedido dinero para el periódico y él parecía querer ayudar a salvar toda la comunidad.

Bailaron unos momentos en silencio. Katie se olvidó de tratar de seguirlo. Se relajó contra él y dejó que la guiara por la pista de baile.

-¿Cuándo aprendiste a bailar? -preguntó Katie.

-¿No me enseñaste tú?

Katie recordaba haber practicado con él un poco antes del baile de fin de curso, pero sólo fueron un par de bailes. Ella no sabía bailar bien, pero Jack estaba haciendo que le resultara fácil.

-Pero no así -contestó.

Jack la estrechó con más fuerza por la cintura.

-Quiero que sepas cuánto me alegra estar aquí contigo, Katie.

Ella dejó de bailar y lo miró. Y de pronto sintió la tentación de volver a besarlo.

-¿Y bien? -preguntó-. ¿Adonde vamos ahora?

Jack sonrió traviesamente.

-Es cierto. Tenemos algunos asuntos pendientes que resolver.

—Estaba pensando en cenar.

-Lo había olvidado. Tú comes.

-¿Qué quieres decir?

—La mayoría de mujeres que conozco no comen. Al menos, no admiten hacerlo.

-Gracias por el cumplido -bromeó Katie-. Eres demasiado amable.

Jack sonrió, la tomó de la mano y se encaminó con ella hacia la salida. Antes de salir, Katie tiró de su brazo para que se detuviera.

-Quiero darte las gracias de nuevo por lo que tratas de hacer, Jack. Significa más de lo que puedas imaginar para mí.

Él se llevó su mano a los labios para besarla.

—Quiero que seas feliz.

-Te... te lo agradezco -logró decir ella.

-Apenas he empezado a intentarlo. Vamos

Tras entrar en la limusina, Jack se dirigió a Ralph.

-Llevamos con nosotros a una mujer hambrienta, Ralph. Vamos a Fachette.

El restaurante estaba abarrotado. A pesar de que no tenían reserva, en cuanto el dueño reconoció a Jack fueron conducidos a una mesa.

Cuando Katie echó un vistazo al menú se quedó boquiabierta. Los precios eran astronómicos, cosa que no pareció inmutar a Jack, que pidió enseguida una botella de champán. Cuando les sirvieron las copas, alzó la suya para brindar.

-Por los viejos amigos.

-No hacía falta que me trajeras aquí. Cuando he dicho que tenía hambre... -Katie se encogió de hombros-. Me habría bastado con unas hamburguesas.

-Lo sé. Pero he pensado que te gustaría este lugar.

-No hay duda de que es muy elegante.

-¿Pero?

-Resulta un tanto... estirado.

Jack sonrió.

-¿Prefieres el restaurante de Newport Falls?

—Eso es como comparar las naranjas con las manzanas -Katie miró a su alrededor y se fijó en que todo el mundo parecía tenso y hablaba en voz baja. Nadie parecía estar divirtiéndose de verdad a cambio del precio que estaban pagando-. Me... me basta con poder charlar contigo. Me da igual dónde. O lo que comamos.

Cuando el camarero regresó, Jack dijo:

-Nos gustaría llevarnos nuestra comida.

-¿Llevársela? -repitió el camarero desdeñosamente.

Katie sonrió. ¿Qué se traería Jack entre manos?

Unos minutos después volvían al coche con las bolsas de la comida.

-He pensado en un lugar mejor al que ir.

-¿Dónde?

-Me gustaría enseñarte mi apartamento.

Katie se detuvo.

-¿Tu apartamento?

Jack asintió mientras abría la puerta de la limusina.

-El lugar en que vivo.

-¿Estás seguro de querer llevar allí a una de tus mujeres? -preguntó Katie en tono irónico.

-¿Es eso lo que quieres? -susurró él junto a su oído-. ¿Ser una de mis mujeres?

Se miraron y Katie sintió que Jack la estaba retando. Y ella nunca había rechazado un reto.

-Puede que por esta noche -dijo, y entró rápidamente en el coche.

Jack se sentó junto a ella.

-Vamos a casa, Ralph.

Unos minutos después se detenían ante una torre de apartamentos

acristalada que parecía llegar al cielo. Jack saludó al portero y pasaron al interior.

El vestíbulo parecía el de un gran hotel. Incluso había una cascada en uno de los laterales cuyo sonido los acompañó hasta los ascensores.

Katie se sentía cada vez más ansiosa. Había soñado en aquel momento muchas veces, pero nunca había pensado que estaría demasiado nerviosa como para reaccionar adecuadamente.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor comprobó que daban directamente al apartamento. A través de unos ventanales que llegaban del suelo al techo se veía la ciudad iluminada en todo su esplendor. Jack encendió una luz que iluminó una pared llena de cuadros. Todo en el interior parecía relucir, incluido el elegante mobiliario de cuero negro y cromo. Era un lugar precioso, pero más parecía un museo que una casa.

Jack dejó las bolsas en una mesa de cristal y apartó una silla para Katie. -¿Comemos?

Jack no había tenido intención de llevar allí a Katie. Cuanto más sencillas fueran las cosas, mejor. Katie no estaba interesada en una relación con él; al menos, no en la clase de relación que sí le interesaba a él. De manera que, cuanto menos se implicara, mejor. Pero no había podido contenerse. Quería poder estar con ella como antes. Quería que fueran amigos.

Pero mientras servía unas copas de champán comprendió que había cometido un error. Era como si la verdadera Katie se hubiera ido. Aquella Katie estaba callada y parecía casi tímida. En lugar de devorar su comida, la estaba comiendo casi con remilgo. Era evidente que se sentía incómoda allí.

-¿Cuántas habitaciones tienes? -preguntó Katie.

-Tres dormitorios, dos baños... este salón -Jack señaló a su alrededor-. La cocina y la biblioteca. Eso es todo.

-¿Cuál es tu parte favorita del apartamento?

-Apenas vengo por aquí, así que supongo que tendría que decir que el dormitorio. Es el lugar en que más actividad desarrollo -Jack no había pretendido expresarse de aquella manera. Sólo había querido decir que casi siempre llegaba tarde a su casa y se iba a primera hora de la mañana.

-Oh -Katie bajó la mirada.

-Me he expresado mal. Apenas... recibo a gente aquí.

-¿Por qué?

-Porque... no sé.

-¿Crees que supone un compromiso?

-¿Un compromiso?

-Es un detalle muy personal traer a una mujer a tu casa para compartirla con ella .Jack tomó un sorbo de champán. «Cambia de tema», se dijo. Pero, desafortunadamente, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

-Hablando de compromisos, ¿no mencionaste que Matt iba a volver pronto?

Katie se encogió de hombros.

-Eso fue lo último que oí.

-¿Y qué sientes al respecto?

-Yo... -Katie hizo una pausa-. No lo sé.

Jack vio el dolor que reflejó su mirada. A pesar de lo que hubiera dicho, era evidente que su ex marido le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Se levantó y fue hasta los ventanales.

-¿Jack?

Él se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. «Pregúntale si aún está enamorada de él», se dijo, pero no fue aquello lo que preguntó.

-Supongo que eso te alegrará. Tal vez aún podáis arreglar las cosas, ¿no?

-¿Qué?

Jack se volvió lentamente hacia Katie.

-Ya te había dicho que quiero que seas feliz, y lo he hecho en serio.

-En ese caso, deja de desearme que vuelva con Matt -Jack se habría sentido muy aliviado si Katie no hubiera parecido tan triste. Tras unos instantes de silencio, ella movió la cabeza y añadió-: ¿Pensaste alguna vez que las cosas podrían acabar así?

-¿Cómo?

—Yo pensaba que Matt, tú y yo seríamos amigos toda la vida. Sin embargo, apenas hablo actualmente con ninguno de los dos.

-Estás aquí conmigo.

-Es cierto, ¿pero habría vuelto a tener noticias tuyas si no hubiera venido a verte? No creo. Te habías olvidado de mí.

-¿Olvidarme de ti? -Jack no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía pensar Katie que había olvidado a la única mujer que había amado?

-Por mucho que me hubiera esforzado, jamás habría logrado olvidarte.

Katie rió, nerviosa.

-¿Y por qué ibas a haberte esforzado en olvidarme?

En aquel momento, Jack supo con certeza que Katie Devonworth no tenía idea de lo que sentía por ella. Nunca la había tenido.

-Quiero que sepas algo. ¿Recuerdas aquel día junto al arroyo, cuando me besaste?

Katie tragó saliva y asintió.

-Sí.

-Necesité hacer uso de toda mi voluntad para apartarme de ti. No ha pasado un sólo día desde entonces en que no haya pensado en ti.

Katie no podía creer lo que estaba oyendo. Aquello era un sueño. Tenía que serlo. Jack Reilly la había olvidado hacía tiempo.

Jack se arrodilló ante ella y apoyó ambas manos en sus mejillas.

-No ha pasado un solo día sin que me pregunte qué habría sucedido si me hubiera quedado -apartó un mechón de pelo de la frente de Katie-. ¿Sabes por qué me aparté de ti?

Katie negó con la cabeza.

—Porque sabía que no me bastaría con un beso. Te deseaba tanto que temí lo que pudiera pasar. Sabía que debía detenerme antes de que fuera demasiado tarde.

-¿Me deseabas?

Jack tomó una mano de Katie y se la llevó a los labios.

-Con todo mi corazón. Y tú, ¿aún me deseas?

Katie sentía que no podía respirar. El corazón le latía tan fuerte que le resultaba imposible hablar.

Jack la soltó. Era evidente que había interpretado su silencio como un indicio de rechazo. ¿Cómo podía dudar de que lo quisiera? Ella, que lo había amado desde el primer día que lo vio...

Cuando Jack fue a erguirse, lo sujetó por el brazo para impedírselo.

Katie fue consciente del momento en que él vio el deseo que reflejaba su rostro. Cuando Jack alzó de nuevo una mano hacia su mejilla, volvió el rostro para besársela. Entonces él acercó sus labios a los de ella.

No fue el beso de un aficionado, sino el de un hombre que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Jack deslizó las manos bajo su vestido para acariciarle los pechos. Sus besos se volvieron más intensos e íntimos mientras él tomaba sus pezones entre los dedos.

En determinado momento, Jack se apartó y la miró un momento a los ojos. Luego, como si fueran recién casados, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, en el que había unos ventanales tan grandes como los del salón.

-¿No deberíamos correr las cortinas? -preguntó Katie.

-Estamos muy altos. Nadie puede vernos.

Jack la dejó sentada sobre la cama, le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó con la habilidad de un hombre acostumbrado a desnudar a las mujeres. Era un vestido para llevar sin sujetador, de

manera que Katie quedó tumbada en la cama con tan sólo las braguitas.

Los ojos de Jack reflejaron la pasión que sentía mientras la miraba.

-Eres tan increíblemente bella... -se inclinó y besó uno de sus hombros desnudos antes de deslizar la lengua hasta uno de sus pechos. Sonrió al oír que ella gemía-. Quiero hacer que te sientas en la gloria.

Katie lo besó y exploró el interior de su boca con la lengua mientras él introducía una mano bajo sus braguitas y le hacía entreabrir las piernas para penetrarla lentamente con un dedo.

-Katie, mi amor... -murmuró.

No dejó de acariciarla con los dedos mientras seguía besándola. Pronto, su lengua ocupó el lugar de sus dedos y la acarició con ella como había hecho con estos. Jadeante, Katie lo atrajo hacia sí para ayudarle a quitarse la ropa.

En cuanto le fue posible tomó su poderoso sexo en la mano y movió esta lentamente hacia arriba y hacia abajo. Se tomó su tiempo para acariciarlo, disfrutando del placer que vio reflejado en sus ojos, hasta que no pudo resistir ni un segundo más el afán por sentirlo en su interior.

Jack la penetró profundamente, como si estuviera decidido a reclamarla suya como ningún hombre lo había hecho hasta entonces. Siguieron besándose con las lenguas unidas mientras sus cuerpos se movían atrás y adelante. Jack no se dejó llevar hasta que oyó que Katie dejaba escapar un prolongado gemido a la vez que se contraía poderosamente en torno a él. Se aferraron el uno al otro mientras sus cuerpos se estremecían al unísono, arrastrados por una incontrolable marejada de placer.

Después permanecieron abrazados, jadeantes y temblorosos. Katie había pensado que nada podría superar la vez anterior, pero estaba equivocada.

Nunca había experimentado emociones tan intensas. De hecho, había sido virgen hasta los veintitrés años. Sus amigas solían burlarse de ella por su falta de experiencia, pero ella siempre había esperado perder su virginidad con Jack.

Y cuando finalmente la perdió con Matt, el sexo le resultó forzado e incómodo. Casi incestuoso. Por algún motivo le pareció inadecuado tener una relación tan íntima con alguien con quien había crecido. Pero también conocía a Jack desde la infancia y sin embargo no había sentido nada parecido con él.

Con Jack, las cosas habían ido tal y como siempre las había soñado. Habían hecho realmente el amor. Sin embargo, sentía un inexplicable vacío en su corazón.

-¿Por qué estás tan callada? -murmuró él mientras la rodeaba con sus brazos.

-Estaba pensando.

-¿En qué?

-En ti, en mí. En nosotros.

-Trata de no pensar. Limítate a sentir.

Pero la mente de Katie no quería parar. Pensó en todas las mujeres que habían compartido aquella misma cama con Jack, en todas las mujeres que seguirían compartiéndola...

Jack deslizó una mano por su pierna, en torno a su cintura, hasta que sus dedos alcanzaron de nuevo uno de sus pezones.

-Voy a hacer que dejes de pensar de una vez -prometió.

Y Jack Reilly se ocupó de dejar bien claro que era un hombre de palabra. Porque, al menos durante aquella noche, Katie dejó de pensar y empezó a sentir.

Capítulo Nueve

Cuando Katie despertó se encontró sola en la cama. Oyó a Jack hablando por teléfono en la otra habitación. Sonrió al recordar la noche que acababan de pasar. Durante unas horas maravillosas Jack había vuelto a ser suyo.

Pero la noche había acabado. Jack ya se había ido, aunque sólo hubiera sido a la habitación contigua, y ella se iría muy pronto. No pudo evitar angustiarse ante aquella certeza.

Sin embargo, debería sentirse feliz. Después de todo, finalmente había logrado hacer realidad su sueño. Pero no podía evitarlo. No se sentía preparada para dejar a Jack.

Por mucho que una parte de ella deseara que sus sentimientos por él hubieran cambiado, o que Jack hubiera cambiado, sus sentimientos por él eran tan intensos como lo habían sido hacía años. Era su alma gemela, el hombre al que amaría durante el resto de su vida.

Pero nunca iba a ser suyo, de manera que, ¿por qué aferrarse a una vana esperanza? Hacerlo sólo serviría para estropear el recuerdo de aquella noche.

Recordó una vez más cómo reaccionó Jack después de la primera vez que hicieron el amor. No podría soportar que volviera a suceder.

Lo único que podía hacer era irse. De inmediato. Mientras aún pudiera hacerlo.

Salió de la cama y se puso las braguitas. Estaba a punto de ponerse el vestido cuando Jack entró en el dormitorio.

-Buenos días -vestía una bata blanca y llevaba el pelo revuelto, pero se había afeitado-. Estaba hablando con mi secretaria.

-Oh -Katie trató de no mirarlo mientras se cubría con el vestido.

Él se cruzó de brazos.

-¿Ya estás deseando irte?

Katie se encogió de hombros.

-Ya debería ponerme en marcha.

-De acuerdo -al ver que Katie no se movía, Jack añadió-: ¿Quieres que te preste una camiseta?

-Me da igual -dijo Katie tan despreocupadamente como pudo.

Jack abrió un cajón de la cómoda y le alcanzó una camiseta. Katie comprendió que estaba esperando a que la tomara, lo cual haría que se le cayera el vestido. Alargó una mano hacia él... y Jack la sujetó antes de que pudiera tomar la camiseta. Un segundo después la tenía tumbada sobre la cama.

Se inclinó hacia ella y comenzó a besarla en el cuello.

-He renegado de mi promesa.

-¿De qué promesa?

-De la de estar contigo una sola noche -dijo Jack a la vez que empezaba a acariciarle los pechos.

Katie sintió cómo respondía su cuerpo a pesar de las advertencias de su mente. «Márchate», se dijo, pero su cuerpo se había vuelto de gelatina.

-Esperaba que pudiéramos tomarnos el día libre para... conocernos mejor-murmuró Jack.

-Creía que eso ya lo habíamos hecho -dijo Katie mientras él le quitaba las braguitas y comenzaba a acariciar el punto más sensible de su anatomía.

-Me gustaría enseñarte la ciudad, llevarte al teatro y luego a cenar a algún sitio que te guste. Mañana podrás volver a tu querido Newport Falls.

Katie tenía la mente en blanco. No podía pensar. Sólo podía sentir. Y empezaba a sentirse en el paraíso.

-¿Cómo puedes hacer eso?

-¿Qué? -preguntó Jack sin dejar de acariciarla.

-Hablar mientras me tocas así -Katie contuvo el aliento cuando él la penetró con el dedo.

-¿Así? ¿O así? -Jack mantuvo el dedo dentro mientras la acariciaba haciendo círculos con el pulgar.

Sus labios se curvaron en una sonrisa muy sexy mientras se inclinaba hacia ella.

-Pareces un poco distraída, pero necesito que me contestes ya. De lo contrario tendré que ir a la oficina...

Katie lo besó antes de que pudiera terminar. Luego introdujo la mano bajo su bata y rodeó con los dedos su palpitante y duro sexo.

-¿Qué sucede? -murmuró al ver que Jack cerraba los ojos—. Tú también pareces un poco distraído.

Jack respondió colocándose sobre ella y penetrándola. Le sujetó los brazos contra la cama y comenzó a moverse atrás y adelante.

-Mírame -susurró.

Katie abrió los ojos. Resultó tremendamente íntimo, desinhibido y excitante mirarlo a los ojos mientras la penetraba con más y más fuerza. Finalmente no pudo contenerse más y alzó las caderas para sentirse aún más unida a él. Cuando llegó la liberación fue tan intensa que Katie habría jurado que la tierra se había movido.

Después, Jack la besó en la frente y se tumbó a su lado.

—Quédate, Katie —murmuró—. Deja que te enseñe la ciudad.

-Tendré que llamar al periódico.

Jack sonrió y se irguió.

-Fantástico. Voy a ducharme.

Mientras oía el sonido de la ducha, Katie se levantó y se puso la bata que se había quitado Jack. Luego llamó a Marcella por teléfono para decirle que iba a quedarse un día más. Tras colgar se acercó a una foto que había visto colgada en una de las paredes. Era una foto de Matt, Jack y ella. Matt estaba inclinado hacia delante, con el rostro apoyado en las manos, Jack miraba a un lado, como si estuviera deseando escaparse y ella tenía los brazos en torno a los hombros de ambos, pero su mirada estaba centrada en Jack.

-¿Recuerdas esa foto? -preguntó Jack. Había aparecido tras ella con una toalla en torno a la cintura.

-Claro -dijo Katie-. Nos la hicieron el día que empezamos quinto grado.

-Así es -replicó Jack-. ¿Por qué no te vas vistiendo? Tenemos que pasar por la oficina un momento. Luego seré todo tuyo.

Al parecer, el destino había decidido concederle un día más con él, y Katie decidió que debía aprovecharlo al máximo.

-Me he tomado la libertad de hacer que trajeran tus cosas del hotel -añadió Jack.

-¿Cuándo? -preguntó Katie, sorprendida.

-A primera hora de esta mañana, antes de que te despertaras -salió un momento y volvió enseguida con la bolsa de viaje de Katie-. Aquí tienes.

Ella se alegró de no tener que volver al hotel. No debía ser difícil acostumbrarse a ser tan bien tratada.

Sacó un vestido rojo, un jersey de cuello vuelto blanco y sus zapatos negros. Se había puesto aquel modelo en tantas ocasiones que ni siquiera se molestó en mirarse en el espejo al terminar. Posiblemente no ganaría un concurso de moda si se presentara así, pero aquello era lo mejor que podía hacer. Después de todo, nunca había sido una obsesa de la ropa.

Pero no pudo evitar sentirse un poco cohibida al ver a Jack con su caro traje de diseño hecho a medida y sus zapatos italianos.

-¿Qué sucede? -preguntó él media hora más tarde, mientras avanzaban por los pasillos de sus oficinas.

-Nada -dijo Katie.

Jack la llevó hasta la sala de espera. La recepcionista se irguió en su asiento al ver que se acercaban. La sonrisa que dedicó a su jefe cuando pasó junto a ella despertó en Katie una actitud absurdamente posesiva, pero se limitó a alisarse el vestido y a seguirlo.

La secretaria de Jack, una mujer de aspecto eficiente que debía tener unos cuarenta y cinco años, pareció sorprendida al ver a Katie.

-Recuerdas a Katie Devonworth, ¿verdad, Janice? -dijo Jack.

-Por supuesto. ¿Cómo está, señorita Devonworth?

-Bien. Me alegra volver a verla.

Janice los siguió al despacho.

-He cancelado todo como me has pedido, Jack, ¿pero qué piensas hacer respecto al cóctel de esta noche?

Jack se detuvo y miró a Katie.

-Lo había olvidado.

-Si tienes que ir, lo comprendo -dijo Katie.

Jack se volvió hacia Janice.

-¿Va a asistir Howard Berman?

-Se supone que sí.

-¿Howard Berman el de los grandes almacenes Berman? -preguntó Katie.

Jack asintió.

-Llama para ponerles al tanto de que voy a ir con una invitada.

-Enseguida me ocupo -Janice miró a Katie una vez más antes de irse.

-¿Qué te apetece comer? -preguntó Jack-. Hay un restaurante francés en...

-Una hamburguesa con queso -dijo Katie-. Tengo tanta hambre que me comería un caballo.

Jack sonrió.

-Yo también. Ya sé dónde llevarte Una hora después estaban en el centro, comiendo las mejores hamburguesas que Katie había saboreado en su vida. El restaurante era grande y ruidoso, exactamente como le gustaba. Cuando se fueron, Jack la tomó de la mano. Hacía un soleado día de invierno y fueron caminando hasta la Quinta Avenida, donde se dedicaron a admirar los escaparates.

-¿Quieres entrar? -preguntó Jack mientras miraban el de Saks.

-No, gracias. Se me da mucho mejor mirar los escaparates.

Katie empezó a caminar de nuevo pero Jack la hizo detenerse.

-No te gusta Nueva York, ¿verdad? -Claro que me gusta. No sé sí me gustaría vivir aquí, pero es divertido venir de vez en cuando. Jack la tomó de la mano y se inclinó hacia ella. -Piensa en cuánto podrías divertirte si vivieras aquí —murmuró con voz ronca.

-¿Divertirme? -dijo Katie. De manera que aquello era lo que ella significaba para Jack. Diversión-. Tengo responsabilidades en Newport Falls. Un montón de gente depende de mí. Nueva York es un gran lugar, pero tengo mi hogar en Newport Falls, por no mencionar mi trabajo...

-De acuerdo, de acuerdo. Nadie te está pidiendo que dejes Newport

Falls. Sólo quería decir que me alegra mucho que estés aquí conmigo.
Jack se quedó un momento mirándola, como tratando de entenderla. Luego miró su reloj.

-Ya casi va siendo hora de que vayamos a ese estirado cóctel.

-Si es tan estirado, ¿por qué vamos?

-Creo que ya sabes por qué vamos. Newport Falls necesita unos nuevos grandes almacenes y tu periódico necesita anunciantes.

-¿Y crees que Berman tiene intención de expandir su negocio?

-Espero que lo convenzas de ello.

Aunque la fe de Jack en ella resultara halagadora, Katie se preguntó cómo iba a convencer al dueño de una de las cadenas de grandes almacenes más grandes del país para que abriera uno en Newport Falls.

Pero mientras se dirigían hacia la reunión en la limusina Jack la calmó aconsejándole que se limitara a ser natural y a hablar de Newport Falls todo lo posible.

El cóctel se celebraba en el Plaza. Mientras Jack saludaba a sus conocidos, Katie permaneció en un discreto segundo plano, pero cuando la presentó le siguió la corriente y se dedicó a hablar con la gente en que parecía más interesado. Cuando Jack se fue a por unas bebidas, una atractiva morena se acercó a hablar con ella.

-Tú debes ser Katie Devonworth -dijo a la vez que le ofrecía la mano.

—Sí —asintió ella mientras se la estrechaba, sorprendida de que supiera ya quién era.

-Soy Susan Miller, de inversiones Yacobi. Jack y yo nos conocemos hace tiempo. Me ha hablado de tu periódico.

-Me alegra saberlo -dijo Katie. ¿Sería Susan una potencial inversora?

-Siento oír que las cosas no van bien. ¿Piensas trasladarte a Nueva York cuando el negocio se venga abajo?

Katie se sintió como si la hubieran abofeteado.

-Mi periódico no se va a venir abajo.

-Oh. Creía que Jack había dicho... Pero da igual. De manera que vas a quedarte en Newport Springs, ¿no?

-Newport Falls.

-Newport Falls -repitió la morena, pensativa-. Mis padres tienen una casa de campo en Vermont. Sé que hemos pasado un millón de veces por la salida de Newport Falls, pero no sé exactamente dónde está. Katie miró a su alrededor en busca de Jack. ¿Dónde estaba? ¿Y qué le había dicho a aquella mujer para hacerle pensar que su periódico estaba a punto de cerrar?

-En cualquier caso -continuó Susan-, seguro que no estás especialmente contenta con Jack. Yo misma he tratado de convencerlo, pero no he tenido ningún éxito. Puede que tú tengas más suerte.

Katie sintió que alguien la rozaba. Era Jack.

—Veo que ya has conocido a Susan.

Susan se inclinó hacia él para besarlo en la mejilla. Luego señaló a Katie.

—Tienes una amiga encantadora.

-Gracias, Susan -Jack parecía divertido, como si fuera consciente de que Susan se traía algún juego entre manos-. Si nos disculpas, quiero presentar a mi amiga al señor Berman.

Jack se llevó a Katie para presentarla a un hombre pequeño y fuerte. Unos momentos después estaban hablando de Newport Falls. Katie le siguió la corriente y comenzó a explicar por qué opinaba que podía resultar beneficioso invertir allí.

Notó que Jack la miraba en varias ocasiones y le guiñaba un ojo para que siguiera. Pero el señor Berman no parecía impresionado. De hecho, ni siquiera parecía estar escuchando. Katie vio que miraba por encima del hombro en más de una ocasión, como esperando que alguien fuera a rescatarlo. Al final, tuvo la sensación de que sus esfuerzos no habían servido para nada.

Después de la fiesta fueron a recoger sus abrigos al guardarropa. Jack estaba ayudando a Katie a ponerse el suyo cuando la rodeó con un brazo por la cintura y la besó en el cuello.

-¿Adonde te gustaría ir ahora?

Katie se encogió de hombros.

-Berman no estaba interesado, ¿verdad?

-Puede que no, pero él no es la única posibilidad.

-Aprecio lo que estás haciendo por mí y por el pueblo, Jack, pero creo que aquí estoy fuera de mi elemento. No sé nada sobre cómo atraer inversores...

-Pero yo sí. Y te estoy ayudando -Jack sostuvo la puerta abierta para ella.

-Sólo soy una periodista. Eso es lo único que sé hacer.

-No te infravalores. Podrías hacer un montón de cosas más, y las harás si es necesario.

—Quieres decir si The Falls se hunde.

Jack la tomó de la mano y se la estrechó cariñosamente.

-Nosotros vamos a ocuparnos de que eso no suceda.

-No es eso lo que parece pensar Susan Miller.

-Me sorprende que sepa algo al respecto.

-Según ella, fuiste tú el que le habló sobre el asunto.
Jack miró a Katie a los ojos.
-Nunca se me ocurriría hablar con ella de tu periódico, ni de ninguna otra cosa. Apenas la conozco.
-Pues ella parecía conocerme a mí.
-Es amiga de Franklin. Puede que él le haya dicho algo sobre ti, pero no creo que sepa nada -Jack se detuvo y rodeó a Katie con sus brazos-. Pero no es eso lo que te preocupa, ¿verdad?
Katie dudó.
-Supongo que... que me siento un poco extraña respecto a todo esto. Respecto a nosotros.
-Oh -la boca de Jack se tensó mientras la soltaba y seguían caminando-. Lo último que quiero es que te sientas incómoda. Pensaba que querías lo de anoche...
-Y así era.
—Entonces, ¿cuál es el problema? —Jack volvió a detenerse, pero en aquella ocasión se metió las manos en los bolsillos.
El problema era que Katie quería más. Una declaración de amor incondicional. La promesa de Jack de que no volvería a tocar a otra mujer, de que nunca se sentiría ni siquiera tentado.
Pero aquello era ridículo. Porque en realidad eran dos viejos amigos que hacía años que no se veían y que habían compartido una noche de pasión.
Y si no tenía cuidado iba a ser la última. Bajó la mirada.
-Ninguno, en realidad -dijo-. Creo que la parte del sexo me tiene un poco confundida. No suelo acostarme a menudo con mis... amigos.
-¿Y con tus asociados en los negocios?
Katie sabía que Jack estaba bromeando, pero a ella no le hizo gracia.
-¿Te has acostado alguna vez con Susan? -preguntó.
Jack pareció desconcertado.
-¿Con Susan? No. ¿Qué te ha hecho pensar eso?
-Ha dicho algunas cosas raras, como si estuviera segura de que yo no estaba contenta contigo.
-¿Y lo estás?
Sí, quiso decir Katie. ¿Pero qué mujer no lo habría estado? Jack era amable, listo, sexy...
Pero no era suyo.
-Por supuesto. Estás siendo muy amable conmigo.
-¿Eso es todo?
Katie notó que Jack parecía casi desesperado por escuchar la verdad. Pero ella sabía que si le dijera la verdad saldría corriendo en

dirección opuesta, y aún no estaba lista para despedirse de él.

-Somos amigos -dijo.

«Amigos». Jack empezaba a despreciar aquella palabra. Sin embargo, Katie no dejaba de remacharla. Era evidente que sospechaba lo que sentía y estaba haciendo lo posible por recordarle que no correspondía a sus sentimientos.

Había esperado que la noche anterior hubiera servido para hacerle cambiar de opinión, pero no había sido así. Él sabía que la vieja Katie nunca habría separado el sexo del amor. Pero la vida la había endurecido y parecía más que dispuesta a establecer aquella separación.

-¿Qué sucede? -preguntó Katie-. ¿He dicho algo malo?

«No», pensó Jack. No era lo que había dicho lo que le preocupaba. Era lo que sentía.

-Vámonos -dijo, y se encaminó hacia donde los aguardaba Ralph con el coche.

Katie se sentó muy arrimada a la ventana, como si temiera que Jack fuera a abrazarla y a confesarle su amor. El permaneció en su lado con los brazos cruzados. Afortunadamente fue rescatado por su móvil. Lo sacó y lo abrió.

-¿Jack? Soy Carol.

-Hola Carol -por el tono de su contable, Jack supo de inmediato que algo iba mal.

-¿Qué está pasando? Acaba de llamarme Howard Berman. Estaba tan excitado que he temido que fuera a darle un infarto. ¿Le has dicho que estabas interesado en comprarle su negocio?

Jack no le había dicho exactamente aquello. Le había sugerido que abriera unos nuevos grandes almacenes en Newport Falls, pero Howard le había dicho que estaba planeando retirarse. De manera que, aprovechando un momento en que Katie había ido al servicio, le había hecho una oferta un tanto imprecisa.

Normalmente no habría tenido ningún interés en unos grandes almacenes, ya que su empresa estaba especializada en alta tecnología, pero en aquel caso sí estaba interesado. Y era debido a Franklin Bell.

Jack había hablado con él aquella mañana. Franklin iba a replantearse la posibilidad de abrir su fábrica en Newport Falls, pero aún no estaba convencido. Al parecer, pensaba que iba a tener dificultades para convencer a sus empleados de que se trasladaran a un pueblo en plena decadencia cuyos grandes almacenes más cercanos se hallaban a más de una hora de distancia en coche.

Y allí era donde encajaba Berman.

Pero Jack no le explicó nada de aquello a Carol.

-Si no hay otro modo de conseguirlo -dijo a la vez que miraba a Katie, que había sacado su móvil y estaba comprobando sus mensajes.

-¿Y cómo planeas financiarlo? -preguntó Carol, desconcertada-. Ya está todo organizado para tu marcha a Europa.

-Tendremos que lograr que funcione de algún modo.

-No puedo hacer milagros.

Jack volvió a mirar a Katie, que ya había guardado su teléfono.

-Si alguien puede hacerlo, eres tú.

-Berman quiere reunirse contigo mañana al mediodía. Quiere una oferta por escrito.

-En ese caso habrá que darle una -dijo Jack antes de colgar.

-¿Algún problema en la oficina? -preguntó Katie.

-En realidad no.

-Si tienes que volver allí lo entiendo. Has pasado mucho tiempo conmigo hoy. Espero que no haya supuesto ningún problema.

Jack pensó que le estaba hablando como un colega, no como una mujer con la que hacía unas horas había estado haciendo el amor.

Tal vez Katie quería olvidar la noche anterior. Tal vez quería empezar de nuevo. Pero él no iba a permitirle aquello.

Se arrimó a ella en el coche y la besó delicadamente en el cuello. El deseó nubló su mente. Nada le habría gustado más en aquellos momentos que tomarla allí mismo, en el asiento trasero de la limusina.

Pero el coche se detuvo en aquel momento ante el edificio en que se encontraba su apartamento.

-Gracias, Ralph -Jack soltó a Katie y tomó su maletín—. Buenas noches —dijo antes de salir.

En cuanto entraron, Jack soltó su maletín en el suelo, rodeó a Katie con sus brazos y, sin decir nada, empezó a besarla a la vez que le desabrochaba la blusa.

Después la llevó de espaldas hasta el sofá y la hizo tumbarse en él.

Katie no pudo evitar pensar que Jack era un hombre que sabía conseguir lo que quería y que, probablemente, muchas mujeres habrían experimentado su habilidad para la seducción.

Pero le daba lo mismo, se dijo. Jack Reilly le pertenecía una noche más, y en aquellos momentos eso era lo único que le importaba.

Sin molestarse en quitarle la blusa, Jack se la subió por encima de los pechos y le soltó el sujetador. Luego se inclinó hacia ella y tomó unos de sus pezones en la boca. Katie sintió que su cuerpo se derretía mientras su mente se quedaba en blanco. Acarició el pelo de Jack mientras el descendía poco a poco hacia sus piernas. Le subió la falda y deslizó la lengua por sus medias hasta alcanzar la zona alta e

interior de sus muslos mientras con una mano le quitaba los zapatos.

Katie no podía moverse. El deseo que empezaba a sentir era tan intenso que casi resultaba insoportable.

Jack se tomó un momento para quitarse la chaqueta y la corbata. Luego le quitó la falda y las medias de un solo movimiento, y a continuación se libró de su blusa.

Entonces la miró y sonrió.

-Eres tan preciosa.

Katie permaneció tumbada en el sofá, totalmente desnuda ante él. Mientras Jack se inclinaba para besarla, ella deslizó una mano por la parte delantera de sus pantalones y palpó su excitado y tenso sexo. Se arqueó hacia él, anhelante.

-Te siento -susurró-. Me deseas...

-Aún no -Jack apartó con delicadeza la mano de Katie y se inclinó para besarle los pechos a la vez que le hacía separar las piernas-. ¿Qué sientes? -preguntó cuando entreabrió con dos dedos los labios de su sexo y comenzó a acariciarla en el centro.

Katie clavó las uñas en el respaldo del sofá y dejó escapar un dulce gemido de placer a la vez que cerraba los ojos.

-Haces que me sienta... maravillosamente -murmuró, jadeante.

Jack descendió hasta situar el rostro entre sus piernas y la penetró con su lengua para luego deslizaría con fuerza sobre su excitado clítoris. Hizo aquello una y otra vez, hasta que Katie le rogó que la tomara.

Cuando Jack la penetró, ella sintió que su cuerpo estallaba. Ya no era Katie, la chica mojigata de Newport Falls. La princesa de hielo se había derretido.

Jack comenzó a moverse dentro de ella sin dejar de mirarla, interpretando como un experto seductor los momentos en que debía moverse más rápido o más despacio.

-Dime cuándo -murmuró al sentir que su cuerpo se tensaba de modo incontrolable. El momento de la liberación era inminente.

-Ahora, ahora... -gimió Katie.

El cuerpo de Jack se estremeció poderosamente y ella sintió su cálida semilla derramándose en su interior a la vez que un indescriptible placer recorría cada célula de su cuerpo.

Después permanecieron abrazados, jadeantes, incapaces de moverse.

Finalmente, Jack se irguió sobre uno de sus brazos para mirar a Katie.

-Aún tiene la ropa puesta -murmuró ella con voz ronca.

Él bajó la mirada y sonrió.

-Tienes razón. Supongo que me he distraído -se sentó en el sofá y se pasó una mano por el pelo-. ¿Quieres que te traiga algo de comer o beber?

-Si me traes una bata te lo agradecería -Katie estaba deseando taparse. Sin Jack encima de ella se sentía muy vulnerable y expuesta.

Jack le llevó la misma bata que se había puesto aquella mañana. Se sentó junto a ella y la besó en los hombros antes de ayudarla a ponérsela.

-¿Has pensado alguna vez en lo que habría pasado entre nosotros si no te hubieras ido aquel día en el arroyo? -preguntó Katie de repente.

Jack dejó de sonreír y ella lamentó una vez más haber sacado a relucir el pasado.

-Trato de no hacerlo.

«Por supuesto», pensó Katie, decepcionada. A continuación se levantó y fue hasta uno de los ventanales.

-¿Qué sucede? -preguntó Jack-. ¿Qué he hecho?

Katie se volvió a él y sintió la certeza de los sentimientos que la habían perseguido durante casi toda su vida. Amaba a Jack y sólo a Jack. Y siempre lo amaría.

Jack permaneció despierto largo rato después de que Katie se hubiera dormido.

El regreso de Katie a su vida había supuesto una sorpresa para sus planes. Iba camino de convertirse en uno de los hombres de negocios más poderosos del mundo, pero aquel hecho carecía de importancia comparado con sus sentimientos por Katie. Lo habría cambiado todo por poder estar con ella.

Sin embargo, parecía evidente que ella no compartía sus sentimientos. Pero debía decirle la verdad. Ella era la única mujer que amaba y la única que amaría a lo largo de su vida.

Katie debía saber que, a pesar de todo, él seguiría haciendo todo lo posible para conseguir que fuera feliz.

¿Y si ella no lo quería? ¿Y si no sentía lo mismo? ¿Y si pensaba que nunca podría llegar a sentirlo?

Aquel era un riesgo que no le quedaba más remedio que correr.

Jack debió quedarse finalmente dormido, porque cuando abrió los ojos la luz entraba a raudales por la ventana. Sonrió y alargó una mano hacia Katie.

Pero no estaba a su lado.

-¿Katie?

No hubo respuesta.

Jack apartó las sábanas y salió de la cama.

-¿Katie? -volvió a llamar.

Sobre la cómoda había una nota.

Jack, he pensado que sería mejor evitar una despedida incómoda. Gracias de nuevo por tu ayuda. Un beso, Katie.

Jack experimentó una intensa decepción que dio rápidamente paso a un enfado aún más intenso. ¿Aquella era la forma de despedirse de Katie?

¡Ni hablar! Acababa de recuperarla y no pensaba permitir que se despidiera de él de aquel modo. Si aquello tenía que terminar, quería que se lo dijera en persona.

Entró en el baño decidido a salir para Newport Falls en cuanto se hubiera duchado y vestido.

Capítulo Diez

El sol había salido hacía dos horas cuando el tren de Katie llegó a Newport Falls. Mientras salía de la estación, los recuerdos de la noche anterior regresaron a su mente en avalancha.

No había pretendido que las cosas acabaran así, pero al despertar aquella madrugada a su lado había experimentado por él un amor tan puro y real que supo que nada podría compararse a aquel sentimiento.

Lo único que le quedaba por hacer era irse. De inmediato. Mientras aún pudiera hacerlo.

Apoyó la mejilla contra el cristal del taxi y contempló el mundo mientras pasaba ante sus ojos. Una ligera capa de nieve cubría los campos y los árboles. Todo parecía en calma.

El taxi no tuvo dificultades para entrar en el sendero que llevaba a su casa, algo que agradeció, pues no le habría apetecido nada tener que subirlo con la bolsa a cuestas.

Pagó al taxista, subió las escaleras y abrió la puerta. En cuanto entró y encendió la luz sintió que no estaba sola.

Asustada, dio un paso atrás. Pero no fue lo suficientemente rápida. La puerta se cerró de golpe.

-¿Dónde has estado?

Matt estaba a su lado.

Katie dejó caer la bolsa.

-Me has asustado -hacía dos años que no veía a su ex marido. Había cambiado a lo largo de aquel tiempo. A pesar de su piel bronceada, no tenía buen aspecto. Estaba más delgado que nunca y llevaba el pelo largo y revuelto. Vestía unos vaqueros y una camisa de franela que había pertenecido al padre de Katie.

-¿Qué haces aquí? -preguntó ella, demasiado sorprendida como para darle la bienvenida.

-¿Dónde has estado? -repitió Matt.

—En Nueva York. Responde a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

-Llegué anoche.

—Y según veo decidiste venir aquí.

-Por supuesto.

-No he visto tu coche.

-Está en el garaje. Como siempre.

Katie lo miró sin ocultar su asombro. Hacía dos años que Matt se había ido. Estaban divorciados.

-¿Qué hacías en Nueva York? -preguntó él.

Aquello era muy extraño. Matt se estaba comportando como si su

relación hubiera sufrido un mero contratiempo, como si se hubiera ido hacía dos días.

-Tenía una reunión de negocios.

Matt se cruzó de brazos.

-¿Qué clase de reunión?

Por su actitud, Katie comprendió que sabía exactamente dónde y con quién había estado.

-¿Qué quieres, Matt?

Al oís su tono, la expresión de Matt se volvió más relajada. Se inclinó para besarla en la mejilla.

-Me alegra volver a verte, Katie -trató de tomarla de la mano, pero ella la retiró-. Relájate. No he venido a someterte a un interrogatorio. Sólo he pasado a saludar.

-Y como no estaba has decidido entrar en mi casa, ¿no?

-También era mi casa.

-Hace años que esta no es tu casa. Deberías haber llamado.

-Lo hice, y como no respondías me preocupé. He venido para ver cómo estabas.

—Me las he arreglado perfectamente estos dos años.

-Al menos a uno de los dos le ha ido bien -dijo Matt mientras se encaminaba hacia el cuarto de estar.

Katie tuvo la sensación de estar viendo cómo se desinflaba un globo. La chulesca actitud de Matt se esfumó con la admisión de su derrota. No pudo evitar sentir lástima por él.

Cuando lo siguió al cuarto de estar lo vio sentado con la cabeza entre las manos.

-Podemos hablar más tarde -dijo, cruzándose de brazos—. Ahora tienes que irte. Tengo que prepararme para ir a trabajar.

Matt miró el fuego que había encendido.

-¿Cómo está? -preguntó.

Katie supo de inmediato que se estaba refiriendo a Jack. Estaba segura de que todo el pueblo sabía con exactitud dónde había pasado aquellos dos días. A pesar de todo, una pregunta directa merecía una respuesta directa.

-Está muy bien.

Matt asintió.

-Siempre supe que antes o después sucedería . esto.

-¿A qué te refieres?

-¿Tú qué crees?

De pronto, Katie vio a Matt junto al arroyo, muchos años antes. «Sé que lo amas», dijo. «Lo sé hace mucho. Todo el mundo lo sabe».

-Va a prestarme dinero -dijo.

Matt rió sin ganas.

—Oh, comprendo. Es sólo cuestión de negocios.

-Más o menos.

Matt asintió lentamente.

-He oído que The Falls pasa por serios problemas financieros.

-Todo Newport Falls tiene problemas -replicó Katie a la defensiva.

-¿Y cuánto dinero va a darte Jack? ¿Un millón? ¿Dos millones?

-Eso no es asunto tuyo.

-No va a invertir nada, ¿verdad?

—Creo que deberías irte, Matt.

-Por si no estás al tanto, en cualquier junta directiva todos los miembros deben estar de acuerdo para llevar a cabo cualquier inversión. Y la inversión debe ser lucrativa. La junta directiva de Jack jamás aprobaría que se invirtiera en un periódico como The Falls.

—Eso no es cierto —dijo Katie, que no pudo evitar pensar en lo que le había dicho Susan Miller.

-Ninguna empresa habría aprobado una inversión en tu periódico. Por eso acudiste a Jack. Todo el pueblo lo sabe, Katie.

-Jack se ha ofrecido a ayudarme...

-Eso es basura, Katie. Lo único que quería era engatusarte. ¿Volaste a Nueva York en su avión privado? Le gusta llevar a sus mujeres en él.

-Ya es suficiente, Matt -advirtió Katie.

Pero él hizo caso omiso.

-Ha estado jugando contigo para vengarse de mí. Siempre tuvo celos de mí; siempre quiso lo que yo tenía. Nunca mostró ningún interés por ti hasta que te pedí que te casaras conmigo. Esa fue la única vez que...

-¡No tienes derecho a venir aquí haciendo acusaciones de nada! Te fuiste con otra mujer hace dos años.

-Me halaga saber que lo notaste.

— ¡Eras mi marido!

-Por lo menos en apariencia. Ambos sabemos que nunca me quisiste.

—Te equivocas, Matt. Te quería mucho.

-Pero no podía compararse con lo que sentías por Jack, ¿verdad? Con lo que aún sientes -añadió Matt tras una pausa.

Katie permaneció un momento en silencio.

-¿Por qué has venido? -preguntó finalmente.

-Necesitaba verte. Para evitar que cometas una grave equivocación.

-¿Una equivocación?

-Jack no puede darte lo que quieres.

Katie suspiró y su expresión se suavizó.

-Ambos sabemos que todo ha acabado entre nosotros. Y eso no tiene nada que ver con Jack. Nunca debimos casarnos.

-Tiene todo que ver con Jack. Tiene todo que ver con tu ridícula fantasía de compartir tu vida con él. No olvides que te dejó. Se fue. Fui yo el que permaneció a tu lado día tras día, hora tras hora.

«Pero también te fuiste», quiso recordarle Katie.

-Crees que esta vez las cosas son distintas, ¿verdad? -continuó Matt-. ¿Por qué? ¿Porque por fin os habéis acostado? -rió en tono sarcástico-. No terminas de captarlo, ¿verdad? Jack Reilly se acuesta con todo el mundo últimamente.

-No soy ninguna ingenua y no necesito que me protejas -espetó Katie.

-¿En serio? Entonces supongo que tampoco necesitarás mi hombro para llorar cuando Jack se vaya a Londres.

Katie se puso lívida. ¿Jack se iba?

-No lo sabías, ¿verdad? -dijo Matt a la vez que la tomaba por la muñeca. .

«Está mintiendo», se dijo Katie.

-Apareció ayer en el Wall Streel, Journal, -continuó Matt-. Reilly Investmenls va a abrir una sucursal en Londres dirigida personalmente por Jack.

Jack se iba... Jack se iba....

¿Pero qué más daba?, se dijo Katie. Había sabido desde el principio que su romance iba a ser muy breve. ¿No era ese el motivo por el que se había ido sin despedirse?

-Supongo que no va a quedarte más remedio que conformarte conmigo.-Todo ha acabado entre nosotros y estamos divorciados, Matt -Katie trató de liberar su muñeca de la mano de Matt, pero él la sujetó con más fuerza-. Suéltame. Me estás haciendo daño.

-Eres tan tonta... ¿Acaso no entiendes lo que te estoy diciendo?

-¡Suéltala!

Jack estaba en el umbral de la puerta. Ninguno lo había oído entrar.

Sorprendido, Matt soltó a Katie. Ella sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. ¿Qué hacía allí Jack?

—Qué perfecto —murmuró Matt—. El príncipe ha llegado en busca de Cenicienta. ¿Acaso se ha dejado un zapato en tu casa cuando se ha ido esta...?

No pudo terminar la frase porque el impacto del puño de Jack contra su nariz se lo impidió. Aterrizó sentado en el suelo.

-Mantén las manos alejadas de ella -murmuró amenazadoramente jack.

-¡Es mi esposa!

-Ya no -Jack tomó a Matt por las solapas para alzarlo-. ¿Cómo pudiste comportarte así con ella? Me prometiste que la cuidarías... y en lugar de ello le hiciste sufrir.

-No más que tú -Matt trató de devolverle el golpe, pero Jack le sujetó el brazo.

-¡Basta, por favor! -exclamó Katie. Se sentía como si estuviera teniendo una pesadilla. Matt y Jack juntos... peleando.

Jack dudó un momento y luego soltó el brazo de Matt.

-¿Qué haces aquí, Jack? -preguntó Katie.

-Te has ido sin que... sin que pudiera decirte lo que siento.

-Ya sabemos lo que sientes -dijo Matt en tono despectivo, pero se encogió cuando

Jack se volvió hacia él.

-Creo que deberías irte, Matt -dijo Katie.

-Puede oír lo que tengo que decir -dijo Jack-. Ya lo ha oído antes -dijo un paso hacia Katie y se detuvo-. Te quiero Katie. Siempre te he querido.

Katie no estaba segura de haber oído bien. ¿Jack la amaba?

-¿No es cierto, Matt? -preguntó Jack.

Matt rió.

-Sí. La querías tanto que la dejaste a la primera oportunidad que tuviste. La querías tanto que no volviste nunca, ni siquiera durante las vacaciones de verano. La querías tanto que aceptaste irte a Europa justo después de que su padre muriera... Tienes razón, Jack. Supongo que nada ha cambiado.

-Basta, Matt -dijo Katie con suavidad a la vez que abría la puerta-. Vete, por favor.

Matt fue hasta la puerta, pero se detuvo antes de salir.

-Felicidades, Jack. Supongo que has ganado. Pero en realidad nunca hubo mucha competición, ¿verdad? -miró a Katie-. Me voy, pero recuerda que a veces el amor no es suficiente —se encogió de hombros-. Después de todo, yo lo sé mejor que nadie.

Katie cerró la puerta en cuanto salió.

-Lo siento -dijo Jack -. Siento que hayas tenido que pasar por esto -dio un paso hacia ella pero Katie se apartó porque sabía que si dejaba que la tocara estaría perdida y necesitaba pensar-. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

-Siento haberme ido como lo he hecho esta mañana. No me gustan las despedidas.

-No tenemos por qué despedirnos.

Katie pensó en lo que había dicho Matt. ¿Iba a trasladarse Jack a Europa?

Él se acercó y apoyó una mano bajo su barbilla. Cuando lo miró a los ojos, todas las dudas de Katie se esfumaron. ¿Qué más daba? Jack la amaba. La amaba. Pero por mucho que se lo repitiera no lograba creerlo. Apartó la mirada. No quería admitirlo, pero tenía que estar de acuerdo con Matt. Si Jack la hubiera amado como decía, ¿la habría dejado como lo hizo?

—Mírame, Katie —dijo él—. Mírame y dime que estás dispuesta a decirme adiós -acarició el brazo de Katie con delicadeza-. No deberías haberte ido -añadió con suavidad.

-He pensado que no supondría ninguna diferencia. A fin de cuentas, iba a irme de todos modos esta mañana.

-Tal vez no.

-Tengo que ir a trabajar.

-Tienes que asistir a una reunión -dijo Jack a la vez que se inclinaba para besarla en el cuello-. Una reunión con un importante inversor.

Katie sintió que estaba a punto de desmayarse. Matt, Jack... Era demasiado. «Te quiero», había dicho Jack. «Te quiero»

Se apartó de él.

-No deberías haber venido, Jack. Sólo vas a conseguir prolongar lo inevitable.

-No tiene por qué ser así.

Katie sintió que su voluntad comenzaba a abandonarla. Si seguía allí acabaría quitándose la ropa para arrojarse en brazos de Matt.

-Tengo que irme -dijo.

Subió las escaleras rápidamente y entró en el baño, donde abrió la ducha. Pensó en lo que había dicho Matt respecto a la junta directiva de Jack. No podía creerlo. A fin de cuentas, Jack estaba haciendo todo lo posible por ayudarla. Si no hubiera podido, ya se lo habría dicho.

Y respecto a su traslado a Europa... Su corazón se encogió al pensar en aquello. ¿Pero por qué le sorprendía? Matt tenía razón. El amor no bastaba para retener a Jack en Newport Falls.

Salió de la ducha y se secó. Luego se envolvió en la toalla y se asomó al pasillo. Estaba desierto. Corrió a su habitación, y cerró la puerta a sus espaldas. Al darse la vuela se llevó un sobresalto. Jack estaba sentado en la cama, esperándola.

-¿Qué sucede? -preguntó él.

-Nada.

Jack alargó una mano hacia ella y un instante después Katie estaba

sentada a su lado.

-¿Qué ha pasado con Matt? ¿Qué te ha dicho?

-El problema no es Matt.

Jack suspiró y se puso en pie.

-Probablemente no debería haberte dicho lo que siento como lo he hecho. Pero... quería que lo supieras. Me ha parecido que no tenía sentido no decirte de una vez lo que debería haberte dicho hacía tiempo. Pero no tengo ninguna expectativa. Lo último que quiero es que te sientas presionada para corresponderme.

¿Para corresponderle?, se preguntó Katie, desconcertada. ¿Acaso no sabía Jack con quién estaba hablando? Su vida siempre había sido definida por él.

Les quedaba poco tiempo, como había sospechado. Pero, ¿y él periódico? ¿Tendría tiempo suficiente Jack para ayudarla con aquello?

-¿Crees que tu junta directiva apoyará una inversión en el periódico?

Jack apartó la mirada.

-No. Nunca lo he creído.

-¿Qué?

-Sabía que iba a ser muy difícil. Tendré que hacerte un préstamo personal.

—No puedo aceptar tu dinero —dijo Katie, tensa.

-Es el único modo de salvar el periódico.

-Pero no entiendo. Querías que conocieras a los miembros de tu junta...

-Necesitas algo más que un préstamo, Katie. Quería que conocieras a posibles inversores. Todo el pueblo necesita reactivar su economía para salir adelante.

Katie se levantó y se cruzó de brazos.

-No puedo aceptar que me des un millón de dólares.

-No te lo voy a dar. Es un préstamo. Recuperaré mi dinero con intereses.

-¿Y si no es así?

-Lo recuperaré.

-¿Y si sucede algo?

Jack se levantó y rodeó la cintura de Katie con sus brazos.

-En ese caso tendremos que renegociar -cuando trató de introducir una mano bajo la toalla, ella se la apartó de un manotazo-. Hemos hecho el amor, Katie. Eso no puedo olvidarlo -se encogió de hombros-. Las reglas han cambiado.

-Seguro que les dices eso a todas las chicas -Katie lamentó sus palabras en cuanto las dijo. Se estaba comportando como una

colegiala celosa en lugar de como una mujer madura que conociera las reglas.

-¿Es eso lo que te preocupa?

-No hay duda de que tienes cierta… reputación.

Jack movió la cabeza.

-Te aseguro que nunca he buscado esa reputación. Pero por mucho que lo he intentado, jamás he logrado enamorarme de otra mujer.

-¿Por qué?

-Porque ninguna era tú. Y daba igual quién compartiera mi cama. Tú ya tenías mi corazón. Aún lo tienes.

Katie sintió que se le desgarraba el corazón. No podía hacer aquello. No podía soportar aquella farsa por más tiempo. ¿Cómo podía decirle Jack aquellas cosas sabiendo que estaba a punto de irse?

-Tengo que ir a trabajar -se oyó decir-. Todo el mundo me está esperando.

-Has estado fuera un par de días. ¿Qué más da uno más?

-Necesito irme.

-De acuerdo -Jack apartó con delicadeza un mechón de pelo de la frente de Katie-. Lo cierto es que yo también tengo que ocuparme de algunos asuntos.

-¿En la ciudad?

-Sí. Si quieres que nos ciñamos a los negocios, de acuerdo. Pero estaré aquí esperándote cuando termine el día.

-Tengo planes.

-Cancélalos. Si no quieres verme por placer, hazlo por el pueblo que tanto amas. Tenemos que encontrar un lugar en el que Franklin pueda instalar su fábrica. Entretanto, vístete. Te llevo al trabajo.

Jack salió del dormitorio y cerró la puerta a sus espaldas. Katie se vistió tan rápido como pudo. Trató de reprimir su excitación al pensar que Jack iba volver allí por la tarde. ¿Pero qué más daba? A fin de cuentas sólo iba a servirle para sufrir más.

Jack condujo en silencio todo el trayecto, pero cuando llegaron al periódico dijo:

-Pasaré a recogerte a las seis -a continuación se inclinó y besó a Katie con tal pasión que ésta pensó que no olvidaría aquel beso durante el resto de su vida.

Cuando salió del coche sintió diez pares de ojos fijos en ella. Todos pertenecían a personas que trabajaban para ella. Les dedicó un saludo con la mano y subió las escaleras con tanta dignidad como pudo, consciente de que todos sabían que había pasado dos días con Jack.

Katie sintió un intenso alivio en cuanto entró en el viejo edificio del periódico. Allí estaba rodeada de su historia familiar. Su padre y su

abuelo habían pasado gran parte de sus vidas en aquel mismo edificio, y ella había heredado su sentido de la responsabilidad respecto al periódico y sus empleados. Mientras subía las escaleras que llevaban a su despacho en la segunda planta sintió que iba recuperando fuerzas. Aquel era su territorio. Allí se sentía a salvo.

Entró en su despacho, colgó su abrigo en el perchero, se sentó tras su querido escritorio de roble, encendió el ordenador y se conectó a Internet.

Jack aparecía en la página seis del Wall Slreel Journal, como había dicho Matt. Aparecía una foto de él junto a un breve artículo en el que se mencionaba su intención de trasladarse a Europa. El periódico citaba sus palabras. Es una oportunidad única en la vida. La culminación de un sueño.

Se iba en menos de dos semanas. A pesar de lo que hubiera dicho Jack, el resultado sería el mismo.

Katie comprendió que ni siquiera le habría hecho falta leer el artículo. Después de todo, si Jack la había amado siempre, ¿por qué no se lo había dicho?

-Hola -saludó Marcella desde el umbral-. Has vuelto.

Katie miró a su vieja amiga.

—¿Cómo estás?

-Lo importante es cómo estás tú -replicó Marcella-. Tienes un aspecto terrible. ¿Qué ha pasado? ¿Han ido mal las negociaciones?

-No. Vamos a conseguir el dinero.

-Entonces, ¿qué sucede? ¿Ha vuelto a rechazarnos Bell Computers ?

-Aún no hay nada definitivo pero, que yo sepa, aún siguen interesados.

-Es Matt, ¿verdad? Mi madre me ha dicho que lo ha visto en el pueblo. El muy rastrero... ¿Te ha estado dando la lata?

—Lo he visto, pero el problema no es Matt.

Marcella se dio una palmada en la cabeza.

-Es Jack, por supuesto.

Katie suspiro.

-Dice que me quiere.

Marcella permaneció un momento en silencio y se encogió de hombros.

-De acuerdo. El hombre al que has amado toda tu vida te ha dicho que te quiere. ¿Cuál es el problema?

Katie hizo girar su ordenador para que su amiga pudiera leer la página.

-¿Qué dice jack al respecto? -preguntó Marcella cuando terminó.

-Ni siquiera me lo ha mencionado.

—Habla con él. Puede que lo que dice el artículo no sea cierto. Tal vez no tenga intención de trasladarse.

—Yo sé que es cierto. Lo intuyo.

-Puede que Jack esté esperando al momento adecuado para decírtelo.

-¿Y cuál crees que será el momento apropiado?

-Tal vez quiere que vayas con él.

Katie negó con la cabeza.

-Jack sabe que nunca podría irme de Newport Falls. No podría dejar el periódico.

— ¿Por qué no? —Marcella se sentó en el borde del escritorio-. Tus padres nunca quisieron que tu vida se ciñera exclusivamente al periódico. Habrían querido algo más para ti.

-Aunque Jack me lo pidiera, no podría irme con él. Este es mi hogar. Es el lugar al que pertenezco.

Marcella suspiró.

De algún modo, Katie logró superar el día. A las cuatro y media recibió una llamada de la secretaria de Jack. Estaba nevando en Nueva York y su salida se había retrasado. Le había pedido que le dijera que lo esperara en casa o en el trabajo. Él iría a buscarla.

A Katie no le sorprendió que Jack hubiera volado de regreso a Nueva York. Se preguntó qué se sentiría utilizando un avión con la misma facilidad que otros utilizaban los taxis. Por unos instantes se permitió fantasear sobre la posibilidad de que Jack se trasladara a vivir a Newport Falls y fuera a trabajar en avión a la ciudad. Movió la cabeza. Al parecer, no podía evitar fantasear sobre un posible futuro juntos.

Cuando salió del edificio esperaba encontrarse con Marcella, que se había ofrecido a llevarla a casa. Pero el que la estaba esperando era Jack.

-Hola -saludó él, sonriente.

Katie sintió que su corazón se derretía al verlo.

-Hola -logró responder.

Jack le ofreció su mano y la condujo hasta el coche que había alquilado aquella mañana.

-He pensado que podíamos echar un vistazo a...

-¿El viejo almacén Hossmer? -concluyó Katie por él.

Jack sonrió.

-Exacto

En otra época, aquel almacén había sido muy importante para la economía del pueblo, pero hacía diez años que estaba en desuso.

Una vez en el interior del coche, Jack puso en marcha los

limpiaparabrisas.

— ¿Cómo te ha ido el día? —preguntó.

Había algo muy dulce en todo aquello, pensó Katie. Casi parecían una pareja casada hacía tiempo. Mientras avanzaban por la calle principal recordó que su madre y ella solían ir a veces a recoger a su padre al trabajo. Lo esperaban a los pies de la escalera, como había hecho Jack, y el rostro de su madre siempre parecía iluminarse cuando veía al hombre al que había amado toda su vida. Aún recordaba a sus padres caminando por la calle tomados del brazo y acaramelados como unos novios.

-Me ha ido bien -contestó escuetamente.

Jack la tomó de la mano, se la llevó a los labios y la besó antes de soltarla.

-Me alegro.

Katie sintió de inmediato que su firmeza se tambaleaba de nuevo.

-Tienes que girar a la derecha -dijo.

-Lo recuerdo -replicó Jack.

El enorme edificio parecía haber caído en medio de la tundra. Estaba rodeado de más de un metro de nieve y nadie se había molestado en despejar el sendero hasta la entrada.

Lograron llegar hasta la puerta con cierta dificultad, pero cuando Jack trató de abrirla no lo consiguió.

-¿Está cerrada con llave? -preguntó Katie.

-No lo sé -Jack señaló una ventana rota en la segunda planta-. Podría entrar por ahí.

-Es demasiado alta -dijo Katie, pero Jack ya se estaba subiendo a un árbol que crecía junto al almacén-. Ten cuidado.

Una vez en el interior, Jack se asomó a la ventana con una sonrisa de oreja a oreja.

-Enseguida bajo.

Katie oyó ruido en la planta baja y unos segundos después se abría una ventana.

-Sube por aquí.

Katie tomó la mano que le ofreció Jack, pero al saltar tropezó en el borde de la ventana y acabo aterrizando sobre él, que cayó de espaldas al suelo.

Cuando trató de apartarse de él, Jack la retuvo contra sí.

-No tan rápido.

-Se te va a ensuciar el abrigo.

¿Y?

Katie sintió el abultamiento de lo que parecía una linterna en el bolsillo de Jack.

-¿Es eso una linterna o simplemente estás contento de verme?

Antes de que Jack pudiera responder, Katie sacó la linterna de su bolsillo y se apartó de él. Cuando la encendió y miró a su alrededor, la desolación de aquel enorme edificio vacío hizo que se le encogiera el corazón.

-Vamos -dijo a la vez que ofrecía una mano a Jack para que se levantara.

Jack la aceptó, pero en lugar de soltarla cuando se levantó, tiró de ella hacia sí.

En aquel momento, Katie olvidó que Jack iba a marcharse. Daba lo mismo cuánto o cuan poco la amara. Lo que importaba era que ella lo amaba a él. Al margen de lo que le reservara el futuro, estaba con él en aquellos momentos, y se sentía agradecida por ello.

Jack miró a su alrededor.

-Solía venir a dormir aquí de vez en cuando -dijo-. Guardaba un saco de dormir bajo un escritorio.

Katie había visto aquel saco discretamente guardado. Aunque en aquella época Jack era demasiado orgulloso como para admitirlo, ella sabía que el viejo almacén había sido el lugar en que se refugiaba de las borracheras de su padre.

-Ojalá te hubieras quedado con nosotros en lugar de venir aquí, Jack. Siempre habrías sido bien recibido.

-No podía. No me fiaba de mí mismo estando cerca de ti.

-¿No?

-Sólo podía pensar en ti, Katie. Cada vez que cerraba los ojos te veía, te sentía. Imaginaba lo que sería hacerte el amor...

-Pero nunca dijiste nada, nunca lo supe.

-No quería que acabáramos como mis padres.

Katie conocía la historia. Aunque Jack nunca hablaba de ello, Matt le contó que su madre murió al darle a luz estando soltera. La familia de ésta culpó a su padre y no quiso saber nada de él ni de Jack, su único nieto.

-Jamás habría permitido que te sucediera algo así -añadió Jack-. Quería esperar hasta que estuviéramos listos

Apartó el pelo de la frente de Katie y la besó con delicadeza en los labios. Ella lo rodeó con los brazos por el cuello y le devolvió el beso con auténtico ardor.

Unos instantes después estaban tumbados en el suelo, sobre el abrigo de Jack, haciendo el amor con una pasión casi desesperada.

Después, Katie sonrió. Estaba segura de que cualquiera que hubiera entrado en el almacén en aquellos momentos se habría escandalizado al ver a la chica buena del pueblo semidesnuda en el viejo almacén

junto a un hombre también semidesnudo. Y no habría podido culparlos.

Porque, gracias a Jack, ella se había convertido en una mujer tan ardiente y apasionada como viva.

Pero mucho se temía que aquello sólo iba a ser temporal. Sin duda, volvería a convertirse en la princesa de hielo en cuanto él se fuera a Europa.

Lo retuvo abrazado contra sí, acariciándole el pelo. Jack se irguió y la besó con ternura en la frente. Luego la ayudó a vestirse. Cuando terminó, le ofreció su mano para que se levantara. Ella tomó el abrigo del suelo, lo sacudió y se lo puso por encima de los hombros. Después, Jack volvió a tomarla de la mano y la atrajo hacia sí.

-Katie, quiero que entiendas que...

Ella le cubrió los labios con un dedo. Sabía por el tono de su voz que estaba a punto de decirle algo serio, y no quería que nada rompiera el embrujo de aquellos momentos.

Jack sonrió y tiró con suavidad de ella para ponerse a explorar el resto del edificio.

Cuando regresaron a casa de Katie, Jack encendió el fuego y se sentaron juntos en el sofá, cubiertos con una manta. En conjunto, había sido un final perfecto para un día muy agitado .Cuando había vuelto a Nueva York aquella mañana, Jack había informado a su junta de que no pensaba irse a Europa. Había sido una decisión fácil de tomar, pues no tenía muchas opciones. No podía volver a dejar a Katie. El destino le había concedido una segunda oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para recuperar su amor. Por lo pronto ya era el dueño oficial de los grandes almacenes Berman, y él mismo se ocuparía de poner en marcha el negocio en Newport Falls. Estaba dispuesto a esforzarse al máximo para que el pueblo saliera de la situación en que se encontraba, y para ello estaba dispuesto a ofrecer incentivos como lo había hecho con Franklin Bell.

Jack había mencionado el viejo almacén a Franklin aquella misma mañana, pero éste le había dicho que no quería gastar dinero necesario para renovar un edificio de principios del siglo veinte. De manera que Jack le había ofrecido invertir en su empresa entregándole el dinero necesario para renovar el edificio.

-Espero que sepas lo que estás haciendo -le dijo Carol cuando se firmó el acuerdo.

Pero por arriesgado que pareciera para sus empleados, Jack no tenía ninguna duda respecto a lo que estaba haciendo. Por una vez en su vida, el camino que estaba tomando parecía seguro.

Aún no le había dicho nada de aquello a Katie, porque sabía que nunca le habría permitido hacer aquel sacrificio financiero, y no quería que se sintiera en deuda con él.

-¿En qué estás pensando? -murmuró Katie a su lado.

-En ti. En el futuro.

-No pensemos en eso. Limitémonos a disfrutar del presente.

Mientras Jack la rodeaba con sus brazos y ella apoyaba la cabeza en su hombro, él supo que no iba a poder esperar mucho más. Pronto le daría el anillo que siempre estuvo destinado a ella.

Y, por segunda vez aquel día, susurró:

-Te quiero, Katie. Siempre te he querido.

Pero ella no contestó, porque ya se había quedado dormida.

Capítulo Once

Katie miró el panorama que tenía ante sí. Trató de centrarse en él, pero resultaba difícil. Franklin Bell estaba en Newport Falls inspeccionando el viejo almacén. Todo el pueblo había trabajado duro para que el edificio abandonado resultara más atractivo a un posible comprador.

Pero ella seguía nerviosa.

-Todo irá bien -le había dicho Jack aquella mañana-. No te preocupes.

Jack había sido maravilloso. Katie no sabía qué habría hecho sin él. Había trabajado incansablemente en el almacén junto con los demás y se había ocupado de ir a por Franklin en su avión privado. Si no hubiera sabido que iba a marcharse a Londres, habría pensado que había cambiado de opinión respecto a Newport Falls. Habría pensado que empezaba a gustarle el lugar. Y tal vez era así. Pero daba lo mismo. Porque sólo faltaban dos días para que se fuera.

Ella seguía sin mencionar su marcha, lo mismo que él. Era como si ambos supieran que el tiempo que tenían para compartir era muy limitado. A pesar de todo, Katie había sentido en varias ocasiones la tentación de pedirle que se quedara. Pero, ¿de qué habría servido? Ella no podía imaginarse a sí misma viviendo en ningún otro sitio, y Jack nunca sería feliz viviendo en Newport Falls. Sería como encerrar a un tigre en una jaula.

Se levantó y fue hasta la ventana a contemplar la calle. Una vez más vio en su mente a sus padres caminando por ella tomados de la mano, saludando amistosamente a los vecinos junto a los que pasaban.

La realidad de sus padres había llegado a ser su fantasía, una fantasía que nunca dejaría de ser tal.

Jack iba a llevarla a cenar aquella noche. Le había dicho que tenían que hablar de algo importante, algo que no podía esperar.

Katie casi podía oírlo. Le diría que aunque la amaba tenía que irse. Y, a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí misma, sabía que se quedaría desolada.

Pero no podía permitir que Jack la viera llorar. Había sido tan bueno con ella, tan amable... No quería que se sintiera culpable por volver a dejarla.

Marcella apareció en aquel momento en el umbral de la puerta con expresión radiante.

-¡Ya es oficial! ¡Los grandes almacenes Berman van a instalarse en el pueblo!

Katie olvidó por un momento su tristeza y dejó escapar un aullido

de júbilo que debió oírse por todo el pueblo.

Marcella rió ante su reacción.

-Ya tengo una cita con su director de publicidad -añadió, emocionada-. ¡Quieren contratar dos páginas del periódico a la semana!

Aquello haría que se doblaran sus ingresos por publicidad. Katie cerró los ojos a la vez que un intenso alivio se apoderaba de ella. Su periódico, el negocio que había pertenecido a su familia durante varias generaciones, estaba salvado. Y todo gracias a Jack.

-Tendrás que llamar a Jack para decírselo. Parece que las cosas empiezan a marchar -dijo Marcella antes de alejarse canturreando.

Katie abrió los ojos y miró por la ventana. Se prometió una vez más no llorar ante Jack. Le debía eso y más. Mucho más.

Jack miró su reloj. Se le estaba haciendo tarde. Había pasado por el banco en Albany para sacar el anillo de la caja de seguridad. No estaba seguro de poder esperar hasta la cena para dárselo a Katie. Pero tenía que hacerlo. Quería que aquella noche fuera perfecta.

Iba a llevar a Katie a su restaurante favorito, la vieja taberna de la calle principal. Era un lugar perfecto para el romance, iluminado con velas, con una gran chimenea y la elegancia de una era ya pasada.

Había reservado todo el comedor y le había pagado suficiente dinero a la señora Crutchfield para que cerrara una semana entera si quería.

Cuando llegó a casa de Katie ella lo abrazó y besó como si su vida dependiera de ello.

-Guau -dijo él cuando se apartaron para tomar aliento-. ¿Qué he hecho para merecer un recibimiento como éste?

-Ser tú -contestó ella.

Katie lo había llamado en cuanto se había enterado de lo de Berman. Había disfrutado tanto escuchando el tono de su voz, la excitación que había demostrado mientras hablaba... Se alegraba de no habérselo dicho antes. Había pensado nacerlo, pero había decidido que era mejor que lo averiguara por su cuenta. Pero no quería que supiera que él era el dueño hasta después de pedirle que se casara con él. Por mucho que confiara en su amor y en su futuro juntos, no quería que Katie se sintiera obligada hacia él en ningún aspecto.

-¿Adonde vamos? -preguntó Katie cuando ya estaban en el coche.

-Había pensado que podíamos ir al restaurante de la señora Crutchfield... si te parece bien.

-No sé si estará abierto. Suele cerrar por las noches entre semana.

-Nos está esperando -dijo Jack.

Condujo al restaurante mientras Katie le contaba cómo le había ido

el día. Él sonrió mientras le tomaba la mano. Se sentía realmente contento por primera vez en su vida.

La señora Crutchfield los recibió con una sonrisa y los besó a ambos en las mejillas como si fueran unos viejos amigos a los que hacía tiempo que no veía. Tras dedicarle un guiño a Jack, los condujo a una mesa.

-Qué solo está el restaurante. Parece que la noche va a ser un tanto tranquila, ¿no? -dijo Katie.

-Eso parece.

Una vez sentados, Katie inspeccionó el menú.

-Las costillas que prepara la señora Crutchfield suelen estar muy buenas.

-Las recuerdo perfectamente y opino que son las mejores del país -dijo Jack.

-¿Lo ves? -Katie sonrió-. Newport Falls tiene lo mejor de algo.

Jack se inclinó hacia ella.

-Me gusta Newport Falls. Me gusta de verdad.

-Cuando eras más joven no te gustaba.

-Eso era entonces. A veces uno tiene que irse de un lugar para llegar a apreciarlo.

Katie apartó la mirada.

-¿Cómo van las negociaciones con Franklin? -preguntó.

-Muy bien -Jack ya le había enseñado el almacén. Aunque su amigo nunca lo habría admitido, sabía que se había quedado impresionado al verlo, especialmente al enterarse de las molestias que se habían tomado los habitantes de Newport Falls para que estuviera presentable.

-¿Dónde está ahora?

-En la habitación de su hotel, donde lo he dejado.

La señora Crutchfield volvió a la mesa.

-¿Ya habéis decidido qué vais a tomar? -tras tomar nota, dedicó otro guiño a Jack y se fue.

Jack hizo lo posible por hablar de cosas sin importancia durante un rato, pero había notado el cambio experimentado por Katie. Parecía distante y preocupada. Algo iba mal. ¿Sospecharía lo que iba a hacer?

-¿Va todo bien? -preguntó.

-Por supuesto -contestó ella rápidamente.

La señora Crutchfield regresó unos momentos después con dos humeantes platos que situó ante ellos.

-Ahora os dejo solos -dijo, sonriente.

En cuanto se fue, Katie empezó a comer.

-Te estoy tan agradecida, Jack -dijo un rato después-. No sabes

cuánto aprecio tu ayuda.

-Me alegra haberte sido útil.

Comieron un rato en silencio. Cuando Jack dejó su tenedor a un lado y apoyó sus manos sobre la de Katie ésta se sobresaltó.

-¿Qué sucede? -preguntó Jack.

-Nada -contestó ella, y sonrió como para demostrar que se encontraba perfectamente.

Jack dudó. Pensó en cómo lo había recibido cuando había ido a recogerla. ¿Lo habría besado como lo había hecho si no se hubiera alegrado realmente de verlo? Tal vez estaba imaginando cosas a causa de los nervios.

-Katie... -empezó, y tuvo que carraspear para continuar-. Tengo algo que decirte -hizo una pausa. Llevaba toda una vida esperando para decir aquello. Estaba listo-. Eres lo único en lo que logro pensar todo el tiempo.

Katie se movió en su asiento como si se sintiera incómoda. Jack bajó la mirada y siguió hablando.

-Durante demasiado tiempo he culpado a todo el mundo excepto a mí mismo por haberte perdido... a Matt, a ti misma, al destino. Pero he comprendido que él único culpable era yo. Hace mucho que debería haberte dicho lo que sentía por ti, pero no lo hice. Y debido a ello te he hecho daño. Por no mencionar el que me hice a mí mismo

Alzó la mirada. Katie estaba mirando hacia la puerta. Jack apoyó una mano bajo su barbilla para que lo mirara.

-¿Me perdonas, Katie? -susurró.

-¿De qué estás hablando? -preguntó ella a la vez que volvía a apartar la mirada-. No hay nada que perdonar. Nada.

-Me comporté como un idiota. Asumí que todo el mundo en Newport Falls lo sabía, incluyéndote a ti. Te amaba desesperadamente, Katie.

—Yo sentía lo mismo —dijo ella con suavidad.

-Tenía tanto miedo de perderte, de convertirme en un hombre como mi padre, sin trabajo, alcohólico... el vagabundo del pueblo.

-Jamás vi a tu padre de ese modo -dijo Katie rápidamente-. Casi perdió por completo la cabeza y el alma cuando tu madre murió. Siempre lo vi como una figura trágica y romántica. Y jamás te vi como un reflejo de él.

Jack metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y palpó la cajita de la sortija.

-Era el miedo, Katie. Fue el miedo lo que me mantuvo alejado de ti -dijo, pero notó que ella ya no lo estaba escuchando.

-Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y por el

pueblo -dijo Katie-. Lo aprecio más de lo que puedas imaginar.

Jack ignoró el comentario y siguió adelante con el discurso que tanto había preparado.

-Tengo mucho por lo que compensarte. Ya te he dicho que he pensado muy a menudo en aquel día junto al arroyo y en lo diferentes que habrían sido las cosas si te hubiera dicho lo que sentía.

—Lo sé —los ojos de Katie se llenaron de lágrimas—. Y estas últimas semanas han sido maravillosas. Pero ya es demasiado tarde, ¿verdad? Hemos perdido nuestra oportunidad.

Jack se quedó anonadado.

-¿Por qué dices eso?

-Creo que ambos sabemos hacia dónde se dirige esto .-¿Sí?

-Sé lo que estás a punto de decirme, Jack. Y si de verdad me amas, no lo digas, por favor. No podría soportarlo.

Jack se sintió como si acabara de recibir una patada en pleno estómago. Katie no quería casarse con él. Pero lo amaba, ¿no? No se lo había dicho con aquellas palabras, pero podía notarlo en su modo de mirarlo, en cómo hacía el amor con él. ¿Estaría equivocado?

-¿Me amas, Katie? -preguntó.

-¿Qué más da?

—A mí me importa saberlo.

Katie movió la cabeza.

-Matt tenía razón. A veces el amor no basta -dijo a la vez que se levantaba..

Jack sintió que su vida se apagaba.

-Dime lo que debo hacer, Katie -rogó-. Dime lo que puedo decir.

-No queda nada que decir.

Katie se volvió y se encaminó hacia la salida.

Jack prácticamente saltó de su asiento para detenerla.

—No puedo seguir así —dijo ella, sin poder contener las lágrimas-. Por favor, Jack. Si me amas de verdad, dime adiós.

Un instante después se había ido. Jack habría querido salir tras ella para detenerla, pero hacerlo habría sido ir en contra de sus deseos. De pronto comprendió lo que Katie había tratado de decirle durante todo aquel tiempo. No era de extrañar que no quisiera hablar del futuro. Porque el futuro, su futuro, no lo incluía a él.

Las palabras que sin duda lo perseguirían durante el resto de su vida resonaron de nuevo en su cabeza.

«Si me amas de verdad, dime adiós»

Había llegado demasiado tarde. Y se pasaría la vida lamentándolo.

Capítulo Doce

Katie miró su reloj mientras subía las escaleras del ayuntamiento. Iba a reunirse con Franklin Bell y el alcalde. Se preguntó si Jack también asistiría, como estaba planeado, o si ya se habría ido.

Había pasado despierta toda la noche, pensando en él. ¿De verdad pensaba que no sabía de qué había querido hablarle? ¿Había pensado que sería capaz de seguir sentada escuchándolo mientras le decía que se iba?

Pero ya lo echaba de menos. Su casa y su vida parecían vacías sin él.

Pero no podía permitir que se enterara. El día anterior había estado a punto de desmoronarse, pero tenía otra oportunidad de conservar su dignidad. No quería que Jack se apiadara de ella. Nunca.

Estaba a punto de entrar en la sala de juntas cuando oyó su voz. Se quedó paralizada. Jack estaba allí.

Pero después de todo, se trataba de jack Reilly y aquel era un asunto de negocios.

Entró en la sala con el corazón en la garganta.

El alcalde le hizo una seña en cuanto la vio.

-Hola, Katie. Ven a sentarte con nosotros.

Franklin se levantó en cuanto la vio. Jack también lo hizo, pero sin tantas prisas. Tras dedicarle una breve inclinación de la cabeza, volvió a sentarse.

Para horror de Katie, el alcalde apartó la silla que se hallaba precisamente junto a Jack. La ocupó cuidándose de no tocarlo. Lo último que necesitaba era tenerlo tan cerca.—Como estaba diciendo, mi empresa empleará a trescientas personas —dijo Franklin—. Pero aunque ya contemos con un edificio para instalar la fábrica, necesitaremos algo más que eso para convencer a la gente de que se traslade aquí.

—Según tengo entendido —dijo el alcalde—, unos nuevos grandes almacenes van a ocupar el lugar de Holland's.

-Pensaba que ya lo sabías, Herb -dijo Katie-. Berman va a instalar una sucursal aquí.

Franklin miró a Jack, sorprendido.

-¿Ya es definitivo?

Jack asintió.

-Sí.

-Así que ahora también eres dueño de unos grandes almacenes.

Katie se sintió como si el mundo acabara de pararse.

-¿Eres dueño de Berman's? -preguntó, asombrada.

Jack la miró un momento y luego apartó la vista, pero no dijo nada.

-Ha hecho todo un trato -dijo Franklin por él.

-¿Y vas a ocuparte tú de todo el proceso de instalación? -preguntó el alcalde al Jack.

Una vez más fue Franklin quien contestó por él.

—Jack va estar muy ocupado en Londres, comprando en Harrods.

-No sabía que te ibas a Londres -dijo el alcalde, confundido.

Al ver que Jack no decía nada, Franklin lo miró.

-Te vas a Londres, ¿no?

Jack miró a Katie como esperando que dijera algo. ¿Pero qué quería que dijera? ¿Y por qué no le había dicho lo de Berman's?

—Supongo que no hay motivo para que no me vaya -dijo finalmente.

-Y, según parece, nosotros también nos vamos a trasladar -dijo Franklin a la vez que cerraba la carpeta que tenía antes sí con gesto definitivo-. De acuerdo. Nos quedamos con el viejo almacén.

Katie sintió que la habitación empezaba a girar a su alrededor mientras imaginaba el almacén bullendo de nuevo de actividad, como en los viejos tiempos.

Katie se volvió hacia Jack. Estaba deseando abrazarlo. El solo se había ocupado de salvar a Newport Falls de la decadencia.

-Muchas gracias, Franklin -dijo Jack-. Y felicidades. Estoy convencido de que no te arrepentirás de tu decisión -se levantó-. Me encantaría poder quedarme para celebrarlo, pero debo ir a Nueva York.

Katie sintió que su corazón se encogía a la vez que su excitación por lo que estaba sucediendo se esfumaba. Jack se iba. ¿Volvería a verlo alguna vez?

-Gracias por todo -dijo Franklin a la vez que estrechaba la mano de Jack-. Cada vez entiendo mejor por qué sientes tanto cariño por este lugar.

Jack estrechó la mano del alcalde y luego se volvió hacia Katie.

—Adiós, Katie —dijo con una breve inclinación de cabeza.

-Gracias -murmuró ella.

A continuación, Jack se fue.

Katie permaneció sentada, completamente aturdida. Jack había comprado Berman's.

Había salvado al pueblo con un millón de dólares de su cuenta personal.

«Te quiero», había dicho. «Siempre te he querido».

De pronto, todos los hechos que hacía unos momentos parecían

sugerir una vida sin Jack, se presentaron ante ella desde un punto de vista totalmente distinto.

Jack no se había ido de Newport porque no la amara, sino precisamente por que la amaba. Había temido que las cosas acabaran mal si se implicaban en una relación amorosa antes de estar preparados para ello. De manera que había decidido esperar y había trabajado duro para que las cosas pudieran salir bien. ¿Y qué había hecho ella? Había correspondido a su devoción casándose con su mejor amigo. Era ella la que había renunciado hacia años, no él.

Y estaba a punto de cometer de nuevo el mismo error.

De pronto le dio lo mismo quedarse en Newport Falls o no. Aquel ya no sería su hogar a menos que lo compartiera con Jack. Debía seguir los dictados de su corazón. Necesitaba estar con Jack a cualquier precio.

-Enseguida vuelvo -murmuró y, sin molestarse en tomar su abrigo, salió de la sala en busca del hombre al que amaba.

Cuando salió a la calle vio que Jack ya se alejaba.

—Jack! —exclamó mientras corría hacia él.

Jack se volvió, sorprendido.

-¡Llévame contigo! -exclamó Katie mientras se lanzaba entre sus brazos.

-¿Qué?

-Te quiero -dijo ella-. Siempre te he querido y quiero estar contigo. Me da lo mismo si tengo que irme de aquí.

-¿De qué estás hablando?

-Llévame contigo a Londres.

-¿A Londres? -jack la miró con curiosidad. Luego negó con la cabeza y, en tono solemne, añadió-. No puedo.

-¿Por qué? -preguntó Katie, decepcionada.

Jack sonrió.

—Porque no me voy a Londres.

Katie necesitó unos segundos para asimilar lo que acababa de oír.

-Pero el artículo decía que te ibas mañana.

-¿El artículo? ¿El que apareció en el Wall Street Journal?

Katie asintió.

-Ese artículo fue escrito una semana antes de que reaparecieras en mi vida -continuó Jack-, pero no lo publicaron hasta más tarde.

Katie estaba tan asombrada que no era capaz de hablar.

-¿Era eso lo que pensabas anoche? -preguntó él con el ceño fruncido-. ¿Que iba a dejarte?

Katie dio un paso atrás y apartó la mirada.

-¿Dónde está tu abrigo? -preguntó Jack a la vez que empezaba a

desabrocharse el suyo.

-He salido a toda prisa…

-¿Cómo has podido pensar que iba a irme sin decirte nada? -Jack abrió su abrigo y la abrazó con él-. ¿Por qué no me has hablado de esto?

-Pensaba que era inevitable. Según dijiste también me amabas antes, y sin embargo te fuiste. ¿Por qué iban a ser diferentes las cosas en esta ocasión?

-Todo es diferente. Ya no somos dos adolescentes -Jack suspiró antes de añadir-: Pero aún tenemos que tomar algunas decisiones importantes.

—Me trasladaré a la ciudad —dijo Katie rápidamente-. Quiero hacerlo, de verdad.

Jack apoyó una mano bajo su barbilla y le hizo alzar el rostro-. No quiero que te vayas de Newport Falls.

-¿Por qué no?

—Porque ambos sabemos que no podrías vivir en otro sitio.

-Pero quiero estar contigo -protestó Katie-. Necesito estar contigo.

-Puedo sentir tu corazón -dijo Jack mientras la estrechaba con fuerza entre sus brazos-. Siento su latido.

Katie apoyó las manos contra el pecho de Jack.

-Yo también puedo sentir el tuyo.

-Es tuyo, Katie. Te pertenece. Siempre te ha pertenecido. Katie sonrió.

-Entonces, ¿puedo volver a Nueva York contigo?

-No.

La sonrisa se esfumó al instante de los labios de Katie.

-¿Por qué no?

-Porque tengo una idea mejor.

—¿En serio?

—Tal vez debería trasladarme yo aquí.

Katie no estaba segura de haber oído bien, pero habría jurado que jack estaba hablando de irse a vivir a Newport Falls.

-Tengo algo para ti -añadió él-. Mete la mano en mi bolsillo.

Katie hizo lo que le decía y sacó una cajita roja.

-¿Qué es?

-De esto era de lo que quería hablarte anoche.

Katie abrió la caja con manos temblorosas. Dentro había una sortija con un diamante en forma de corazón con un rubí a cada lado.

-Era de mi abuela -explicó Jack-. Lo he estado guardando todo este tiempo. Siempre he querido poder dártelo -se quitó el abrigo y lo colocó sobre los hombros de Katie. Luego, en medio de la calle, puso

una rodilla en tierra y, mientras introducía el anillo en el dedo de Katie, dijo-: ¿Quieres casarte conmigo, Katie Devonworth?

Ella miró el anillo. Había soñado con aquel momento en muchas ocasiones, pero jamás había imaginado las emociones que embargarían su corazón si alguna vez llegaba a hacerse realidad.

-Sí -se oyó decir.

Jack se levantó y la besó. Katie sintió que se derretía contra él mientras aceptaba su amor sin .reservas. Sus cuerpos, como sus corazones, estaban hechos para estar unidos...